This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Vet. Span. III. B. 2.69

UN VERANO EN BORNOS,

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1864.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
A CARGO DE D. J. BERNAT.
Costanilla de Santa Teresa, núm. 5.

274.A.4.

A LAS SEÑORITAS

DOÑA ENRIQUETA Y DOÑA FRASQUITA DE MORA.

Al intentar, aunque no sé si lo habré logrado, pintar á dos jóvenes tan cultas como bondadosas, modestas sin afectacion, dignas sin altivez, entendidas y sencillas, instruidas é inocentes, hijas amantes y respetuosas, hermanas tiernas y unidas, he buscado, para dedicar mi obrita, personas que reuniesen iguales circunstancias y méritos, y por eso á Ustedes se la dedico. Aunque de tan escaso valor y de fecha atrasada, pues hay cuatro años que está escrita, espero que la indulgencia de Ustedes acogerá con agrado su dedicatoria, por ser esta una muestra de aprecio, de simpatía y de admiracion á sus personas.

FERNAN CABALLERO.

PRÓLOGO.

¿Y para qué escribirlo, si el mismo autor nos le presenta en esa tan merecida como lisonjera dedicatoria que vais á ver al volver la hoja?

¿Qué ménos son que un prólogo esas tres ó cuatro líneas en que nos revela su próposito? Y si *él,* bajo su firma, promete pintar en dos diferentes tipos de mujer la imágen de todas las virtudes domésticas, ¿habrá quien desconfie de su palabra, y ántes bien no se impaciente del retardo de disfrutar del placer que le espera?

Ya nadie ignora que de la paleta de tan sublime pintor así proceden los matices mas suaves,

como los colores mas vivos y las tintas mas aterradoras.

Esclavo tuyo soy, escritor insigne, desde que las fúnebres páginas de uno de tus libros (LA FAMILIA DE ALVAREDA), penetraron en mi corazon arrancándome un mar de lágrimas. Desde entónces suelen mis ojos en sus horas tristes posar por largo espacio sobre aquel cuadro tan bello como doloroso. vuela mi pensamiento hasta el lugar de aquel terrible drama, y me figuro hacer gustosa compañía á los afligidos ancianos, y que el pobre mastin me reconoce por amigo de su perdido dueño.

No están las figuras de este otro lienzo destinadas á conmover nuestras pasiones; pero el dibujo es correcto siempre, el colorido es igualmente verdadero: como pintura de género es una obra bien acabada, si aquel como cuadro de historia es una obra maestra: el uno está iluminado por el siniestro resplandor del relámpago, y el otro por la luz decaeciente de una apacible tarde de verano.

Limitándose la presente novela á describir escenas de la vida real y ordinaria; desenvolviendo

su argumento amores sin obstáculo ni intriga; siendo desde las primeras páginas fácil de adivinar el desenlace; ¿en qué consiste su interés? En la pureza de los sentimientos de RELIGION y PATRIA, de que FERNAN CABALLERO está siempre poseido; en la dulzura de los afectos de familia; en la fidelidad con que retrata el suelo y las costumbres de aquel risueño país de Andalucía; en la amenidad de su estilo, franco, ingénuo, vivo, apasionado; siempre gracioso, siempre poético, ya interpretando el lenguaje de las aves, ya leyendo en la fisonomía de las flores, ya en la mirada de las estrellas.

En verdad, estos son atributos de todas sus novelas. Mas reservó para esta como distintivo, la originalidad (entre nosotros) de escribirla en cartas; y ciertamente que ni pudo hacerlo de una manera mas hábil en su combinacion, ni con mas donaire y ligereza en la frase. Cartas hay que no son cartas, sino EPÍSTOLAS dignas de Argensola ó Jovellanos; y alguna, como la de Peñareal á Félix de Vea parece inspirada por la musa del divino RIOJA.

¿Quién de los escritores de nuestros dias aventaja á FERNAN en la manera de enseñar y corregir?

¡Qué sencillez en la espresion y qué profundidad de pensamientos! ¡qué mezcla tan feliz y provechosa de lo festivo y lo patético! ¡Oh! muchas son las veces,—lo confieso,—que entregándome á la meditacion que me sugieren algunos trozos de sus novelas; cautivo de tanta galanura, hechizado por el prestigio de aquellas imágenes tan llenas de verdad y lozanía, le pregunté como quejoso: «¿Si tan rico, y tan inagotable es el tesoro de poesía que tu mente y tu corazon encierran, á los que poetas nos llamamos, ¿qué nos dejas?..... ¡Ay! la desesperacion de no poderte imitar; y el consuelo de palpitar de adoracion y entusiasmo al leer la ménos interesante de tus obras.

Madrid 27 de febrero de 1858.

EMILIO OLLOQUI.

UN VERANO EN BORNOS.

Lo que debemos pedir á los eventos de cada dia, no son *sensaciones*, sino *enseñanza*.

ANÓNIMO.

En el Magasin Pittoresque.

CARTA PRIMERA.

SERAFINA VILLALPRADO A LUISA TAPIA.

Bornos 15 de junio de 1850.

Hemos llegado con felicidad. Tú que eres fina y distinguida en palabras, pensamientos y obras, tú que encumbrarias gustosa la elegancia á una semivirtud, como lo hacen los ingleses tocante al aseo, hallarás este vulgar y trillado encabezamiento muy poco digno de una carta dirigida á tí; pero es lo cier-

to que mudarias de parecer y lo encontrarias tan importante como un artículo de fondo, si nos hubieses acompañado en nuestro viaje. Desde Jerez hemos recorrido siete leguas por un suelo pedregoso, cortado por profundos barrancos, y atravesando campos despoblados, sin hallar ni aun una venta en que pedir un vaso de agua, y teniendo que pasar por entre toradas bravas y amenazadoras. Y aun mejor lo comprenderias si unido á todos estos motivos de angustias, tuvieses, como yo, la debilidad de tener miedo en coche, y la desgracia de sentir una dolorosa, profunda y vehemente lástima á los pobres animales que nos sirven, y á los que tan inícuamente paga el hombre sus servicios, ya por el bárbaro trato que les da, yo por el cruel abuso que hace de sus fuerzas.

No quiero ni aun recordar lo que sufrieron los pobres caballos que arrastraban la pesada berlina. Destroza mi corazon é indigua mi razon el cinismo de crueldad que sin freno alguno se enseñorea en España, sin que se le ponga mas cortapisa que algunas gacetillas en los periódicos, en las que nadie pára la atencion, porque lo bueno tiene la desgracia de pasar siempre desapercibido. Yo, Luisa, que tanto medito sobre este escándalo, y veo que tantos gobiernos como se suceden, nada han hecho ni hacen en este ramo de verdadera y bien entendida civilizacion, no he podido hallar mas medio de imbuir sentimientos de humanidad al vulgo, y de atajar poco á poco este arraigado barbarismo, que el que se inculcase desde

el púlpito la caridad, estensiva á todo ser á quien Dios dió la vida y con ella la facultad de padecer. Solo bajando de esa santa cátedra tiene la palabra del hombre esa fuerza moral, ese poder de conviccion contra el que en vano lucharán todas las demás cátedras que no cubre con sus alas el Espíritu Santo. Puede ser que lo que digo sea un despropósito, y hasta una irreverencia; pero Dios sabe que si yerro es por esceso de lástima, y así se me debe perdonar. La lástima es el amor mas puro. Pero dejemos la cuestion de la suerte de los animales, que tanto preocupa mi corazon, y que es tan trascendental, que la aparto de mi inteligencia, porque á veces la confunde: ¡sufrimiento inmerecido y sin compensacion! ¡la antítesis de lo que la justicia y la misericordia divina han establecido! es un absurdo en la esfera de las ideas, una monstruosidad en la de los sentimientos, y no puede ser cosa permitida ni religiosa ni moralmente.

Vengamos á Bornos, esto es, al oásis despues del desierto, puesto que tanto tú como nuestra querida aya Carolina de Meridal, han deseado que lo describa detalladamente. No vayas á creer que estamos metidas entre breñales, alcornoques y lobos; no, Bornos es un serrano culto y ataviado, que posando aun sus piés entre las doradas mieses del llano, corona su cabeza con las hojas de la verde encina y con la rosada adelfa de las montañas. No se ostenta anticipadamente como curioso ó deseoso de ser visto; el viajero al acercarse, tiene que bajar la vista

para mirarle. Vénse allí montes de todos tamaños, á todas distancias y en todas direcciones. Uno de estos montes, romo, escueto y de poca altura, se alza y prolonga á la derecha del pueblo, y lo separa de Arcos y su término, como un muro colosal, viejo, pero indestructible. Al frente y á la izquierda del pueblo, vuelve á bajar el terreno hasta que forma un cómodo cauce al Guadalete, volviendo despues á empinarse, como si tirase de él el San Cristóbal, picacho que se encasqueta la sierra como un gorro griego. Engalánase el encumbrado gigante de tintes ya morados, ya oscuros, blancos ó rosados, segun place al sol, ó bien se envuelve en nubes como Júpiter, para ocultarse á la vista de los mortales; y es tal su altura, que puede decírsele con Monroy:

Pirámide inmortal del horizonte,
Tan alto que sus huellas,
Dejan en él impresas las estrellas:
Tan alto, que la nube mas volante,
De corona le sirve ó de turbante.

Este pueblo es muy lindo y tiene un indisputable *aire señorito* (así traduzco el *comme il faut* francés). Se deja ver que la esplendidéz con que Cádiz en otros tiempos esparcía, y aun tiraba el dinero, lo hizo llegar hasta este apartado lugar, al que vendrian aquellos millonarios que sabian serlo, á buscar el bienestar y la salud que procuran sus aires puros, sus hermosas aguas y los baños de su rio,

suaves y tónicos á un tiempo, por afluir á él en estas cercanías algunas fuentes minerales. Vénse aquí muy buenas casas, conventos é iglesias. A mí me ha sentado muy bien; mis insomnios son ménos, y mi desgana igualmente: los baños, sobre todo, han calmado mis nervios y desterrado mi dolor convulsivo de estómago; he embarnecido, he perdido la palidez romántica y el aire lánguido que han inspirado tantas composiciones en el mismo género á nuestro poeta Efigenio: dile, pues, que quite el bemol á su canto y el pedal á su arpa, para cantar los favores con que me han obsequiado las Náyadas y los Céfiros de Bornos. ¡Ay Luisa!..... si no fuese por la inquietud en que estoy por los riesgos á que están expuestos los que forman parte de la expedicion de Roma, qué temporada tan grata y tan simpática á todo mi ser, pasaría aquí!

Hoy por fin, despues de mucho tiempo, he tenido carta suya; nada habla en ella de volver; ¡hace cuatro años que está ausente; pero le ocupa la *gloria* mucho más que su amor á su prometida! Luisa, dime, ¿qué es gloria? ¿es la faja de general? ¿es una cruz? ¿es la fama? ¿es que de nosotros se hable despues de muertos? Nada de eso me parece de gran valor, ni que merezca tan retumbante dictado. ¿Será que el sentido de esa palabra sea tan masculino, que no lo puedan apreciar nuetros alcances femeninos? ¿ó será más bien que hay asuntos morales, como hay objetos materiales, que no pueden considerarse

microscópicamente sin perder su prestigio y parecer otros? Prefiero la estimacion á la gloria, Luisa. Esta no puede sostenerse sin la primera; pero la estimacion no necesita de la gloria para realzar al que la merece; al contrario, suele deslustrar su frescura, como lo hace el sol con las flores que alumbra. No le acuses al poeta ni le repitas esta mi opinion, que tú llamarás, como sueles hacerlo, una de mis ideas violetas, sin altura, sin garbo y sin brillo. Ten presente que la gloria es mi rival afortunada, que me roba hace ya cuatro años al que ha sido el amigo de mi infancia, al que es amado de mi juventud y al que será el compañero de toda mi vida, y disculparás que mire á esa competidora con muy poca simpatía.

SERAFINA.

CARTA II.

LUISA TAPIA A SERAFINA VILLALPRADO.

Cádiz 20 de junio.

¿Conque ese lindo Bornos, rodeado de montes como de una guardia de honor, ha borrado á tal punto tus nociones sobre las cosas que privan en la palestra del mundo, que me preguntas: «¿qué es gloria?» ¡Vive Dios! tal pregunta en la boca de una futura nuera de Marte, no la disculpa ni aun el hacerla en la montaña. He querido satisfacer tu pregunta á renglon seguido; pero como muchas cosas que nos entusiasman y extasían, al quererlas definir, se escapan á la torpeza de nuestro análisis, como agua entre las manos, me hallé que como no conozco á esa gran señora sino de oidas, no podia

describírtela exactamente. Por lo cual he dicho al poeta que te la defina; y él con tal motivo está en conciliábulo con las nueve hermanas, para darte una respuesta que esté á la altura y sea digna de la pregunta: por mí no puedo decirte otra cosa, sino que cifro la gloria mia en tu amistad, mi Serafina.

Dices que tienes una rival en la gloria, y yo á mi vez me devano los sesos para descubrir cuál será el rival que tiene Alejandro, porque estoy persuadida que le tiene. ¿A qué novia léjos de su prometido, y sabiéndolo en peligro, que es otro item más, se le abre el apetito,—lo que es una vergüenza;—engorda, —lo que es una ignominia;—trueca los jazmines de su rostro en rosas,—lo que es un contra-amor;—duerme,—lo que es un prosaismo de ochenta navidades;—y está tan contenta,—lo que es un *sarcasmo* (esta palabra está de moda; me muero por ella; Sífigo (1) hace unos caramelos á lo *sarcástico* que despacha á millares).

Repito que estoy persuadida de que Alejandro tiene un rival; no sé si será ese San Cristóbal que se va á conversacion con las nubes, ese Júpiter, como tú le llamas, que contínuamente estrena vestidos de diferentes colores para agradarte. Si no es él, es de cierto la nieve que lo cubre, que se refleja en tu corazon como en un espejo, porque ello es, que tu

(1) Confitero afamado de Cádiz.

amor es un manso rio con poca corriente, como el Guadalete de tu valle; es un cielo muy despejado sin la mas mínima tormenta, como el que cobija ese cielo; una flor sin colores ni matices, como la azucena. Te pronostico que no brillarás entre las Eloisas, Safos, Medéas, y Armidas.

Tengo un repertorio de chismes y de noticias de modas, con las que poder dar un gran interes á mi carta; pero como me temo que con tu prematura formalidad no las leas, no quiero escribir chismes ni describir modas para el obispo. Una sola cosa te diré, porque es la que mas ocupa á Cádiz hoy; no es el camino de hierro, ni la franquicia de puerto; es la llegada de mi primo Félix de Vea, que despues de haber viajado mucho tiempo, viene á recoger la pingüe herencia que le dejó su Padre. Es ciertamente un jóven completo, y lo que mas agrada en él, es que al adquirir en sus viajes buen trato, mundo, ilustracion y saber, nada ha perdido de su gracia y naturalidad española. Y puedes creer que no dicta estas palabras el cariño que le tengo, sino la justicia: se le lleva en palmas; no se habla en todas partes sino de Félix de Vea: le he pronosticado que veremos su traslado en los abanicos de calaña, que es el apogeo del aura popular.

Mi hermana Teresa, que tiene, como sabes, una desgraciada propension á picarse, lo está mucho con Primitiva porque no le ha escrito; díselo para que enmiende su yerro, y que sea una carta suya un ta-

fetan inglés sobre esta herida. Adios: háblame de la casa que vivís, de lo que haceis; y dime si teneis ahí con quien tratar, y tu Padre con quien jugar al tresillo: deseo que nó, para que os volvais cuanto antes.

LUISA.

CARTA III.

PRIMITIVA VILLALPRADO A TERESA TAPIA.

Bornos 25 de julio.

Me ha leido Serafina lo que le escribe Luisa sobre estar tú muy picada conmigo porque no te he escrito: es este un pique inmotivado é intempestivo. Antes de venirnos te advertí en un aparte que tuvimos en el balcon, metidas entre las macetas de pinos, como los ladrones entre los pinos de los pinares, que el mayor encanto que tenia para mí el viaje que íbamos á emprender, era proporcionarme un completo divorcio con las lecciones, plumas, mapas y libros, tiranos de que he sido víctima desde mi mas tierna infancia, gracias á nuestra aya Carolina de Meridal, á quien á pesar de eso, quiero de todo mi corazon; esto se llama anomalía: (no olvides esta palabra que es muy distinguida). Te dije,—y si no me crees, pregúnta-

selo á los pinos que no lo habrán olvidado,—que me prometia gozar ámpliamente de la recientemente canonizada libertad y de las delicias campestres. Veinte dias he disfrutado de ambas escelencias; las plumas han dormido como marmotas sin sus feísimas caretas negras; el papel ha rivalizado en tersa blancura con las azucenas; yo he hecho lo que he querido, como los pájaros; cuando ha venido tu pique á interrumpir y dar en tierra con nuestro dulce *farniente*. Ahora te advertiré como mayor que soy, (pues no ignoras que tengo diez y siete años, siendo así que tú apenas has cumplido los diez y seis), que Carolina de Meridal dice que el picarse no es solamente señal de tontería, sino tambien de amor propio; y yo añadiré con franqueza,—que es una virtud *primitiva*, y por consiguiente me está identificada,—que el picarte te sienta muy mal á la cara. Cuando estás picada, tus ojos parecen dos faroles de los que habia antes que se hubiese introducido el gas: tu boca un acento circunflejo, y todo tu talante el de una muñeca de goznes; pierdes ciento por ciento. He dicho.

Voy, pues, á escribirte; pero ten entendido que no me mueve á hacerlo tu pique, el que no me ha hecho gracia ninguna, pero sí el obedecer á Carolina Meridal que me lo encargó para adiestrarme á espresar mis idéas sobre el papel; aunque á la verdad, me parece que mis idéas no merecen semejante trabajo. Lo haré porque considero que tiene razon Carolina cuando dice que tendré precisamente que escribir cartas

en el trascurso de mi vida; y como una carta no se puede escribir como el poeta Efigenio confecciona sus versos, esto es, sin idéas, sean estas buenas ó malas, salgan de adentro, ó préstenlas los objetos que nos rodean; ello es, que es preciso aprender á espresarlas por escrito, claritas, con lógica y sin faltas de ortografía.

Despues de esta prévia introduccion, empezaré mi carta por lo primero, y no por lo último, como me gusta empezar los libros.

Bornos me agrada mucho: es alegre como un cascabel, florido como un jardin, y lo riega la sierra con sus aguas, con el mismo esmero que tú tus macetas de adelfa. Nos ha sentado muy bien á todos, y en adelante no podrá Efi (omito el genio por abreviar), llamar á mi hermana Serafina *Cerafina*, porque ha adquirido un color como una rosa, y no parece ya poderse quebrar de un soplo. Mi Madre está contenta, porque tiene su partida de tresillo. Juegan con ella tres individuos que la suerte ha reunido en Bornos para mi solaz y mi alegría. Si fuese Reina, los hacia mis pajes para tenerlos siempre á mi lado, y preservarme así de toda melancolía, *spleen*, tristeza, hipocondría, *diablos azúles*, *saudades*, humor negro y demas ictericias morales, indígenas ó exóticas.

El primero es un hijo de Esculapio, un viejecito que parece hecho de alambre, que lleva una peluquita de pelo rubio, lacio y corto, el que se llama D. Pio Mate; aunque este apellido no tiene acento sobre la é,

yo se lo he colocado por tener el gusto de repetirle todos los dias que su apellido, puesto en el epitafio que ha de eternizar su memoria, no le recomendará como médico á las generaciones futuras. No querrás creerme cuando te diga que su peso es tan leve que un dia que soplaba recio, se lo llevó el viento; pero te convencerá de este hecho el saber que desde entonces nadie le nombra en el pueblo sino D. Pio Viento. Como es todo espíritu se exalta con facilidad, y esto sucede cada vez que se habla de Broussais, de la hidropatía, y sobre todo de la homeopatía; en nombrando al doctor Hahnemann se pone fuera de sí. Para él no hay sino tres medicamentos; quina en polvo, quina en infusion y quina en píldora.

El segundo es un administrador no sé de qué renta, ramo, contribucion, caudal ó cosa que necesita administrarse. Tampoco sé decirte, porque no me ha interesado averiguarlo, si está en ejercicio, si vacante, si separado, si en *disponibilidad*, si cesante ó si jubilado; lo que está de cierto, es *de sóbra*. Este señor es de muy pocas palabras, no porque le falte amabilidad, sino porque le faltan ellas: resulta de esto, que suele acabar las frases que ha empezado, con una porcion de inofensivos y prudentes etcéteras, que empiezan rápidamente y recio, y van bajando al piano, pianino, pianísimo. Tiene un vientre y una nariz muy respetables, si es que se respetan las cosas por su tamaño; trae siempre puesto un frac negro, que es con alguna que otra estátua romana mutilada, las

antigüedades de que se envanece Bornos. Mientras no juega, no sabe qué hacer con sus manos, y las cruza sobre el vientre, haciendo dar vueltas á sus dedos pulgares alrededor el uno del otro; se llama don Bonoso Rincon.

El tercer tresillista es el Comandante de armas, ex-alabardero de la Reina María Luisa, que segun dice, le queria mucho, y le llamaba *el buen mozo*: por ahí podrás apreciar el grado de jactancia, la manera de mentir y de ponderar del Comandante don Cristóbal Tamaño. Te diré cómo define el tio Miguél, jardinero y casero de esta casa, que es un viejecito muy chusco, á estas tres notabilidades.

—Señorita, dice, el Comandante cuando resuella, parece que no cabe en el mundo: pero no es de paño fino, y á lo mejor descubre la trama. Los *pináculos* (1) dicen siempre á la corta ó á la larga, que «han »comido con cuchara de palo.» De D. Pio dice «que tiene mas *sencia* que cuerpo, pero que es como el Padre Peña, que leia siempre en el mismo misal; y de D. Bonoso, que es bueno para colacion, porque no es ni carne ni pescado, ni es zorra ni lobo, y no arrima ni bochea.»

Tambien te pintará sus caractéres la manera que

(1) *Pinos* se suelen llamar en los cuerpos facultativos del ejército á los oficiales que no son de aquella clase, y ascendieron desde soldados. De pino se ha derivado aquí *pináculo*, con la misma ó análoga significacion.

(*N. del E.*)

tiene cada cual de nombrarme; D. Pio, á lo viejo, me llama *niña*; D. Bonoso, respetuosamente, *señorita*; y el Comandante, á uso del mundo, me llama *Primitivita*.

Ya estás, pues, al corriente de cuanto nos rodea; sabes lo que es Bornos y nuestros tertulianos. He escrito tanto, que mi pluma me pide aláfia, y el papel, misericordia; mas espero haberte despicado; con lo que volverán á brillar tus gracias, tu hermosura y tu buena educacion, que eclipsan lastimosamente tus piques.

En mi amistad hácia tí no hay eclipses; es inalterable como un brillante. ¿Qué digo?.... ¡las campanas que despiden el dia tocando la oracion! La tarde se me ha ido en pluma de hierro. ¡El ángel del Señor anunció á María!...

CARTA IV.

CARLOS PEÑAREAL A FELIX DE VEA.

Bornos 24 de junio.

He recibido tu carta y te diré como Balzac: hállome feliz en saber que echas una mirada amiga sobre mi existencia, á la vez florida y desierta. No podrás creer tú, que vives en la mas fastuosa disipacion, que cuando leia tu amistosa carta en la que te condueles de mi suerte, me hallaba contento en este silencioso albergue, que cobija el cielo mas brillante, que alegra el canto de los pájaros, y al que dan las flores que cultivo la mas genuina elegancia y el ambiente mas embalsamado. En el gran naufragio de mi existencia, he salvado dos tesoros, Félix; la pureza de mi conciencia y la paz de mi alma; y con estos tesoros no se puede ser infeliz. Dios es tan benéfico que nunca prueba á sus hijos en el infortunio, sin

que le acompañe una compensacion como alivio, y á fin de que no hubiese dolor sin consuelo, creó el Perdon, para que enjugase las amargas lágrimas del Arrepentimiento.

Es cierto, querido amigo, que el Señor ha asentado su mano sobre nuestra estirpe. He visto morir á mis dos hermanos en la gran lucha de principios que volvió á teñir de sangre el suelo aun húmedo por la vertida al espulsar las poderosas huestes del gran usurpador; he visto bajar en la flor de su vida á la tumba á esos dos héroes, sin que la señale un epitafio que recuerde su nombre ilustre, ni una cruz que atestigüe que eran cristianos! Mi Madre y dos hermanas pequeñas murieron en el cólera, sin que cerrasen sus ojos las manos de un Padre, de un hermano ó de un marido. Ví estinguirse á mi Padre en el destierro, repitiendo hasta su último aliento con la firmeza de la fé, pero sin la soberbia de la jactancia: «no transige la conciencia!;» y cuando yo, pobre peregrino, volví á la abandonada heredad que nos legaron nuestros antecesores, no hallé sino ruinas! Sólo y aislado entre estas, como quedaria la última columna de un palacio devorado por las llamas, ¿qué puedo hacer sino esperar tranquilo á que el tiempo me acueste al lado de las otras, y que cual la yedra á ellas, el olvido nos haga desaparecer para siempre?!!

No consideres estas palabras inspiradas por la melancolía, que es una debilidad del corazon; míralas como dictadas por la conformidad, que es una fuerte

hija del alma. Así sucede que vivo tranquilo, porque en mi sentir hay mas satisfaccion para el hombre en haber empleado sus fuerzas segun su conciencia, que en el goce de las ventajas materiales que hayan podido proporcionarle. Bernardino de Saint-Pierre ha dicho: «La continencia y la temperancia del hombre, aseguran su salud; el desprecio de la vanagloria y de las riquezas, su reposo; y la confianza en Dios su valor.» En vista de que mis recuerdos no despiertan en mi corazon como reflejo de lo pasado sino amarguras; puesto que mi agitada existencia ha pasado sin goces como un rosal con hojarascas y espinas, que se seca sin florecer, nada deseo ni nada echo de menos, y dice el sábio pueblo, que todo lo tiene el que nada desea.

No esperes, pues, convencerme con las razones que te dicte tu amistad y la parcialidad que tienes por mí, á que me ofrezca al Gobierno para que me coloque en el puesto que crees debo ocupar en nuestra patria, entrando así en la gran palestra de la vida activa. No hallo placer, necesidad ni ventajas en lo que en vuestro lenguaje del dia se llama *figurar*, y hallo mas dulce y encumbrada satisfaccion en la independencia, que es la mas noble aristocracia personal. Dice Confucio: «Subí á la montaña de Tam-Sam, y »el reino de Sú me pareció pequeño; subí al monte »de Tai-Sam que es mas elevado aun; vi el Imperio, »y me pareció pequeño! Así sucede al cuerdo; que »mientras más se eleva, más pequeños le parecen los »bienes de la tierra.»

Colíjese por cuanto me dices, que crees á la superioridad, incompatible con una pobre y modesta posicion, á la cual hace odiosa é insoportable; al contrario, la superioridad traida á un pequeño y oscuro círculo de accion, no lo desprestigia; sino que es una joya que lo ameniza y enriquece. Y no pienses que digo esto con intencion de remedar á un Cincinato filósofo, soy sencillamente el último Peñareal, que viene á morir en la cuna de su raza, como muere la última hoja de un árbol al pié del tronco de que nació.

Además, no me creas pobre; paso aquí por un hombre bien acomodado; todo es respectivo! Aunque te escribí que á causa del abandono de mis antecesores y por la dilapidacion de un infiel administrador, lo solo que de mi caudal hallé existente fué la arruinada casa solariega, un olivar que estaba perdido, y una huerta tan bella como improductiva; he arrendado las tierras que fueron olivar, y que me dan mi renta mas lucida, consistente en dos mil reales; y con el producto que rindieron el resto de los perdidos olivos, reparé cómodamente la casa de la huerta en que vivo. Ramon y yo la cultivamos, y éste me vende á un precio fabuloso sus productos; él quisiera,—aunque no me lo dice, porque es de pocas palabras,—que cada naranja se volviese una onza, y cada damasco un doblon.

Como ves, tengo lo suficiente, y te agradezco tu generosa oferta de anticiparme el dinero que necesi-

taria para sostener los pleitos, que son el solo medio de recuperar mi usurpado caudal. Nunca he tomado prestado; tanto que para enterrar á mi Padre vendí el retrato de mi Madre! Félix, la humillacion de la pobreza no existe mientras no la estereotipa vergonzosamente la deuda.

¡Cuántas gracias tengo que darte por la remesa de publicaciones nuevas que me has traido de París! mucho bueno hay entre ellas, pero..... ¡cuánto fárrago! Y no he podido menos de hacer la reflexion de que nada de lo bueno es conocido aquí en nuestro país, y sí todo lo malo, que hasta traducido está; así he esclamado con Zorrilla:

Un viento extranjero, en libros,
y pinturas y diarios
pensamientos incendiarios
nos traia sin cesar:
y sus átomos lanzados
por campiñas y ciudades,
un gérmen de novedades
no cesaban de sembrar.

Has completado en Cádiz la remesa que ha venido á enriquecer mi ya lucida librería, la que con el retrato de mi Padre se ostenta en la pieza de gala de mi casa. Esta pieza..... pero nada te diré del nido que me he labrado, porque quiero dejarte por completo el placer de la sorpresa cuando me hagas tu prometida visita. Solo te diré que en esta pieza paso los ratos mas suavemente apacibles y tranquilamen-

te entretenidos. En ella, y sentado en un rústico pero cómodo sillon, paso tardes de indefinible bienestar. El trabajo dá una dulzura al reposo, que no llega á comprender el que no se cansa. Soy un gran floricultor, y poseo una rara coleccion de flores, las que todas me sonrien ante mi ventana, y al soplo de la brisa parecen saludar á su bienhechor. Por la abierta ventana se entran las enredaderas que he plantado, y me presentan sus flores como una Madre á sus hijas; algun jazmin curioso se apoya en mi hombro para leer á la par mia las poesías que celebran su encumbrada gerarquía; ante mí mece una madreselva una de sus flores como un incensario.

Si alzo la vista, el sol que se inclina á espaldas de mi huerta, lanza de frente sus rayos sobre los montes, pero no alcanzan á iluminar la vega, en que aparecen en una suave media tinta el rio escoltado por sus adelfas, y las amarillas mieses, entre las que se mueven los segadores: mas allá se agitan y susurran las verdes cañas, que por más que se apiñan, no llegan á resistir al menor impulso del viento; á la derecha métese el rio por entre dos montes que le oprimen como un embudo, hasta que llegan á encontrarse, pero no se unen, para dejar un paso á las aguas, el que es tan estrecho, que lleva por nombre la Angostura, y por esta pasa el rio como una hebra de hilo de plata por el ojo de una aguja; al pié del monte, escondidos entre naranjos y árboles frutales, algunos molinos le aguardan traidoramente cómo al-

guaciles, para prender sus aguas y azotarlas sin piedad. Esta vista, tan hermosa como apaciblemente alegre, dilata mi alma y me sonrie suavemente, como resplandece la luz de la luna. Estos encantos de la naturaleza son tan ciertos, tan naturales y simpáticos á las sensaciones primitivas del hombre, que no podrán nunca los goces ficticios de vuestros apiñados y ahogados centros de poblacion, estinguir su encanto ni escederlo.

Cuando la puesta del sol derrama su vivificante frescura, salgo á dar un paseo á la orilla del rio, en el que mi fiel Triton, mi perro de Terranova, se solaza con las delicias del baño. Cuando vuelvo, hallo mis flores regadas, ó bien (segun la estacion) mi chimenéa encendida y mi frugal cena preparada por Ramon. ¿Pero tú sabes quién es Ramon? Ramon es un navarro que fué asistente de mi hermano Genaro, y es hoy mi amigo. Nunca nos hablamos, así como no se hablan la mano izquierda y la derecha, que obran de mancomun, y que rige un mismo impulso.

Cuando murió mi pobre hermano, recibió á su lado, y por defenderle, un lanzazo que le atravesó el costado. Hecho prisionero, fué conducido con otros al campamento contrario, en que militaba la brigada inglesa. Ramon sabia la suerte que en aquella infausta guerra estaba reservada á los prisioneros, y era la de ser fusilados; pero ignoraba que aquellas fuerzas eran mandadas por uno de los Generales más

caballeros, más humanos y más distinguidos de que se gloría el ejército. Ramon pidió que se le permitiese hablarle, lo que éste le concedió al punto. Vió entónces este Jefe entrar en su tienda á un alto y arrogante mozo, el que con una mano puesta en su boina, y apretando con la otra una ancha herida en su costado, por la que vertia sangre á borbotones, le dijo con semblante sereno:

—Mi General, vengo en mi nombre y en el de mis compañeros á pedir á Vuecencia una gracia.

—Habla, contestó sorprendido el General.

—Señor, repuso el navarro, quisiéramos ser fusilados por los españoles y no por los ingleses.

—No puedo concederte lo que me pides, contestó admirado y enternecido el General, puesto que no lo vais á ser; lo que seréis ahora mismo es curados y asistidos, como hombres, como españoles y como valientes que sois (1).

Este es Ramon; el cual, despues de cangeado, se reunió á mi Padre, y muerto éste, no ha querido abandonarme: ya ves si tengo razon en decir que somos dos manos, una mas fina, otra más callosa,

(1) Este hermoso sucedido que honra tanto al vencedor como al vencido, ha sido referido al autor por el mismo General que en él actúa, el señor Conde de Clonard. ¿Por qué no cunden, no se repiten, no se escriben y archivan tan hermosos y nobles hechos? ¿Por qué cuando hablamos de nosotros no tenemos sino amargo desden para nuestros contrarios; y para los nuestros sino finchada jactancia, la que empaña el mas puro cristal?

que impulsa un mismo sentir y una misma voluntad.

Pero con hablarte tanto de mí, y de lo que me rodéa, se me olvidaba contestar á la pregunta que me haces, de si hay aquí este año muchas gentes forasteras: me ocupo muy poco de eso; pero creo haber oido al diminuto doctor, señor de vidas y haciendas de aquí, que no han venido más personas de viso que una señora de Cádiz muy rica, con dos hijas muy lindas.

Espatriado en París, ó sepultado en Bornos, siempre es tuyo de corazon

CARLOS.

CARTA V.

SERAFINA A LUISA.

Bornos 1.º de julio.

¿Por no contarme entre las Eloisas, Safos, Armidas y Medéas, no me crees capaz de querer? Bien veo que en esta materia estás aleccionada por nuestro poeta Efigenio. Pero dime, ¿no cuentas como pruebas de amor mi libre eleccion que se fijó en Alejandro, cuatro años que retirada del trato he pasado en dar culto al recuerdo, y todos mis sentimientos y esperanzas absorbidos por un solo hombre? ¿no es esto querer? ¡Y lo dices tú, tú de quien ningun hombre ha podido hacerse amar, tú que has llegado á los veinte y ocho años sin acordarte de las Safos y Medéas, que segun parece son ahora para tí dignos modelos de imitacion! Esto me prueba, Luisa mia, que nadie habla de las cosas con más énfasis que aquél que ménos las siente!

Aun á riesgo de pasar á tus ojos por una amante de hielo y propia sola para el capitan Franklin, te diré que nuestra estada aquí me es cada dia más grata. La casa que tenemos es muy buena; habitamos lo bajo que cae al jardin, que es hermoso; coge todo el frente de las habitaciones un emparrado colocado sobre las puertas y ventanas como un quita-luz. En este emparrado se encaraman en union con la parra, un jazmin y una mosqueta, luciendo su gimnástica, y esparciendo sus perfumes en competencia. De noche y de dia es para mí este jardin un lugar de goces y de delicias. Es muy frondoso y rico; tiene naranjas por quita-soles, cipreses por penachos, mirtos por elegancia, bojes por decoro, flores por gala, y por contraste lánguidos sauces, que meditan sobre una alegre fuente que rie. Está poblado de abejas que estraen la miel á las flores y se la llevan sin piedad; de mariposas que las obsequian y adulan sin ajarlas, de lagartos, que todo lo miran con sus grandes ojos, pero sin meterse en nada, y que solo ambicionan un rayo de sol; de oficiosas hormigas que presagiaron y aplauden al siglo XIX; de pájaros picoteros que no dejan meter baza al ruiseñor, de manera que este aguarda el silencio de la noche para cantar sin que lo oigan ni le interrumpan.

A la hora de nuestra tertulia, cuando mi Madre se engolfa en su tresillo, me siento debajo del emparrado con los caseros, que son un Filemon y Báucis, que estudio con tanto interés como simpatía. La tia Belica

se pinta en estas tres palabras: compostura, bondad y devocion; y el tio Miguel con estas otras: honradez, agudeza y buen sentido. La luz ardiente del reverbero, que parece como precipitarse por la puerta y las ventanas de la sala, pasa por encima de la cabeza del buen anciano cuyas canas platea; ilumina al frente un grupo de magníficas dalias, y sube hasta el emparrado, al que da diversos tonos de luz en que desaparecen misteriosamente las flores entre las hojas. Escucho entonces con igual placer, ya la alegre y sonora risa de Primitiva y el suave murmullo de la fuente, ya la conversacion de mis buenos ancianos y el lejano cantar de los mozos con sus guitarras, ya los trinos del ruiseñor y el *paso* y *juego* de los tresillistas, y todo me infunde paz y contento. ¡Ay Luisa! ¡cómo desfigura el hombre la felicidad con sus pasiones turbulentas, su insaciable ambicion, y el fantástico é irrealizable ideal que se crea, y que con tanta razon condena Balzac diciendo: «¡El culto de lo ideal, esa fatal religion humana!» Pero los hombres suelen dividir su vida en dos fases; la mitad la pasan adorando neciamente ese ideal ilusorio que les hastía de todo lo bueno real; y la otra despreciándolo groseramente, anteponiéndole y acatando solo lo que es material y positivo.

Tambien en el sencillo Bornos acontecen aventuras romancescas. La otra tarde paseábamos entrándonos sin recelo de una en otra, en las huertas y naranjales, seguras de ser bien recibidas en todas, y aun

regaladas con frutas y flores. Son estos los paseos que prefiero, porque en las huertas, esos jardines rústicos, hallo los emparrados, los azahares, los ruiseñores, las flores, las gallinas, los niños, la sombra y el agua; en fin, todo cuanto encanta en la reunion de lo doméstico y de lo campestre. Llegamos á una que llamó en particular nuestra atencion, por lo esmerado de su cultivo, lo primoroso y lindo de su casa y lo bien entendido de toda su disposicion; sobre todo admirábase allí un verdadero lujo de flores. Enredaderas cubrian de un todo las paredes de la casa, no dejando casi hueco á las ventanas, en cuyos cristales se contemplaban el blanco jazmin, la roja indianilla y el amarillo *durmiente*, como otros tantos vanidosos Narcisos. Los lilas, los mirtos, los mundos, las adelfas rellenas, las celindas y otros arbustos, formaban un círculo delante de la casa, en medio del cual un arriate circular contenia las flores mas raras y delicadas. Enfilando con la habitacion se habian talado los árboles, de manera que ponian á descubierto una hermosa perspectiva que, abrazando la vega, iba á perderse en la magna escalinata de las montañas hasta la remota lontananza en que campea el San Cristóbal.

Cuando mas absortas estábamos contemplando aquel sitio encantador, vino hácia nosotros un magnífico perro de Terranova, y aunque su aspecto no era hostil, mi Madre, que teme mucho á los perros, y tiene la idea de que es la rabia su estado normal, se

puso á dar voces á un trabajador que á alguna distancia trabajaba, diciendo:

—¡Buen hombre! ¡buen hombre! ¡por Dios!..... ¡llame vd. á ese perro, que nos viene á embestir!

Al oir estas voces el que trabajaba, volvió la cara, y al vernos, acudió presuroso llamando al perro que se puso á su lado, mirándole con una tranquila mirada que parecia decirle: ya sé que no hay cuidado. Pero ¿cuál seria nuestra sorpresa al examinar á este hombre, que aunque en traje de campesino, tenia la figura mas noble y hermosa, y el porte y maneras del mas distinguido caballero? Verdad es que en Andalucía es tan lindo el traje de campesino, que lo visten en el campo los caballeros. Nos saludó con mucha finura y cortesanía, y respondió á las escusas que le hizo mi Madre por haber entrado sin autorizacion en su propiedad. Inducida á ello por la costumbre establecida aquí, que habria sido tratarle como á pária el haberle privado de la satisfaccion que le cabia en que visitásemos su humilde pero florida posesion, y nos instó para que descansásemos en su casa, á la que nos precedió abriendo las puertas y llamando á su criado.

—¡Vaya, madre, con que va vd. á decir á ese caballero *buen hombre*! dijo Primitiva cuando éste se hubo alejado.

—¿Qué mal hay en eso? respondió Madre, ¿es acaso un mal dictado?

—Señora, nadie quiere ser *buen hombre*; ni aun los malos.

—¿Y tú, por donde sabes que es un caballero? preguntó mi Madre; tiene buena figura y buenos modales, no hay duda; pero podrá haber sido criado de buena casa y haberlos adquirido así; ¿no viste que estaba trabajando?

—Señora, repuso Primitiva, es un caballero; eso salta á la cara como un cigarron, ¿no es verdad, Serafina?

—Ciertamente que á mí me lo parece, contesté.

El desconocido volvió entonces y nos introdujo en la casa, que aunque pequeña, era tan bonita interior como esteriormente. Subíanse unos escalones para entrar en la primera pieza, que era grande y entrelarga, y tenia en el fondo una chimenea; dividia esta pieza la casa en dos partes, y servia de sala y de comedor. Tenia por todo mueblaje en medio una gran mesa redonda de pino pintada de verde, y sillas americanas de madera, pintadas igualmente de verde. A la derecha habia dos piezas, la primera que daba al frente de la casa, contenia una rica librería, una mesa de escribir y un sofá, sobre el que estaba colgado el retrato de un hermoso anciano vestido de General. La otra pieza era la alcoba, y tomaba su amortiguada luz de entre árboles que á espaldas de la casa le hacian dosel. A la izquierda, el mismo sitio que ocupan estas dos piezas, era destinado á la cocina y el cuarto del mozo.

Cuando de la librería pasamos al salon grande, hallamos como por encanto la mesa cubierta con lin-

das cestas de las mas ricas frutas y las mas hermosas flores. Primitiva no pudo contener una esclamacion de sorpresa y alegría.

—Esto parece, dijo, cosa de comedia de mágia.

Nuestro huésped se echó á reir, y le respondió:

—La naturaleza es la Maga,—y añadió señalando á su criado,—y este el maquinista; pero en lo que sí ha intervenido la Hada de estos vergeles, es en proporcionar á sus flores un destino que estas hijas del solitario valle no podian nunca esperar.

Yo me habia acodado en la ventana, y contemplaba la hermosa vista que presentaba la naturaleza, como *con amore*, cual un inmenso cuadro, á los que la aman y comprenden.

—Estais distraida, me dijo nuestro huésped, presentándome en una cesta los afamados damascos de Bornos ¿Os gusta el campo? ¿pensais que esto sea bello?

—Pensaba, contesté, que si os encantan como á mí las bellezas campestres, debeis ser aquí el hombre mas feliz del muudo.

—Soy al menos el mas satisfecho y contento; doy poco valor á lo que se llama felicidades en el mundo.

—Teneis razon, le dije; gloria, riqueza, brillo, pasiones, ardientes especias con que los hombres estimulan la vida, sin hacerla feliz ni buena!....

—Verdad es esta, repuso él sonriendo, de que todos están convencidos en teoría, y pocos prueban estarlo en la práctica; y ménos que nadie lo haria una

jóven hermosa, para la que, por lo regular, el horizonte de la ilusion no tiene límites.

—Es cierto, contesté; con la diferencia de que pienso que las ilusiones, cuando no son hijas de una loca fantasía, pero sí hijas del corazon, tienen no ilimitados, sino rosados horizontes, en que se realizan la mayor parte de las ilusiones de todas edades, pues se basan en la sencilla poesía de la vida real.

—¡Ilusiones de toda la vida! esclamó mi interlocutor.

—Sí señor, respondí; y por eso no creo al ruiseñor buen poeta, porque solo canta una temporada, y la poesía canta siempre, y llena de prestigios la vida entera. ¿Qué estado, qué circunstancias, qué edad habrá en la que no entusiasme una bella accion, y no encante una hermosa flor, esas dos mayores poesías del mundo moral y material?

—Ved,—me dijo, al observar que la brisa de la noche hacía que las flores de las enredaderas viniesen á tocar mi frente y á posarse sobre mis cabellos,—ved cómo las flores que os escuchan, os coronan como á su más bella apologista.

—Vámonos, dijo en este instante mi Madre acercándose; esta niña, que tiene pasion por la fruta, va á tomar una indigestion: no sé cómo está buena; pues en esta estacion y con los baños tan largos que toma, no comer sino fruta, es tirar á matarse. En seguida dió gracias al dueño de aquel edén, y segun nuestra franca y bondadosa costumbre, le ofreció es-

presivamente la casa. Por el modo fino, pero frio con que contestó, infiero que no vendrá: bien se nota que desea vivir aislado. ¿Pero quién podrá tachar como manía, lo que todos proclaman como el mas alto grado de la sabiduría; esto es, huir del mundo? ¿no siento yo acaso esa misma propension? Adios: estoy preocupada, y se me olvidaba decirte que tengo el disgusto de que desde hace quince dias que te escribí, no he vuelto á tener carta de Alejandro. ¡Por Dios! no le imites en no escribir á tu

SERAFINA.

CARTA VI.

LUISA TAPIA A SERAFINA VILLALPRADO.

Cádiz 4 de julio.

¡Muy bien, mi amiga, muy bien! No solo me pones en tu epístola de insensible, sino que sacas á bailar mi fé de bautismo con una franqueza campesina de pésimo gusto, y con ella me colocas poco ménos que entre las denominadas trancas del infierno. Por cierto que este puesto que han designado los hombres á las mujeres que no se casan, prueba que han conceptuado con razon que toda casada tiene entrada en el cielo, merced á presentarse allí con la palma del martirio. Lo que me dices me ha hecho reflexionar en que el silencio y reserva que he observado contigo, que eres mi mejor amiga, han dado lugar á que tengas de mí una opinión errada, y no quiero por más tiempo aparecer á tus ojos otra de la que soy. —Eres la primera persona á quien confio este secre-

to, y si lo hago es porque en breve dejará de serlo, é inútil ya el profundo misterio que ha sido necesario observar por tanto tiempo.

No sé si conservarás memoria de la catástrofe que arruinó á mi Padre y le costó la vida; porque habiendo diez años de esto, solo contabas once, y en esa edad pasan muchas cosas desapercibidas á la atencion. El único amparo que le quedó á mi Madre, fué mi hermano mayor, que establecido en la Habana, gozaba ya de un caudal considerable.

Este me escribió que si yo renunciaba al hombre á quien amaba (con el que estaba ya comprometida á casarme) daria una lucida asistencia á mi Madre; pero que de lo contrario, olvidásemos que teníamos un hijo y un hermano en Cuba. Esto lo hacia, tanto porque comprendió que el Padre del hombre que debia ser mi marido, habia sido la causa de la ruina de nuestro Padre, como porque arruinado aquel tambien por las mismas desgracias, su hijo no podia ser una boda conveniente para mí.

En lo primero iba errado; en lo segundo no lo iba. Su resolucion era decidida y apremiante; la mia no vaciló: le contesté que me sometia á sus condiciones, poniendo por mi parte otra, y era que nunca supiese mi Madre lo que habia tenido lugar entre nosotros. Ponia esta condicion para que jamás entendiese la Madre de mi alma que debia los socorros de mi hermano á un sacrificio mio, lo que le habria amargado el pan de cada dia.

El noble hombre á quien amaba, amo y amaré miéntras lata mi corazon, fué el primero en aprobar mi conducta, y partió á Manila firmemente resuelto á no volver, ó á regresar rico, y ofreciendo á mi Madre una suerte mas brillante que la que le hacia su hijo, ponernos en situacion de no admitir sus socorros condicionales.

¡Diez años han pasado, Serafina! diez años de trabajos, de zozobras, de ausencia y de constancia: pero dulcificados y alumbrados por la esperanza, como lo está el hogar doméstico por la vivificante y clara luz de la hoguera. Aprende, pues, hija mia, á aguardar; que el aguardar es el consejo que nos dá la constancia para llegar al logro.

Espero, pues, señora mia, que si no me cuentas tampoco entre las Medéas y Safos, me contarás entre aquellas cuyo tipo mucho más simpático es el de las Andrómacas y Penélopes. No he tenido, es cierto, una rival tan brillante como la que tienes tú; pero en cambio he tenido un terrible competidor en Mercurio; mas nos llevábamos bien, ó, por mejor decir, nos secundábamos.

Mi Felipe va á llegar trayendo de vanguardia y á retaguardia, sino bizarros y lucidos soldados con clarines y trompetas como tu Alejandro, unos buenos y honrados pesos duros; estos son lo más vilipendiado y lo más apetecido que existe. Llaman unos al dinero *vil metal*, y una amiga mia que tiene mucho talento y chiste, lo considera *una entraña del hombre*. A mí lo

que me parece es, que los pesos duros se muestran por su más bello aspecto cuando vienen á acortar distancias entre dos personas que se aman, y para hacer dulce la vida á una Madre á quien se quiere con ternura; así es que no los miro mal, ni murmuro de ellos. Con sus leones que significan su poder, y sus castillos que significan su fuerza, me gustan más y me parecen más caballeros que los napoleones, á pesar de gastar estos la órden inglesa de la *liga*.

Exijo de tí, querida Serafina, que no me contestes una palabra á cuanto te he confiado, porque mi Madre se deleita en leer tus cartas, y Carolina Meridal me las arrebata apénas las he leido. Además, podria cruzar por tu ménte la idea de celebrar mi conducta, y este elogio, Serafina mia, me ofenderia más que una censura. Hay cosas que brotan naturalmente del corazon, sin aun tener parte en esto el sentimiento del deber; y son como las plantas del desierto, que regadas con las tibias y perfumadas aguar del elogio, se perderian. Si se enterase de esto mi buena y delicada Madre, creeria deberme estar agradecida, y esto lo quiero evitar á toda costa: el Padre que algo agradece á su hijo, degrada su santa dignidad paterna. Todo se *débe* á los Padres, todo, hasta la última gota de la sangre de nuestro corazon! y ni aun con ella les pagaríamos lo que les debemos.

Desde que me escribió Felipe la época de su salida, acabo y vuelvo á empezar la novena de la Virgen del Carmen, Santa Patrona de los navegantes, cuyo

templo, cual otro faro, se levanta no léjos del de San Sebastian. Esta SEÑORA ha sido, Serafina mia, mi dulce confidenta, mi santa Consoladora; y si Felipe hubiese perecido, habria sido todo mi refugio. A cada Salve que fervorosa dirigia á la SEÑORA, me convencia de que salia una estrella más en el cielo, y retrocedia una ola soberbia en el centro del mar; y que mientras yo rezaba, callaba el viento por respeto á la que contra su furor invocaba. Y no erré, Serafina! Cuando Felipe me escribió los pormenores de su navegacion, me decia que una vez en que luchaban con un temporal, rendidos ya, y perdidas las esperanzas de salvacion, á la misma hora en que yo me prosternaba ante la SEÑORA para hacer su novena, el viento cayó de repente cual si le hubiesen cortado las alas, la mar pareció haber recibido un impulso contrario al que el temporal le habia dado, vaciló, quiso bramar, y solo pudo murmurar sordamente; las nubes llorosas siguieron al viento que las abandonaba, y entre las fugitivas en derrota, apareció una estrella, aquella estrella que yo invocaba diciendo: STELLA MATUTINA, ORA PRO NOBIS.—¡Ay, Serafina! El que nos crió, puso en nuestra alma la necesidad de una Religion, y el ansia por un culto, para hacer más accesible á la torpeza de nuestros alcances la revelacion que de sí dignó hacernos. ¡Y hay hombres que anteponen los torpes sentidos á la revelacion!.... Pensar que es el constante pensamiento de los turcos el de DIOS ES GRANDE, y que entre cristianos ilustrados puede llegar á serlo

este otro: *Dios es chico y el hombre es grande*! esto haria reir..... si no hiciese llorar.

Pero volvamos á mi pleito: á nuestra vista hablaremos sobre el particular cuanto quieras ó más de lo que quieras, porque siento necesidad de desquitar diez años de silencio. ¡Y luego dirán los hombres que la bella, fina y delicada mitad del género humano no sabe callar!! ¡y tienen cara para llamarnos habladoras, en el siglo de los discursos, arengas, improvisaciones y alocuciones!..... ¡Habrá insolencia igual!— Tú que eres tan rica, no creas que tienes que aguardar diez años como yo, ni temas volver á ver á tu Alejandro como me escribe mi Felipe que lo está, ni que él te halle á tí algo ajada como lo estoy yo. Las talegas son muy casamenteras; y aunque no fueses la jóven linda, discreta, fina, bien educada y buenísima que eres, hallarias cuantos maridos quisieses, á escoger como los melones y sandías..... por cierto que si yo fuese varon, sería entre tus pretendientes si no el más lucido, el más apasionado.

Mucho me ha interesado vuestra aventura con el cenobita, que despues de descollar en manejar la espada, descuella ahora en la crianza de las flores; hace muy bien; que es harto más bello y más grato un jardin de recreo que no un campo de batalla. ¿Concibes que haya hombres que se *entrematen* y se llamen *héroes*, y hombres que metidos entre sus libros escriben de su puño y letra que la guerra es una necesidad, y que se llamen *sábios*? ¡Qué lindamente

zambullia yo á los tales héroes y sábios en el mar Pacífico para apagar sus ardores bélicos!—Mi primo Félix es amigo íntimo de vuestro cenobita, y me ha dicho que se llama Peñareal. Aunque son de un todo opuestos en carácter, en idéas y en modo de sentir, se aprecian y quieren mucho, lo que prueba claramente que ambos son hombres superiores. Nada demuestra más lo mezquino del pensar y lo acerbo del sentir, que no apreciar en otros sinó nuestras propias idéas, y querer aplicar uno por su propia autoridad á las cosas terrestres la gran sentencia de las religiosas, la infalibilidad, el «fuera de aquí no hay salvacion.» Bien mirado, Serafina, los hombres no valen *un tiro*, como dice mi ama, que ha tenido un Padre borracho, un marido holgazan, un hermano pendenciero y un hijo jugador, y si mi Felipe no fuese una escepcion de la regla, le diria *beso á vd. su mano, pero no le quiero*, como he dicho á tu amigo Mister Sterling, que se ha empeñado en llevarme á Lóndres..... ¡como si yo fuese una bota de vino de Jerez!.....

A tí te gustaba mucho la conversacion de este apreciable isleño, y para acabar de conquistarle tus simpatías, te diré la respuesta que me dió ayer, primer dia que fué á los toros, cuando le pregunte el efecto que le habian causado: «Vengo, me respondió, indignado contra los hombres, y compadecidísimo de los animales.» Me pareció tan espresiva en su laconismo esta respuesta, que me propuse escri-

bírtela. Si, si, tienes razon cuando dices que todo lo queremos hoy dia á la extranjera, y que solo para las bárbaras corridas de toros se guarda el patriotismo y el apego á lo que es nacional: ¡qué aberracion!

¿En qué consistirá esta incalificable indiferencia al padecer de los animales, que por todas partes y á todas horas se muestra sin pudor? ¿Será en la dureza del corazon, ó en la torpeza de la inteligencia, que no comprende cuánto sufren esos pobres seres, avasallados, tiranizados y martirizados tan sin piedad? ¡Y qué razon tiene Cooper en su Luisa Hardinge cuando dice: «no hay duda que el hombre tiene »en sí mucho de fiera, y que se le puede traer á ha»llar placer en presenciar escenas sangrientas!» Y eso que no creo que presenciase el autor ninguna de nuestras cultas corridas de toros, ese sancta sanctorum de la nacionalidad española!..... Si las mismas personas que las defienden por ser *nacionales*, fuesen en todo lo demás tan patrióticas, se les pasaria esta defensa como un esceso de patriotismo; pero, ¿qué se dirá cuando por lo regular esta pasion y parcialidad á los toros es una escepcion en su desapego universal á cuanto existe aun de nacional?— ¿Te acuerdas cuando intentaste hacer una asociacion femenina en favor de los animales, esos seres desvalidos cuyo martirio presenciamos de contínuo sin poder aliviarlo, la burla que te hicieron los que se afeitan. Si, si, los hombres son atroces; y te repito que

si mi manileño no fuese una escepcion de la regla, preferiria mil veces el vestir santos ántes que sufrir el yugo de los *no santos*.

¿Por qué será que mi primo Félix me ha preguntado con tanto interés por vosotras?..... pero, ya caigo!.....—es hombre, y basta que seais bonitas para que se despierte su curiosidad.

Adios; que todo tiene fin en este mundo..... hasta esta carta magna. No estrañes que una carta tan grave que contiene el secreto de mi vida, la haya escrito en su mayor parte en estilo chancero. Cada nacion tiene, por más que digan, su modo peculiar de sentir, de pensar, de hablar y de escribir; esto no lo han de variar los novadores políglotos aunque se vuelvan tarumba. ¡Adios!..... tanto como me cuesta servirme de esa palabra!..... y la repito!

LUISA.

CARTA VII.

PRIMITIVA A TERESA.

Bornos 6 de julio.

¡Oh, qué evento! ¡estremécete!..... la vida de tu amiga ha estado en peligro eminente! Debo mi existencia, y tú esta carta, á un Héroe que con un valor, una generosidad y una fuerza nunca vista, me arrancó de las garras de la muerte, y dió otro giro á su guadaña. Amale, ámale..... como le amo yo, á este mi noble salvador, el que con una admirable modestia, no da mérito á la hazaña que ha hecho, y por toda recompensa se contenta con el caparazon de un pavo, que aprecia mas que una corona de laurel, y con una pata de gallo, que prefiere á un poema laudatorio de Efigenio..... puesto que este héroe es un perro!..... Pero..... ¡órden! *el órden está al órden del dia.*

Ya habrás sabido por Luisa, á quien Serafina se

lo escribió, cómo hallamos dias pasados escondido entre huertas un jardin encantado, con un Príncipe encantado en hortelano, el que nos obsequió con unas frutas nunca gustadas y unas flores nunca vistas. El Príncipe, aunque un poco sério como lo exigia su dignidad, es un arrogante mozo, y su ministro, encantado en jornalero, un hombre casi tan buen mozo como su señor, y mucho más grave. Yo no sé como las flores están allí tan floridas y tan á sus anchas con sus dos custodios tan *repetuosos*, como diria la tia Belica.

Te harás cargo de lo subida de punto que estaria nuestra curiosidad por saber quien era el solitario y misterioso personaje, y cual seria aquella noche nuestra ansia porque entrasen los tertulianos, para satisfacerla. Por fin llegaron los tres en amor y compaña, como los Reyes Magos de Oriente. A la primera pregunta contestó desde luego don Pio:

—Eso es que han ido vds. á la huerta que se llama del Mayorazgo, y el que han visto en ella es su dueño don Cárlos Peñareal, caballero si los hay, y caballero de Bornos; y cuenta que ha pasado á refran lo que sobre esto se dice: los caballeros de Bornos, buenos y pocos. Grandes picardías se han hecho con ese mayorazgo, que era grandísimo. Entre la desidia de los anteriores dueños, que han sido todos militares y no se han cuidado de su caudal, y las picardías de los administradores, todo se lo tienen usurpado, y no le ha quedado á éste sino unas tierras, la huerta y la

casa solariega, que está como yo, para dar consigo en tierra el dia menos pensado. Bien podria recuperarlo todo si pleitease, pero don Cárlos no quiere pleitear, y dice que vale mas la paz que un mayorazgo.

—¡Ay! ¡qué bien dice! esclamó Serafina.

—No dice bien, repuso mi Madre, y el dia que tenga hijos se lo echarán en cara.

—Si tiene hijos, Madre, repuso Serafina, serán como él, que no le echa en cara á los suyos el haberlo perdido por desidia. Por Dios, Madre mia, ¿qué es lo que *deben* los Padres á los hijos? materialmente, mantenerlos hasta que lo puedan ganar; moralmente, una buena educacion y buenos ejemplos. Todo lo demás que hagan por ellos ó les den, son gracias, favores y pruebas de cariño; y como tal deben los hijos agradecerlo, y no exigirlo como deudas.

—No parece, dijo don Pio, sino que habeis escuchado las razones de don Cárlos, pues las mismas que habeis dado por defenderle, da él por base á su conducta; ¡cosa mas rara!

—Si estudiara vd. la naturaleza moral, como la física, don Pio, le dije yo, no hallaria vd. eso una cosa rara, sino una cosa muy cuotidiana con su nombre y todo, griego ó latino, como sus queridas enfermedades humanas.

—¿Y cuál es ese nombre, niña? preguntó.

—Es SIMPATIA, respondí.

—¡Simpatía, personas que no se conocen ni se tocan nada!—gruñó don Pio, que me pienso tiene á la

simpatía por un parentesco, ó por una tia lejana;—pero yo habia traido el Diccionario, y me puse á leer: «La conformidad que algunos tienen entre sí por sus inclinaciones y propiedades.» ¿Qué me dirá usted ahora? ¿existe ó no simpatía entre don Cárlos y Serafina, que sienten y hablan lo mismo?

—Niña, niña, repuso don Pio; eso es una palabra poética, puramente poética, que pega en la vida real como una rosa en la olla; pero hoy dia todos se meten á redichos y poéticos, hasta los gacetilleros..... ¡hasta el Diccionario! todos se suben en zancos; ¡así anda ello!

—El difunto Padre de ese chico,—dijo el Comandante Tamaño, que estaba rabiando por meter baza, y con ella un embuste,—siguió á don Cárlos; le conocí mucho; serviamos juntos en la guerra del francés; éramos uña y carne; nos llamaban *«los amigos buenos mozos.»* En el sitio de Olivenza matamos entre los dos veinte franceses y diez suizos.

—Pero ¿cómo es que está aquí el hijo? preguntó mi Madre.

—Porque dice el refran, contestó don Pio; «á tu tierra, grulla, aunque sea con un pié;» y el consejo advierte: «á lo tuyo, tú.»

—Don Bonoso, ¿le conoce vd? preguntó Serafina.

—Sí, señorita, contestó éste; pero le he hablado rara vez, porque es poco amigo de conversacion: los domingos, en los porches de la iglesia nos hemos dado los buenos dias, las buenas noches, etc , etc.

—¿Y vive solo? preguntó mi Madre.

—Con un asistente navarro, respondió don Pio, que es un moceton como un trinquete, y habla aun menos que su amo, y un perrazo, como un ternero, que no ladra, pero que no quisiera yo tener por contrario. Dice don Cárlos que es de casta estranjera, y de un país muy frio, de suerte que ha de sentir mucho el calor de aquí, por lo que le he pronosticado á su amo, que si bien no rabió el año pasado, rabiará este año ó el que viene: mas miedo le tienen en el pueblo que á un toro de ocho años.

—En todo esto, por mas natural que vds. lo pinten, dije yo, hay gáto encerrado. En el siglo XIX todos quieren ser diputados, pero nadie anacoreta; es un *contra-siglo*. La ficcion poética es la única casa noble á quien se le haya dejado amayorazgada su mejor propiedad, la vida pastoril; el suicidio, que priva, ha acabado con el misántropo destierro voluntario. Así, pues, ¿cómo y porqué está aquí? este es el intríngulis.

—¿Usted llama á Bornos un destierro, niña? preguntó don Pio muy picado; ¿pues qué diria vd. de Benamahoma?

—Que es para los beduinos.

—¿Y del Bosque?

—Que es para los lobos.

—¡Vea vd!..... ¡Bornos un destierro! prosiguió indignado don Pio..... juego, voltereta, Comandante Tamaño; no sea vd. tan ligero en tirar los naipes, que

no es vd. el solo en jugar, y aquí no se juega á paso redoblado..... ¡Bornos un destierro! ¿quién oyó otra? espadas he vuelto; ¡me perdí! ¡malditas espadas! ¡no tengo ni una!

—¿Y qué habia vd. de hacer con ella? dijo el Comandante.

—Metido aquí—proseguí para hacer rabiar al estracto de médico,—un hombre tan distinguido como Peñareal, tan fino, tan buen mozo.

—Pues qué, niña, esclamó don Pio, ¿cree vd. que en Bornos no puede haber buenos mozos? ¡Si tiene fama por eso! Y hasta la copla lo dice:

En Villamartin los tontos,
Y en Espera están los flojos;
En Arcos los valentones,
Y en Bornos los buenos mozos.

La copla fué interrumpida por la terrible voz ¡*codillo*! que como una bomba lanzó el Comandante al aterrado don Pio.

—¡No puede ser! esclamó éste; se rie vd., Comandante; pero á fé que si á vd. le hubiese sucedido, no tendria ganas de reir. ¡Pero si le están distrayendo á uno!.....

—No tenga vd. mal genio, don Pio, le dije; que dice Octavio Feuillet: «que la bondad es el agrado ó hechizo que le es permitido á los ancianos; es la coquetería de los cabellos blancos;» pero ya se ve, como vd. los tiene rubios.....

—No tengo ningunos, niña, y por eso no necesito

peluca; pero creo que á todas edades, cuando se recibe un codillo como este.....

Pero dejemos lamentarse á don Pio sobre su codillo, y vengamos á la segunda parte de mi relacion que es la mas interesante y dramática, aunque no deja de serlo la primera. Pues ¿hay nada mas romancesco que este hijo de Marte, hecho ermitaño entre flores; este Príncipe encantado en hortelano por la mas pícara de las brujas, la guerra civil, que nos regala con frutas y flores? Esto, hija mia, no lo hallarás en tu vida en las murallas de Cádiz, aunque des la vuelta al recinto, y te probará que el siglo de las jugadas de bolsa, de los discursos, de los casinos, *etc.*, *etc.*, como dice don Bonoso, no es tan prosáico como parece. Por mas que le señalen á la poesía el Parnaso por cárcel, le han quedado muchas guaridas por el mundo, en el campo, y muchos santuarios en los corazones, y dice muy bien Octavio Feuillet en sus preciosos proverbios, «que detrás de cada florido matorral hay un idilio, y en cada esquina una novela ó un drama paseándose.» Ya ves que adelanto que es una maravilla en el arte de espresar mis ideas, las que despues de escritas me parecen mejor que mientras están en embrion en mi caletre. ¡Y yo que creí que las ideas eran el monopolio de unos cuantos que las dan á la prensa! ¡Qué bobada! ¡Cuántas ideas buenas se quedan como perlas en el fondo del mar, y cuantas malas suben, como la espuma, á la superficie! Vamos á mi relacion; no sea que me eches en

cara que me remonto, lo cual es propension de las cosas vacías.

Hemos empezado los baños en el rio. Segun la costumbre establecida aquí, nos han hecho una choza anfibia, esto es, que se asienta en la orilla y se prolonga en el rio. La parte acuática está sin techar, pues nos bañamos á la caida de la tarde cuando ya el sol ha descendido; sus cuatro paredes de cañas, castañuelas y junco vano, unidas por tomiza de palma y sujetas á unos postes con jical de esparto, forman una florida alberca de agua corriente y tibia, muy preferible á las de alabastro con sus estancadas aguas. El buen hombre que la hizo, dejó en el fondo una puerta abierta para que la persona que quisiese, pudiese salir al rio; pero mi Madre me habia prohibido hacerlo, porque aunque no es profundo, le habian advertido que tenia *ollas*, esto es, unos hoyos en que es muy fácil caer y ahogarse la persona que no sepa nadar. La tarde en que pasó la trágica escena que te refiero, Serafina, que estaba un poco resfriada, no se bañó, y se puso á recorrer la orilla del rio con uno de los borriqueros; pues has de saber que el rio está bastante lejos del pueblo, y para llegar á él hay que bajar una cuesta, por lo que es preciso ir en piés ajenos para llegar, sin caldearse, al baño. La orilla del rio es muy bonita en aquel paraje; por este lado es baja, está cubierta de yerba, y se estiende formando cabos y ensenadas que guarnecen al rio de verdes festones, para que no se equi-

voque un cáuce, linda obra de la naturaleza, con un canal, esa feísima obra del hombre. La orilla opuesta, al contrario, se alza abruptamente; pero para desenojar al rio de esta prueba de desvío, se cubre de espesa vejetacion y de arbustos cuyas ramas le cobijan, se inclinan para acariciarle, é impiden acercarse al que quiere turbar su calma.

Frente de nuestro baño, una zarza-mora me tendia sus largos brazos, cubiertos de su fruta, por la que tengo pasion. Despues de aviarme para el baño, poniéndome y luciendo como una vestal, mi larga túnica ó peinador de franela blanca,—que he guarnecido con una greca celeste para parecerme aun más á una imponente romana,—y despues de soltar las dos trenzas de mi cabello, entré en el baño, y aprovechando una distraccion de mi Madre me salí de mi cautiverio, accion que ni á mi Madre ni á Carolina Meridal debe asombrar, puesto que su inocentísimo canario hizo lo mismo el dia que le dejó abierta su jaula: el rio y el aire son bienes comunes; cada cual puede disfrutarlos sin acreditarse por eso de socialista. Apenas me acercaba á la rama incitadora, cuando perdí pié, y me hundí en el agua tan repentinamente, que ni aun pude dar un grito. No sé lo que pasó; pero los borriqueros hubieron de dar gritos, y oidos estos por don Cárlos Peñareal que más abajo presenciaba el baño de su perro, acudió con mi salvador, que nadó á mí, me cogió con la mayor delicadeza por las trenzas, y sacando mi cabeza del

agua, me trajo á la orilla donde me depositó á los piés de su amo: solo entónces dejó de retener don Cárlos á mi hermana que se esforzaba por echarse al rio para socorrerme, esponiéndose inútilmente al peligro que yo habia corrido. Aunque desfallecida, no habia yo perdido el sentido, y veia á mi pobre Madre y á mi hermana cubrirme de besos y de lágrimas, no pudiendo sino sonreirlas, y siéndome imposible pedirles perdon por el susto que les habia dado. Peñareal tuvo la finura de acompañarnos á la vuelta. Cuando entramos en casa, yo, que estaba más serena que mi Madre y mi hermana, le dije dando una palmada:

—Señor don Cárlos, hoy ha hecho Triton dos cosas grandes y difíciles, la una ha sido traerme á mí á la orilla del rio en que me ahogaba, y la otra traeros á vos á esta casa que no quereis favorecer: deseo que se las agradezcais ambas como hacemos nosotras.— Triton, añadí besando á mi salvador, ¿volverás? Triton dijo que sí con la cola, y se puso á mirar á su amo como diciéndole que tenia ganas de irse. Los deseos serian mútuos, porque despues de algunas frases corteses se fuéron los dos en amor y compaña; ¡qué huron!..... ¡y qué devoto de Nuestra Señora de la Soledad!

A Dios; si yo como el raton Perez me hubiese ahogado en la olla, espero que habrias sido tú la hormiguita que lo cantase y lo llorase.

PRIMITIVA.

CARTA VIII.

SERAFINA VILLALPRADO A LUISA TAPIA.

Luisa mia: nada me prueba tanto la benéfica influencia que sobre mí han ejercido estos aires y estos baños, como lo hace el bienestar moral de que por grados voy gozando. No podrias creer qué estado de sufrimiento habian producido en mí mis males, porque nunca me quejé de él, considerando que lo producia mi imaginacion, y á esta culpaba mi razon. Pero ahora, gracias al cielo, ha concluido este estado enfermizo y sobreescitado, producido quizás por las mismas medicinas que tomaba, por ese opio que en lugar de calmar mi dolor nervioso, lo que producia en mí era una agitacion física y un desasosiego moral lleno de angustia.

Un evento, por sencillo que fuese, se me presentaba siempre como una calamidad; el sueño me huia, y si llegaba á posarse ligero como una mariposa so-

bre mis párpados, lo ahuyentaba tan luego una pesadilla que asombraba mi fantasía, y oprimia mi corazon.—Si mis Padres de mi alma se quejaban de un leve padecer, lo creia mortal, y á su lado veia con asombro un féretro. La lástima por todos los sufrimientos que veia, sobre todo en los infelices míseros animales, casi siempre sin queja, casi siempre sin amparo, casi siempre sin inspirar lástima, era (y aun es), la contínua tortura de mi alma. Todo me asombraba, todo me acongojaba, y llegué á no hallar más lugar en que descansar que al pié de los altares: el dolor físico llegó á ser una distraccion para mi alma. Todo ruido, sobre todo de noche, me estremecia. Esos ruidos que oimos de noche, y cuyo orígen ignoramos, me parecian quejas, otros más distintos, amenazas. Así en los bramidos del mar creia oir un grito de triunfo, por haberle concedido el Señor su ansioso deseo de traspasar sus límites. El golpear de los aguaceros, me parecia una invasion progresiva, y su fin indefinido. Cuando oia rechinar nuestra veleta en su alta torre, figurábaseme que se estremecia y gemia á causa de altas catástrofes que le predecia el huracan; al ver á las plantas doblar ante este gran poder su cerviz, inclinaba cual ellas mi cabeza en señal de rendimiento. Oia en el crujir de las maderas que sostienen nuestros albergues, un esfuerzo del avasallado leño por romper su cautiverio; en fin, en todo creia ver una sublevacion de la naturaleza contra el hombre. Así es que un dia de calma

era, y es tan simpático á todo mi ser, que pido á Dios nos lo envie á menudo, como un gran ejemplo al hombre, que le enseñe que así como todo es tan bello en la naturaleza cuando enfrena los elementos, así lo es la vida del hombre cuando este enfrena sus pasiones.

En fin, Luisa mia, existia en mí un vivo, palpitante y penoso sentimiento, ó si quieres, mas bien un presentimiento de horror; una agonía inmortal que no hallaba fin, como dice el pueblo con su poderosa imaginacion, que aconteció á Judas, que «aunque quiso dársela, no halló la muerte!» Estos horrores que me impresionaban, existian como existen otros muchos que no perciben nuestros sentidos, pero que son realmente como nos los descubre el microscopio.—Recordaba entonces una esposicion microscópica que habia presenciado, y cuya impresion de horror y repulsa jamás se han borrado de mi memoria; lo que te voy á referir exactamente, para que no creas sueño horrores con el opio, sino que todo lo que es horror, es una triste realidad en este suelo.

La sala en que tenia lugar esta esposicion estaba á oscuras; en el frente se veia un gran círculo muy claro, que era reflejado por la luz, que al través de su cristal partia de un gran microscopio, que á los pies del salon manejaba el profesor. Vimos primero el lindísimo efecto que causaba la gota de algun líquido corrosivo sobre un pedazo de plomo, cuya superficie, desprendiéndose por la accion corrosiva en

globulillos, presentaba el mas lindo efecto, formando ya una silenciosa y brillante cascada de aguas de plata, ya un lindo saltadero de relumbrantes globulillos. En seguida anunció el profesor que veríamos una gota de agua.

¿Has creido tú nunca, Luisa mia, que despues de un brillante, pueda haber nada mas claro, mas bello é inmaculado que una gota de agua?—Pues si como yo antes de ahora lo has creido, desengáñate, es una ilusion; y yo he visto todos los horrores que puede contener una gota de agua, quizás por permision de Dios, para convencerme de que nada material hay puro, y que la verdadera y sola pureza está en nuestra alma que crió Dios á su semejanza. Puede que no quieras creer lo que voy á referirte; pero el conocimiento que tienes de mi formalidad, y el añadir que me puse mala y tuve que ausentarme de allí, te convencerán de la certeza de lo que voy á referirte (1).

Vióse primero un mónstruo velludo, con garras como tenazas, pero horrible de tal suerte, que solo los delirios de una calentura y una gota de agua pueden engendrarlo; el que aparecia, gracias al estraordinario poder del microscopio, de una cuarta de largo; dió una vuelta por aquel redondel en destartala-

(1) Quien como el autor haya estado en el establecimiento politécnico de Lóndres, podrá haber visto exactamente reproducido lo que aquí se refiere.

dos arranques. En seguida apareció otro aun mayor y mas horrible; apenas se vieron cuando se lanzaron uno sobre otro para pelearse y devorarse; ¡parecian hombres, Luisa!—Fué espantoso el combate, que con una furia sin igual y con espantosas contorsiones y asaltos, sostuvieron aquellos horrendos mónstruos. ¡Qué encarnizamiento! ¡parecian hombres! repito.

Te lo confesaré acongojada, sobresaltada, mil veces me arrepentí de haberme dejado arrastrar por la curiosidad á escudriñar lo ignorado; de haber ido á presenciar aquellos horrores, yo, que busco como mi ideal terrestre, su antítesis en los niños, que son inocentes, en las flores, que son suaves, y en el arroyo, que creia puro; y no me perdonaba el haberme espuesto á esta triste desilusion, y haber desprestigiado por mi curiosidad á mi suave amiga la gota de agua, esa gota de agua que cae del cielo pura, y que en su contacto con la tierra se impregna de horrores!

Pero prosigo mi narracion, y acabaré de contar el final del drama, representado en aquel *redondel* segun la voz usual para señalar el gran circo en que se representa en grandes proporciones otro espectáculo análogo.

El mónstruo primero, que era el mas pequeño, despues del combate en que fué vencido, huyó escondiéndose en el reborde de metal que engastaba el círculo de cristal que contenia el agua.

Entonces el profesor agregó alguna más, en la que salió á la palestra otro mónstruo velludo, mas pe-

queño que los otros. Apenas lo vió el vencedor, que campaba por su respeto, cuando con un arranque cuya furia ni aun á la embestida del toro se puede comparar, se echó sobre él. Era horroroso ver la fiereza con la que acometió, y los convulsos esfuerzos de su víctima para libertarse; habia clávado en ella las enormes tenazas que guarnecian su boca, y dos chorros de sangre se desprendian de las heridas, y como caian en el agua, formaban rayas rojas alrededor del grupo horrendo. Atraido por la presa, por la sangre y por la lucha, el otro mónstruo, que se habia escondido, salió impetuosamente y se echó á su vez, sobre la ya destrozada víctima. ¡Luisa, Luisa!.... ¡parecian hombres!

No pude ver mas; me puse temblorosa é indispuesta, y salí de aquella sala maldiciendo al microscopio. Cuanto te he contado es la mas sencilla verdad, por mas que te parezca fabuloso; he visto, sí, he visto un horroroso atentado en una gota de agua! ... y te añadiré que el efecto que me causó fué tal, que agravó el doliente estado de mis nervios. Ahora bien, ¿lo referido no da pábulo á esa indefinida angustia y congoja que se apodera del ánimo, que aunque no vea, presiente horrores, crueldades, padeceres y agonías? No queremos graduar de posible sino lo que trae el visto-bueno de nuestra comprension; y querer circunscribirlo todo á su pequeñísimo círculo, es lo que mas prueba la pequeñez, la mezquindad y la estrechez del orgullo del hombre. En cuanto á mí,

querida Luisa, no solo creo en las cosas sobrenaturales que dimanan directamente de Dios, sino que creo en las que existen en la naturaleza; y nunca me parece la medianía del hombre mas terrestre y material que cuando con el diminuto compás de su razon traza un pequeño círculo, y dice á la inmensidad, al espíritu, al universo y aun al poder del que lo crió «sino cabes aquí, no existes.»

¡Cuánto me he apartado del asunto de mi carta! He divagado en el seno de la dulce confianza que me inspiras, como por estos campos de Dios, en toda libertad y sin direccion fija. A tí, fina, donosa y pulida gaditana, que puedes hacer todas tus salidas calzados tus piececitos con zapatos de encaje forrados de raso, como hacian nuestras abuelas, que paseas por la plaza de San Antonio, que mas que plaza es un estrado con bóveda estrellada, á tí no te gusta el campo, que te parece un destierro, y me preguntas muy séria ¿qué es campo? pues á tí te parece «polvo en verano, lodo en invierno, y soledad todo el año.» —Me recuerda esta pregunta otra análoga que me hizo Peñareal el otro dia, y te contestaré lo que á él.

Desde la tarde en que su perro salvó á mi hermana de un riesgo, al que dió nuestro cariño mayores proporciones que tenia, Peñareal se ha hecho nuestro tertuliano, y nos acompaña tambien en nuestros paseos. Solo tratándole, Luisa, podrias graduar su mérito. No consiste solo en su entendimiento, instruccion, distinguidas maneras y la dignidad anexa á

todo su ser, sino en la nobleza, la elevacion y la delicadeza de sus sentimientos, el elevado giro de sus idéas, y la superioridad de carácter que nunca ostenta y siempre demuestra en todo.

Ayer en nuestro paséo mi Madre se sentó con los tertulianos debajo del emparrado de una huerta, adonde la buena hortelana se apresuró á colocar sillas; y Primitiva, Peñareal y yo seguimos algunos pasos más para disfrutar de la vista del valle y del rio. Nos sentamos al pié de un álamo en la falda de la colina cuya plana ladera cubria un espeso sembrado de trigo, que doblando sus flexibles tallos á impulsos de la brisa, formaba suaves y movientes olas que vivificaban el paisaje. Primitiva, que no es afecta al campo, me sostenia que era este el cocinero de las ciudades, cuando Peñareal me hizo la misma pregunta que tú.

—¿Qué es campo?

—El campo, le dije, es la tierra antes que la despoje el hombre de su bella y florida tez; el cielo sobre nuestras cabezas, sin intermedio; es la libertad entera de la vista, de los movimientos, del vestir y hasta del pensamiento, al que nada absorbe ni distrae; es la dulzura y pureza del ambiente; es lo ancho y variado de los horizontes; es el insecto que me obsequia en sus dominios con su canto, como el grillo.....

—O me despide poco hospitalariamente de sus caminos vecinales, como la hormiga, dijo levantándose de un salto Primitiva, y sacudiendo su vestido con su infantil gracia.

—Es, proseguí, el pájaro que me observa torciendo su linda cabecita, y parte instantáneamente cual si fuese solo su voluntad y no sus órganos su locomotora, y se posa bajo las hojas de este álamo, verdes y blancas á un tiempo, como la esperanza y la inocencia; esas hojas, que son sus amigas, sus techos, sus toldos y las trincheras de su nido; y así, cuando el invierno las mata, ellos se van en pos del ruiseñor, que enmudece de tristeza desde que pasan las rosas.

—Menos los gorriones, esos sedentarios palurdos, opinó Primitiva, que viven y mueren donde nacen, como don Pio.

—¿Mueren? repuse yo, sí, deben morir; ¿pero cómo es que no vemos nunca uno de esos pequeños cadáveres? ¡un pajarito muerto de vejez y muerte natural, un pequeño Matusalen de la grey alada! ¿Será que los entierra respetuosamente su prole! ¿Será que haciendo una hoguerita de hojas secas, queman sus cadáveres como los antiguos griegos y romanos? ¿ó será que son todos plumas, y que una vez muertos se deshacen y los arrebata el aire?

—No es nada de eso, replicó Primitiva, es la inhumana y antropófaga lechuza, ese vampiro de la especie volátil, que tiene sobre su conciencia muchos misteriosos y pavorosos asesinatos cometidos en la sombra y silencio de la noche; ¡pero ya se ve!..... como de dia se acoge á sagrado en las torres de las iglesias, no se la puede prender, ni mandar á presidio. Desengáñate, hermana, el campo es—como los niños,—

¡para un ratito! en lo demás es la mansion de los entes de cuatro piés, como las ciudades lo son de los de dos piés. Y no me salgas con la poesía, Serafina; que Efigenio, que en su vida ha visto mas campo que las arenas de Puerta de Tierra, te compondrá una égloga entre paredes y murallas con toda perfeccion. ¿No ves que la inspiracion la comunica Apolo, y no estos andurriales? Además, las ciudades inspiran poesía: yo tengo mi poesía ciudadana. ¿Te parece que no es poético un baile? Un baile en que adquieren tanta elegancia el hombre y la mujer. En lugar de espinas y chinas encuentras allí alfombras para el breve pié de las bellas: elegantes bugías que en contraposicion de este sol *patalallana* que da pecas, estienden su galante luz sobre todos los cútis como la capa de Noé: hermosas coronadas de flores que parecen ninfas; jóvenes, que á pesar del anti-vistoso y anti-elegante frac negro inventado por la monotonía, toman en oyendo la música cierto aire galan y noble, cierto *chic* de caballeros de la edad media. Pues ¡y cuándo estalla en el perfumado ambiente un wals de Strauss! Ese Strauss, que ha hecho del wals una cosa ideal, una cosa que apenas toca la tierra, una cosa suave, vaporosa, que se desliza como una nubecita de plata en el éter. Todo esto, si no impresiona poéticamente á los que la disfrutan, es porque son alcornoques dignos de tu campo. En un baile brillante, el que piensa en otra cosa que en rendir culto á Terpsícore, es indigno de hallarse en él. El que piensa en comer, es

un materialista sensual; el que se duerme, es una marmota que debe ser desterrado á Saboya; el que piensa en negocios, es un prosáico y *positivo*..... zoquete; el que, á lo moderno, piensa y habla de política, es el mas deplorable, lamentable y detestable engendro del siglo XIX. Pero dime, Serafina, ¿hallas aun mas bellezas que admirar en el campo?

—Sí, respondí, miles: ¿acaso no es bellísimo este grave y airoso pino, con su suave y misterioso susurro, á cuya sombra, como dice un refran ruso, se puede hallar con un pedazo de pan, no un rato de placer y embriaguez como en tu baile, sino el Paraiso?

—¡Siendo dos!..... dijo sonriendo y suspirando Peñareal.

—No, no, respondí, no es ese el sentido que tiene el proverbio; el sentido suyo es, que se halla esta felicidad, cuando se tiene un ánimo sereno, un corazon sin hostilidad, una conciencia pura, y que se esplota el manantial que hay de felicidad en amar á Dios, á sus semejantes, á la naturaleza, y cuando se tiene esa simpatía vasta y benévola que nos hace identificarnos con nuestros semejantes, con el cielo, con la tierra, con sus plantas y con todo lo creado.

—¡Si real y constantemente pensais así!..... dijo Peñareal, pero hablais con entusiasmo y exaltacion; y la exaltacion no se sostiene, y como dice D'Arlincourt, es un brote, y no puede ser una base.

—Y yo os digo, repuse, que el desencanto frio y

exagerado que han producido en vos vuestras desgracias, puede que os haga aparecer exaltacion fogosa, lo que solo es sentimiento reflexivo.

—Pues señor, dijo Primitiva, ya que la felicidad la gradua mi hermana segun el testo ruso, en estar uno solo debajo de un árbol, y vos, señor don Cárlos, en que lo estén dos, y que nadie ni por política ha dicho que se hallaria estando tres, deduzco que estoy aquí de más. A Dios, ingratos.

—¡Primitiva! exclamé, pero el alegre pájaro habia dolado. La seguimos, y cuando llegamos á la casa de la huerta, hallamos á Primitiva con un enorme pedazo de pan en la mano. Niña, le decia mi Madre, ¿vas á comerte ese pan cuando de aquí á media hora te vas á bañar?

—No señora, no, contestó ésta, es para llevárselo á Serafina y á Peñareal.

—¿Estás en tí? esclamó mi Madre, ¿te lo han pedido?

—No, contestó mi hermana; pero están sentados debajo de un pino, á cuya sombra, segun tradicion rusa, se halla la felicidad; pero para que sea completa es preciso un pedazo de pan, y voy á llevárselo

—Niña, dijo don Pio, que nó se dignó oir ni mépara que nada los falte.

los analizar la broma de mi hermana, niña, mire usted que una indigestion de pan es de las indigestiones de peor especie.

—¡Indigestion! esclamó Primitiva, en mi vida he

tenido ninguna. Que me aquejara alguna, eso quisiera vd. para curármela con quina en polvo, quina en infusion y quina en píldoras.—No se mirará vd. en ese espejo, don Pio..... ¡*impío*!..... ¡no!.....

Contándote estas cosas, ha concluido mi papel, y solo me resta lo bastante para decirte que te quiere de corazon tu

SERAFINA.

CARTA IX.

CARLOS PEÑAREAL A FELIX DE VEA.

Bornos 7 de julio.

Te quejas de mi silencio, y me preguntas lo que lo motiva; no sabré decírtelo, porque yo mismo no lo sé. Bien puedes creer que me desespero al encontrarme, yo—que me creia con alguna superioridad de carácter y madurez de entendimiento,—en una disposicion de ánimo que halló ridícula y afeminada, y que he combatido sin piedad cuando la he visto en àlguno de mis amigos. Consiste en ese inmotivado, triste y lánguido malestar que nace de la union del vacío del corazon y de la cabeza, y que llaman hoy, al uso del país en que nació, *spleen*, el cual quita á la primavera de la vida su juventud, su robustez, su lozanía y su frescura, y á la edad madura su noble serenidad.

Me llamabas en la carta en que contestabas á mi

última, el mas viejo de los jóvenes, el más práctico de los filósofos, una primavera con frutos y sin flores; pero ya no son aplicables á mí esos epítetos dulces y picantes á un tiempo, que te dictaba tu amistad, contrariada de ver que no podia compartir contigo tus ideas sobre la felicidad. No soy el mismo, Félix; no porque mis ideas y las cosas no sean lo que eran ántes, no: nada ha mudado, sino el sonido de la cuerda que vibraba en mi corazon; y porque me daba vergüenza escribírtelo, y porque no queria engañarte, por eso me se ha caido la pluma de las manos, cada vez que para escribirte la cogia.

Me preguntarás la causa de este cambio, que se ha verificado en mí sin saber de qué manera, y como se apodera la noche de la naturaleza; mas la ignoro, y esta es la razon de que no le ponga remedio mi voluntad, la que hasta ahora ha sido el jefe al que todo en mí ha estado subordinado, como un bien disciplinado regimiento. Nuestro médico don Pio—que tiene una gran dósis de buen sentido, y otra mayor de esperiencia,—tiene una antipatía atrabiliaria contra los males sin nombre. Diga Vd.—suele decir á los que sobre males sin nombre le consultan:—dígame Vd. qué le duele, aunque sea el pié de aquella mesa; pero no me hable de fatigas, que son los arcanos con que la naturaleza burla la ciencia. Los dolientes no responden; y yo, que estoy en el mismo caso que ellos, no pudiendo precisar la causa de mi mal, debo callar. Tú, Félix, en quien

se unen un carácter y unas circunstancias las más á propósito para gozar y embellecer tu existencia, quizás no concibas cuán tristes horas tiene la vida!

La soledad material es un encanto; la moral es un páramo! Porque hay momentos, Félix, en que no llena el vacío que nos circunda, ni la bella hada que aloja nuestra cabeza, ni el santo ángel que abriga nuestro corazon; esto es, ni la imaginacion que crea los bellos sueños, y canta, ni el sentimiento, que es el amor, que amando al Criador ama á lo creado, y ora. Nada me interesa, me alegra ni me conmueve: mis habitaciones me parecen vacías y tristes; mis amigos, los libros, no llegan á cautivar mi atencion, y me fastidian; el campo me parece lleno de melancolía; el cielo monótono en su azul serenidad; y así ¿qué estraño es que el ruido se queje, que las flores se ajen, que la luz de la luna sea fria, siniestra y muerta, y que la del sol, aunque brillante seque y aje lo que alumbra?

Este mi lenguaje te sorprenderá; á mí me indigna. ¡Me hallo débil, inconsistente, absurdo!..... ¡yo, que tenía quizás una confianza temeraria no solo en la firmeza de mi carácter, sino en la estabilidad de mi sentir! ¿en qué, pues, confiará el hombre si no puede confiar en sí mismo? ¡Ay!—decia mi vecina, una buena hortelana, al saber la muerte repentina de un hombre en la flor de su edad:—¡somos tierra..... y mala!—Solo el pueblo halla tal energía en la espresion de su pensamiento.

Cuando he mirado mi casa solariega, en que todo se desmorona y nada ha quedado intacto sino el escudo de armas, como de la familia que se estingue solo queda el nombre, habia pensado disponer que cuando yo muera, se pusiese este escudo como losa sepulcral sobre mi tumba; pero despues he pensado otra cosa, y quiero que sobre mi sepulcro se ponga una losa en que se grabe en la parte de adentro la palabra ¡NADA!..... en la parte de afuera la palabra ¡OLVIDO!

CARLOS.

CARTA X.

FELIX DE VEA A CARLOS PEÑAREAL.

Cádiz 10 de julio.

La mujer del quesero..... ¿qué será? ¿No ves, mi querido amigo, que das el enigma y la esplicacion á un tiempo? ¡Héroe fuerte y superior á debilidades humanas..... estás enamorado como un simple comparsa! Desde que me escribiste que las dos lindas hermanas habian hallado la senda de tu retiro, gradué que hallarian la de tu corazon, y pronostiqué que profanarian á un tiempo esa tu Trapa y encantarian esos tus vergeles. Lo que en otras circunstancias habria celebrado, en las presentes me sirve de pesar, puesto que Serafina Villalprado está comprometida á casarse con el hijo de un General de marina, que hoy manda uno de los Regimientos que forman la espedicion de Italia. El Padre del novio fué amigo íntimo del de Serafina; se aman desde la infancia, de

manera que no pudo poner la suerte fruta más vedada en tu tranquilo paraiso.

No conozco á esas lindas hermanas, pues hace poco que regresé de mis viajes. Además, Serafina ha hecho siempre una vida muy retirada, y pocos la conocen; pero son amigas íntimas de unas primas mias, y por Luisa, la mayor de ellas, que es una mujer de tanto talento natural como generosidad y nobleza de corazon, tengo muchas noticias sobre ambas.—Las dos—me contestó, cuando despues de recibir tu carta le pregunté por ellas,—las dos, tienen mucho talento natural y bien cultivado. Primitiva tiene más chiste; Serafina más razon; Serafina más sentimiento; Primitiva más gracia; ésta más brillantez; la otra más profundidad; la menor es más seductora, y la mayor más poética: de suerte que la una tiene más admiradores, y la otra más amigos. Primitiva es más propia para la vida activa y social, Serafina para la vida íntima y retirada; en fin, así concluyó mi prima Luisa, si las inclinaciones nacen de la paridad de caractéres y de las simpatías en el sentir y en el pensar, Serafina es la predestinada á tu amigo Peñareal, que por desgracia de ambos ha llegado tarde, como Primitiva la que lo está para tí.—¡Yo casarme! esclamé soltando una carcajada, ¿pues qué, cuatro años pasados en cultas capitales impregnándome de la idéa de que el casarse es una gran bobería, serían perdidos? No; el hombre no debe perder su libertad bajo ningun género de yugo. En el matrimonio la

mujer todo lo gana, el hombre todo lo pierde.—Es cierto, contestó Luisa, gana, y en verdad á poca costa, la dignidad de madre y de nodriza. Calla, calla, Félix, añadió con violencia: si vuelves á emitir, aunque sea en chanza, semejantes necios é inmorales lugares comunes, que dices haber aprendido por esos mundos,—¡sí! mundos de clubs, casinos y cafés,—no solo pensaré que ha sufrido baja tu claro talento, sino que han tenido merma tus buenos sentimientos, lo que es peor.

Al recibir estas noticias, conocí que era Serafina una mujer muy á propósito para ser desde luego apreciada por tí; que este aprecio sería muy á propósito para subir á pasion, y esta pasion la más á propósito para deslustrar á tus ojos todo cuanto no sea ella ó no se roce con ella; lo que ha venido á probarme tu carta. Si fuéses otro hombre, te embromaria con este amor; pero en tí, querido Cárlos, todo es profundo y grave, y como tal debe tratarse. En consecuencia, te aconsejo y te ruego que acudas á la panacéa de los males de amor, que es la ausencia. ¡Huye, Cárlos, huye! Tengo á la huida en estos casos en tan alta estima, como tu doctor don Pio á la quina para las tercianas. Esta circunstancia imprevista te obligará á ceder á mis ruegos y venir á Madrid: no cambies la noble firmeza de tu carácter en obstinacion, y acuérdate de que nos advierte Shakespeare «que no debemos hacernos una cárcel de nuestras idéas.» Como incitativo te participo que voy tam-

bien; por lo cual harémos el viaje unidos. Voy porque he salido diputado á Córtes por Aldea-chica; y he querido ser diputado, porque soy liberal como el que más, y deseo ir al Congreso á secundar al gobierno en cuanto proponga que cuadre con *mis* idéas y nó con las del partido, porque mi pensar es independiente como el aire en la atmósfera, y no le darán direccion ni las *camaraderías* ó pandillajes, ni un espíritu de oposicion sistemático.

No entra en mis idéas que pueda obrar ni pueda ser juzgado un gobierno, si, como un navío en el mar, nò halla mas que rocas, corrientes y vientos contrarios: guardaré la energía de mi oposicion para lo que decididamente halle malo y de malas consecuencias para el país, y así mi voto imparcial y no *influenciado*, hará fuerza á las gentes de razon. Estoy seguro de que apruebas mis ideas, ¿por qué, pues, no las secundas? ¿por qué no vienes por tu istrito, en que tantas simpatías tienes, al Congreso?

Pero te has empeñado en ser el Quijote del siglo XIX. Verdad es que cuando otras veces te he dicho esto mismo, me has contestado que no te pesaba ese dictado. No niego que don Quijote será siempre para las almas elevadas y nobles un bellísimo tipo en su esencia; pero en cuanto á su forma, si era heterogénea en la época de Cervantes, ¿qué no será en la nuestra? A eso me contestarás como sueles, que cambian las formas, pero que la esencia no muda; y que un autor francés responde á la archi-vulgar frase:

el siglo marcha, que no parece sino que los modernos sábios creen que nuestros antepasados habian cortado las alas al Tiempo. Pero permíteme que te haga observar que no es lógico que dés por supuesto que haya sido siempre la marcha del siglo progresiva y quieras detenerla ahora. Hagamos un convenio, Cárlos mio, basado sobre mútuas concesiones; yo te cedo la esencia, concédeme tú la forma; y desechando los fatales ódios de partido, desdeñando ambiciones personales ajenas de ambos, unámonos en el santo y grande sentimiento y anhelo del bien de nuestra Patria, en el deseo de la conservacion de todo lo noble y santo, y en el del progreso de todo lo bello y útil.

Yo, adalid de la innovacion, no deséo que reine como usurpadora, sino como compañera de lo existente, quiero halagarlo con dulzura y razon al desvincular su poder; y no irritarlo con altanería y desprecio. Quiero respetar lo que él respeta, para que él acate lo que yo acato; y así hacer que caminen unidos la innovacion y lo existente con paso lento pero seguro, hácia el progreso, pero progreso tan palpable, que todos lo reconozcan como tal, y no lo miren y teman como embozado enemigo; pues, Cárlos, conozco que si bella es la ancianidad cuando acoge y sonrie á la juventud, más bella es aun la juventud cuando acata y respeta á la ancianidad. Si todos los que piensan y sienten como tú y yo, se uniesen en bien del país, esto seria lo que acabase con ambas in-

tolerantes opiniones estremas, y con ese desgraciado gérmen de discordia que siembran hombres de mala índole, los cuáles medran en el cáos de desórden que forman las idéas y los hechos. A mí, como franco y generoso innovador, me toca alargarte mi mano de amigo; á tí, como noble y leal conservador, estrecharla sin desconfianza. ¿Me rechazarás, ó querrás que te aplique lo que decia Lamartine de Bonald y de Majstre?

«Son profetas de lo pasado, ancianos de idéas, »que se saludan con veneracion. Parados en el qui»cio del porvenir, no quieren entrar en él, y se de»tienen para oir los bellos y solemnes gemidos de las »cosas que mueren en el espíritu del hombre.»

Cárlos, me pesa como un remordimiento la idéa de que el amigo de mi corazon sea mi contrario en política! ¿Por qué han de desunir las cabezas á los corazones? ¿por qué ese predominio de las idéas sobre los sentimientos? Quememos banderas de distintos colores, Cárlos, y sírvanos á todos de insignia una rama de nuestros españoles olivos.

Ven, Cárlos, *no tengas pardillas* ó seas *pardilloso*, que es una escelente espresion popular, que espresa con una imágen, como casi todas las espresiones populares, el póco sonoro *bouder* de los franceses. No creo que resistas al placer que tendrás de oirme en la tribuna eclipsar á Martinez de la Rosa y demás oradores de fama; porque no te figures que voy á hacer un discursillo de tres al cuarto; ¡nada de eso! Será el

Napoleon de los discursos, un discurso innovador, que cambiará de faz la fraseología parlamentaria. Llevo al intento un invernáculo entero de exóticas flores de retórica, un rio de elocuencia con arriada, y una pacotilla de metáforas de último gusto, que va á causar una revolucion.

El horizonte político se jubilará y entrará á reemplazarlo la decoracion política. La nave del Estado maltratada por las borrascas, pasará á ponton, y el Estado tendrá su ferro-carril: los *Padres* de la Patria pasarán á ser sus *hijos*, porque és más decente atribuirle á esta noble matrona muchos hijos,—todos legítimos, se entiende,—que no tantos padres; así, querido Cárlos, por lo dicho en veras, y por lo dicho en chanza, apresúrate á venir á reunirte conmigo en Sevilla y no hablemos mas; que reservo mi elocuencia para la tribuna.

FELIX DE VEA.

CARTA XI.

CARLOS PEÑAFIEL A FELIX DE VEA.

Bornos 13 de julio.

Has acertado, Félix, y has descubierto la herida cuyo dolor sentia, sin querer reconocer su orígen! Yo, que he pasado la primavera de mi vida sin creer que fuese el amor otra cosa que galantería, flores más ó ménos efímeras, que no tenian raices ni consecuencias, he venido á este rincon á convencerme, á costa de mi felicidad y de mi reposo, de lo que es el amor cuando lo infunde una mujer como Serafina. Me dices que me aleje, porque la ausencia es la panacéa de estos dolores; ¿pero no has considerado que no son borrables ni por el ruido ni por la distraccion, como lo serán por la ausencia, las impresiones de mi alma, y que la que he recibido quedará grabada en ella para siempre, y me hace desear mas que nunca la soledad? Además, Félix, la ausencia está cer-

cana sin que yo la anticipe; en breve habrá concluido la temporada de los baños, entónces partirán!.... y con ellas las flores, los ruiseñores, y cuanto ha hecho este verano de Bornos un paraiso.

Otro motivo no podia llevarme á Madrid. No que no apruebe tus idéas, querido Félix; el denominado despotismo ilustrado y el liberalismo de órden, esto es, religioso y monárquico, no se diferencian en la esencia, sino en el nombre: y si no me uno personalmente á tus bien intencionadas taréas, es por un sentimiento que está espresado en la respuesta que dió á Luis Felipe un realista que le queria y apreciaba mucho, cuando le ofreció un mando bajo su reinado: «Señor, dijo, no puedo admitir: reservad vuestras bondades. que agradezco, para mi hijo, á quien crio para ser un servidor vuestro.» Mi carrera ha terminado, Félix: conservo mis cicatrices y mis recuerdos, que es lo solo que queda al vencido, y los aprecio más que toda cosa que pudiera deslustrar su pureza y su dignidad; pero serán contigo mis simpatías siempre que te vea trabajar en el bien, la gloria y la conservacion de la nacionalidad de nuestra Patria. A esto me dirás,—como has solido decirme otras veces,—que son pocos los de mi partido que piensan como yo; á lo que te contesto: ¿hay muchos en el tuyo que piensen como tú? ¿hay muchos que nos hayan tendido una mano amiga? La generacion, que por desgracia ha envejecido en sentimientos hostiles, de temer es que no cambie de sentir; pero á la puerta está el

porvenir, la nueva generacion, y con ella una renovada era, en la que cediendo cada cual en sus pretensiones, pues la esperiencia habrá asustado á los unos al mostrarles los escesos de sus máximas, y habrá desanimado á los otros al convencerlos de que en vano luchan para sostener íntegros sus principios, se unirán como la fresca yedra al fuerte roble, hermoseando ésta á aquél, y aquel sosteniendo á ésta.— Soy bastante jóven para unirme en simpatía á esta fusion que deseo, pero no lo suficiente para unirme á ella de hecho: como hombre político imito á la viuda del Malabar; muero con la causa que sostuve; hay muchos que no conciben que un hombre que ha figurado en la vida pública la abandone y prefiera el retiro; así como no comprenden que una mujer bonita prefiera al mundo en que rie y brilla, el convento en que tranquila ora. Yo, Félix, diria á estas personas, que no hay juicios más falsos y más errados, que aquellos que formamos empeñándonos en juzgar á los demas por nosotros mismos, juicio que condena la filosofía popular atribuyéndosele en un conocido refran al ladron (1). Cuando me hallo en el campo, al pié de uno de nuestros olivos tan profundamente arraigados en este suelo, viendo pasar por entre las adelfas que tan brillantes florecen en esta su atmósfera, al rio, que como há siglos, va poco mas allá á estenderse por el campo en que sucumbió la usurpa-

(1) Piensa el ladron que todos son de su condicion.

cion musulmana, en la haza que aun lleva la denominacion de *la Cava*, paréceme que las cañas que bordan sus orillas, susurran los romances españoles, y que el agua murmura en nuestro claro, puro y sonoro idioma, antiguas crónicas de sus glorias y vicisitudes. ¡Y cuánto no gozo cuando oigo en boca de estas gentes de campo, referidas aquellas hazañas, ya cantadas en coplas, ya contadas en leyendas, curso de historia tradicional, que sin faltar á la verdad esencial, la embellece con genuinas y poéticas ficciones, y en oirles esclamar entusiasmados: «buenas serán otras tierras, señor; pero en diciendo ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!.... se le llena á uno la boca, se ensancha el alma y se alegra el corazon!»

Entonces, Félix, vuelvo la cara con dolor y vergüenza, de ese heróico pasado á este raquítico presente, comparado este real y patente amor al país, al ficticio y apóstata patriotismo actual, que desprecia cuanto español existe, reniega de su esencia, vende los templos, destruye los monumentos, y burla cuanto aquel acató. ¡Acaso no se acaba de demoler en Córdoba lo que aun quedaba de la casa del Gran Capitan, su fachada! ¡Dónde están los descendientes de don Gonzalo Fernandez de Córdova, que muchos se precian de serlo, que tal vandalismo permitieron! ¡Oh grandeza de España!..... despierta, sucúdete, piensa en tus deberes; que bien dicen los franceses en su bella sentencia NOBLESSE OBLIGE. Piensa que has heredado de tus antepasados no solo sus rentas para

disfrutarlas, sino tambien su grandeza para sostenerla, su nobleza para honrarla, sus posesiones para conservarlas, y su lustre para transmitirlo ileso á los que te sucedan.

Félix, Félix, ¿qué hemos adelantado en tantos años de moderna cultura y civilizacion? ¿tener un teatro francés, una ópera italiana, y un *jockey club* inglés? ¿esto es lo que presenta como modelo de cultura y adelantos la capital al país? ¿Qué más? Sí; el acatado imperio de la moda y del denominado buen tono: esto es, ver á las mujeres desfiguradas, á la lengua desfigurada, la fisonomía del país desfigurada, y el carácter nacional desfigurado. Buscad vuestros genuinos modelos en las comedias de Calderon y de Lope, y en todos aquellos cuadros de costumbres contemporáneas, y no digais que son aquellos tipos de fantasía y muy elevados para la vida real; no, no; eran entonces exactos, de manera que si ahora están elevados, es porque nosotros hemos descendido. Moliére pintó á los franceses de su tiempo, que son los franceses de ahora, sin polvos y sin peluca. Si los hombres forman las épocas, las épocas forman la sociedad, y el teatro de costumbres es un traslado.

Así es, Félix, que exclamo, no con la ágria sangre del espíritu de partido,—no es cuestion de partido ni de política,—sino con la caliente sangre española de mi corazon: Retroceded, retroceded, y no hagais de nuestro noble y poético país un ridículo maniquí; ¡retroceded; retroceded! que cuando es incon-

testablemente mejor lo pasado que lo presente, el RETROCEDER ES PROGRESAR. ¿No vale mas que tomeis por modelo al noble Padre que os dió el ser, y cuya sangre corre por vuestras venas, que no al vecino que os es estraño y os mira con burla y desden, por el mero hecho de imitarle? ¡Qué poco muestra valer el que no aprecia y sostiene su personalidad!

¡Loor á los Poetas, hijos amantes y amados de la España, sus solos defensores ostensibles, que enarbolan la bandera de la nacionalidad, sacudiéndola del polvo del olvido y del desden; borrando las arrugas del mal gusto, dando nuevo brillo á sus colores deslustrados, destenidos por la imitacion, ese Mefistófeles del genio como la llama Lamartine, y alzándola á que ondee libre en la esfera de la inspiracion que le es genuina! ¡Loor á estos vates nacionales y simpáticos á cuya cabeza se halla Angel Saavedra, duque de Rivas, grande de España por su clase y mas por su corazon, al que la fortuna y la naturaleza dotaron de todos sus dones, como para enaltecer en su persona su mision regeneradora.

Me aplicas el trozo de Lamartine, poético y brillante como todo lo de aquel privilegiado talento y poética imaginacion, pero falso: mentiras que sonrien y se engalanan. ¡Cosas que mueren! ¿Qué son las cosas que mueren? no será la verdad; que es eterna. ¿Cuando han muerto el Trono y el Altar? ¿Cree acaso Lamartine, al aplicar este trozo tan bello de forma á los defensores del trono y del altar que el

trono murió en el patíbulo de Luis XVI, y la Religion de Cristo en aras de la entonces adorada deidad, la Razon? ¡Con cuánta mas certeza, esperiencia y buen sentido, dice el profundo Balzac: «Escribo á la luz de dos verdades eternas, la Religion y la Monarquia, que son dos necesidades que los sucesos contemporáneos proclaman, y hácia las cuales todo escritor de buen sentido debe trabajar en atraer á sus país!»

No te pese que yo sea tu adversario en política; yo solo actué en una palestra, y esta ha dejado de existir; y ten présente que un noble y leal contrario vencido, es menos de temer que un partidario que no es lo que aquel.

Pero volvamos á mi situacien actual.

Bien sabe Dios que, sea por instintiva prevision, ó por el giro que los reveses han dado á mi carácter haciéndole desconfiado de la sociedad, así como antipático á la vida pública, he evitado hasta el punto de parecer grosero, el entrar en unas relaciones, que por estar aquí de temporada esas señoras, habian de ser efímeras y superficiales: no me es grato conocer caras nuevas sin la idea de que se tornarán en amigas, ni cultivar trato sin la esperanza de que llegará á ser amistad. ¡Cuán lejos, pues, estaria de mí la idea de amar! Tenia la persuasion de lo que tan bien espresas en tu carta, esto es, que todo amor era fruta vedada en mi paraiso. No es mi pobre posicion para que pueda ofrecer á una mujer que disfruta de la de Serafina, el compartirla conmigo; además, sabia por

don Pio que esta trataba de casar con Alejandro Fuertes, á quien conozco, y creo bien poco á propósito para hacer feliz á una mujer tan superior como Serafina. Pero, por mas que la razon y la prudencia proponen, los eventos disponen. Una tarde en que, como tengo de costumbre, habia llevado á Triton al rio, oí hácia el paraje donde se construyen los baños, gritos que denotaban algun accidente; corrí al sitio, y llegué en el momento en que Serafina, que habia acudido al lado opuesto, queria lanzarse al rio para socorrer á su hermana, la que habiendo perdido pié en uno de los hoyos que tiene el rio, era arrastrada suavemente por la corriente; un momento despues traia Triton á la preciosa niña, á quien recibian en sus brazos su Madre y su hermana. ¡Qué hermoso cuadro formaban en su forma y en su espresion la Madre y sus dos hijas! No sé lo que era mas de admirar, Félix; si la dulce y serena sonrisa que hermoseaba el rostro de la que acababa de hallarse en tan gran peligro, ó la angustia y lágrimas, que embellecian los semblantes de las que no habian corrido ninguno. No siendo posible abandonar á las señoras en aquellas circunstancias, las acompañé á su casa; la gratitud que creian deberme, puso en sus labios tan amables reconvenciones por mi estrañeza, y tan finas instancias para que en lo sucesivo admitiese las ofertas que me reiteraron, que era humanamente imposible no corresponder á su cordial finura. Volví, Félix, y volveré mientras aquí permanezcan; no corro ries-

go: el mal está hecho y no puede agravarse. Al menos gozaré, como dicen los andaluces, del sol mientras dure! ¿A qué y con qué fin haria, pues, ese sacrificio, si no puede disminuir un amor de aquellos que deciden de la suerte de un hombre? Pues yo, al menos, considero el amor segun lo siento, como el móvil natural del matrimonio, y al matrimonio como á la gran base sobre que asienta el hombre su existencia; pero el amor ha perdido su carácter grave, moral y elevado desde que á porfía lo vulgariza la novela, lo sutiliza y amanera la versificacion, toma su nombre el interés y la vanidad, lo frivoliza su alegría que lo pinta niño, y lo profana y degrada la ciencia materialista en su brutal pretension de que sobrepujan sus influencias á las del alma.

Dices que no conoces al Hada que ha trocado este tranquilo y oscuro rincon en ameno Eden; ¡dichoso tú mil veces! pues podrá parecerte soportable la vida léjos de ella, y podrás hallar bellas otras mujeres. Si, Félix, es bella, pues no ha querido la naturaleza que nada falte á una de aquellas pocas obras que forma para modelo y muestra de lo que sabe y puede. La belleza es una necesidad para el amor; y la prueba es que el mismo amor hace bella á los ojos de la persona que la ama, á la persona que no lo es. Si algun defecto tiene la delicada hermosura de Serafina, es quizás la finura misma y la pequeñez de sus lindas facciones; lo que le es peculiar (y cada rostro tiene su peculiaridad que agrada con predilec-

cion, por ser esclusivamente de la persona) es aquella sonrisa tan grave y bondadosa, aquella seriedad tan dulce y tan natural á un tiempo, aquella dignidad bosquejada en suaves tintes, que revela ya la austera esposa y la Madre perfecta. En la parte moral le son peculiares las idéas elevadas, poéticas y maduras que recibe de su alma, de su corazon y de un entendimiento delicadamente cultivado, y las cuales expresa tan sencillamente que á todos simpatizan y á nadie sorprenden; le son, en fin, aquel corazon tan sano y tan blando, aquella cabeza tan capaz y tan firme, que forman la mujer cumplida, tal como puede apetecerla por compañera el hombre que en cambio le ofrece un amor esclusivo y por toda la vida, un respeto nunca desmentido, una confianza sin límites y el cumpliminto de todos sus deberes.

Aunque no soy naturalmente espansivo, lo soy con ella, porque cada conversacion que tenemos, es como un tema cantado á dos voces; lo que sucede cuando llevan los pensamientos un mismo giro, los ocupan las mismas cosas, los elevan los mismos sentimientos, y los consolidan los mismos principios.

La otra noche, despues de saludar á su Madre que jugaba, me acerqué á ella, que suele estar sentada á la puerta del jardin en entretenidos coloquios con los ancianos caseros. Permanecí callado, porque el recuerdo de tu carta que habia recibido aquella tarde, me tenía aun más preocupado de lo que suelo estarlo.

—¿En qué pensais, Peñareal? me preguntó al fin Serafina con aquella voz tan dulce, pero tan clara y serena.

—Os observaba, le contesté, entre esos buenos ancianos que han vivido tanto, y entre estas frescas y lindas flores que viven tan poco; y viendo que simpatizais con ambas cosas siendo contrastes, me preguntaba sin hallar respuesta, ¿qué era preferible, si una vida corta y bella, ó si una vida larga y buena?

—Creo, me contestó, que la razon dicta que lo sea esta última, si no hemos de preferir lo bello á lo bueno, en lo que habria quizás más poesía de imaginacion, pero de cierto mucho ménos poesía de corazon.

—¿Creeis que haya dos poesías? le pregunté.

—Creo al ménos, me contestó, que tenemos dos fuentes de poesía, una que brota de la cabeza, que es teórica; otra que mana del corazon, que es práctica.

—¿Y me la podréis definir? le dije.

—Puedo, contestó, esplicaros fácilmente mi idéa. La una crea; la otra embellece. La una tiene una varita de virtud por atributo, la otra un prisma. La primera es una bella Hada que evoca maravillas, da alas al pensamiento y le viste con las mas ricas galas del lenguaje, de la versificacion, del saber y de la elegancia, lo pule como un brillante, y lo pasa por el crisol de la buena crítica. Lábransele templos, téjensele coronas, es altiva, y quiere triunfos.

La poesía que mana del corazon, no necesita ni lenguaje académico, ni palabras bien rimadas; es modesta, y nada es pequeño para ella; no hay choza por humilde que sea que no ilumine, ni terreno tan árido que no haga productivo, y mientras más humilde la veo, más bella y grande me parece. Es á mi ver la voz del Angel de nuestra guarda, que se esfuerza en hacérnoslo todo bello y bueno, infundiéndonos simpatías, benevolencia hácia las cosas terrestres, amor y ansias por las del cielo. La primera aspira á la gloria, la segunda á simpatías; la primera quiere y puede aspirar á la inmortalidad, la segunda quiere, cual eco, ser oida, pasar y no ser vista; á veces están unidas, pero no suelen permanecerlo, porque cuando la primera alcanza la gloria, suele siempre acompañarla el orgullo, que ahoga todo cuanto brota del corazon (1). ¿Quereis que os esponga mi idéa con un ejemplo, ó prácticamente? Notad en el mundo ésos poetas y escritores tan delicados, tan finos y estéticos en sus escritos; observadlos en su vida privada, comunes, viciosos, cínicamente ma-

(1) Podria decirse que hay otra tercera especie de poesía, la de la forma, poesía griega que aun conserva apasionados. Esta hacía que en Esparta se matasen los infelices ninos raquíticos ó contrahechos, y que en Aténas se mandasen venir médicos de Asia para hacer abortar á las bellas prostitutas, para conservarles sus hermosas formas. Es claro que semejantes monstruosidades no pertenecen á nuestro asunto, y solo las anotamos para hacer observar la horrible y bárbara tendencia de cuanto es material, aun en sus aspiraciones á lo bello.

terialistas y groseros. La poesía de sus escritos es poesía ficticia y de cabeza. Ved en cambio una madre de familia, cuya existencia es toda amor, toda sacrificio, toda olvido de sí misma, y que parte toda su vida y su alma y todos los sentimientos de su corazon entre rogar al Dios á quien adora y cuidar á los hijos que ama; ved á la Hermana de la Caridad, que vela al enfermo soez y antipático á todo su noble y puro ser; á la jóven, que á todo en este mundo prefiere la sonrisa de su Madre y la aprobacion de su Padre, y al hombre que vence y sacrifica una mala pasion de orgullo, de venganza ó de bastardo amor en aras del deber; esa es la poesía práctica, la poesía de corazon, ellos son lo que los otros *pintan.* Hay hombres por el mundo, añadió sonriéndose, que tienen á la poesía en general por una vaciedad, y á los poetas por entes nulos, que emplèan un ocioso é inútil trabajo en rimar cosas de poco sentido, con lo que logran entusiasmar á los melifluos y hacer dormir á las gentes sensatas; si estos hombres oyeran mi definicion, la creerian mas disparatada que la misma poesía.

—Siempre en el mundo, repuse, se ha visto en diferentes formas esa lucha entre el espíritu y la materia, que tan magistralmente ha personificado Cervantes en don Quijote y Sancho. El autor, á quien ha dado la inmortalidad ese libro, hizo su obra con el fin, poco simpático para mí, de ridiculizar el noble espiritualismo en su caballero andante. Su chis-

tosa burla lo parodió á la perfeccion, pero no le era posible quitarle la parte sublime á su tipo, cuya historia leo siempre con la risa en los labios y lágrimas en los ojos. «La parodia, dice el crítico francés Geoffroy, no estampa en los labios la risa, sino la mueca; no puede hacer escuela ni crear nada, no tiene el poder de la crítica, ni aun de la sátira, porque no respeta ni aun lo bello, y ahoga la idéa en la burla.» La poesía, proseguí, á mi ver está tan fuera del mundo, segun lo hemos constituido, que solo en libros no aparece ridícula. Dice un escritor que se firma Velisla en unos apuntes críticos de las poesías de Baeza: «Por una contradiccion harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara, la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballeresco, el culto del honor, fuentes inagotables de poesía. ¡Cosa rara por cierto! los grandes corazones palpitaban debajo de una pesada armadura de hierro, y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilizacion, los corazones son inútiles; el hierro está en los corazones.» Y en prueba de la verdad de este hermosísimo trozo, ¿cuál es lo grande y lo bello que no se haya ridiculizado? pobre desquite de esta prosáica, acerba y materialista era, cuyo tosco orgullo escupe á lo que está demasiado alto para que pueda pisarlo. ¿Qué es lo que ha escapado á este desprestigio general, que como una capa de nieve se ha estendido sobre todo,

helando con su frialdad toda flor, todo brote, toda vida? ¿Acaso, Serafina, no es escarnecido el mismo amor, esa poesía universal, cuando engendra una pasion sin esperanza? ¿no es ridículo?

—Ridículo no, contestó ella, pero quizás culpable; y en ese caso os confieso que perderia á mis ojos toda su poesía.

—Serafina, dijo Primitiva corriendo de su sitio y acercándose á su hermana; ¿no es verdad que te gustan los caminos de hierro? don Bonoso dice que son muy peligrosos, *et cétera, et cétera*. El comandante dice que son paparruchas como los globos, y don Pio dice que no puede creer que una niña tan sensata como tú, sea afecta á una invencion de locos y para locos. Vea vd., le dije, pues si mi hermana se entusiasma con ellos como vd. con la quina!

—¿Le gusta, pues, la actividad y ligereza? dije yo.

—No señor, contestó la graciosa niña, á mí sí me gustan, pero á mi herm na no le gustan las cosas sino despaciosas y sosegadas; cada uno en este mundo tiene su distinto ser, por mas que se empestille la Constitucion en que todos somos iguales.

—Entónces, dije, será por lo cómodamente que se viaja.

—Tampoco habeis acertado, repuso Primitiva; en nuestra edad aun no se aprecia la comodidad, ese ídolo de las gentes machuchas; pero las gentes que se baten, que montan, que bailan y que corren, dejan en santa union á la comodidad y á las canas.

—Pues entonces, ¿por qué es? pregunté.

—Porque cuando haya caminos de hierro no se martirizará á los pobres caballos: señor, mi hermana no tiene debilidades humanas; pero en cambio tiene debilidades de corazon, y es una de ellas el angustiarse la vida con las lástimas. Yo tambien creo que tengo buen corazon; pero evito estármelo crucificando ocupándome de cosas que no puedo remediar. Mi hermana no piensa así; crèe que cada lágrima suya es un bálsamo ó un alivio para los atormentados animales.

—¡Ojalá y lo fuesen! esclamó Serafina.

—¡Ya! si lo fuesen, yo tambien me pondria á llorar, repuso Primitiva; pero si no lo son, ¿á qué despilfarrar tantas perlas, como diria Efigenio?

—No hay lágrima perdida, dije yo; un poeta aleman, Burger, dice que toda lágrima pura cae en las manos de Dios.

—¿Sois poeta tambien? esclamó la alegre niña, pues llorad y poetizad á duo, que voy á decir á don Pio que cuando saque á la lotería haré un camino de hierro de Jerez aquí, para venir á verle todos los años, y para que dé gracias á Dios de los progresos de la época en los que no tiene fé, ni cifra esperanza ni le inspiran caridad.

—¿Haceis versos? me preguntó Serafina cuando su hermana se hubo ido.

—En mi agitada vida, contesté, no he tenido tiempo para nada sino para obrar.

—Pues ahora dijo, teneis tiempo para todo.

—Y lo siento, esclamé.

—¿Y por qué? preguntó con estrañeza Serafina.

—Porque mientras el hombre obra goza; y cuando siente, padece.

—Padecer es una pretension muy general, repuso ella; no tengo fé en el padecer que se esplaya y que se queja: por ejemplo, si os quejáseis de vuestra suerte, no seríais el hombre superior por quien os tengo. Las palabras son á las cosas lo que el lecho de Procusto; agrandan las pequeñas y achican las grandes.

¡Cómo me he dejado llevar á trascribirte palabra por palabra uno de nuestros coloquios tan profunda é imborrablemente impresos en mi memoria! Te lo he referido para que comprendas y admires el modo de pensar y de sentir de Serafina, y para que veas qué pronto, y con cuanta decision y dignidad corta toda ilusion á mi amor, que en el arrastre del momento escapa á mi pecho. Sabe que la amo, pero ella ama á Alejandro, y rechaza con firmeza el amor que inspira á otro, y lo haria quizás con dureza y desprecio..... sino fuera un Angel!

¡Qué carta! pero..... ¡hablaba de ella, y no he sabido acabar!

CARLOS.

CARTA XII.

SERAFINA A LUISA.

Bornos 15 de julio.

Luisa mia: he recuperado mi salud en Bornos, y no obstante, hubiese preferido no venir, porque he de estrañar mucho volver á encerrarme entre escuetas piedras, despues de haberme apegado á este hermoso campo; oir aquel ruido monótono y cansado de una ciudad populosa, que fatiga, despues de haber gozado de este silencio que encanta; mirar siempre aquel inquieto é incesante bullir del mar, hecha como estoy á la tranquila y dulce trasparencia de este rio; ver solo muertos mástiles, cuando aquí únicamente veia árboles con hojas, con pájaros y con vida. A medida que se acerca la época de nuestra ida, se aumenta mi tristeza, sobre todo cuando estoy sola, y no me domino para disimularla.

Fijo una larga mirada de cariño sobre todos es-

tos amenos parajes que he hecho tan mios, como si en mi obsequio los hubiese criado Dios. Si pasan las galas con que los viste el verano, serán reemplazadas por las que consigo trae el invierno. En los campos que van quedando escuetos, reemplazará el arado á la hoz, y la venidera cosecha los cubrirá de nacientes sembrados, verdes como la esperanza. La cogida de la aceituna alegrará los olivares; los vallados estrenarán nuevos atavíos; las cargas de frutas serán reemplazadas por cargas de leña para el alegre fuego, que es el alma del hogar doméstico, donde las bellotas y las castañas en su abrigado traje pardo, inaugurarán el invierno; y el agua del cielo vendrá de parte de Dios á dar de beber á la sedienta tierra. Mas nada de eso veré; y en compensacion me ofrecerán llevarme al teatro! ¡lo ficticio despues de la realidad! ¡Y pensar que si Alejandro se acuerda de mí será para quererme llevar á Madrid! ¡Oh Luisa! ¡yo no he nacido para esa vida de ruido y de movimiento!

Veo que estrañas que yo diga *si Alejandro se acuerda de mí*; pero, Luisa mia, estoy autorizada á dudar de su cariño en vista de la fria conducta que ha seguido, de la que estaria aun mucho más ofendida si fuese mi carácter exigente. No solo han sido sus cartas escasas, y escritas con mas prisa que cariño, sino que habiendo regresado de Italia, en lugar de haber sido lo primero acudir á mi lado, ha pasado de Barcelona á Madrid, sin aun fijar la época de venir á vernos. Es cierto que puede haber alguna culpa

mia en este estraño comportamiento, al que presto alas no dándole quejas ni aun indirectamente: no lo he hecho, porque creo que las quejas léjos de llenar el objeto con que se dan, causan el efecto contrario; y porque te confieso que ni mi corazon está herido ni mi amor propio lastimado; y ahora conozco prácticamente las ventajas de los amores que tan graciosamente llamabas mansos rios sin corriente, cielos despejados sin tormentas, azucenas sin colores ni matices. ¡Cuánta razon llevaba Carolina Meridal cuando nos repetia aquellas palabras de una autora sueca! «Los grandes »eventos, las pasiones violentas son raras; en el cur»so ordinario de las cosas forman escepciones y no »reglas; por consiguiente, hija mia, no aguardes »combates ni emociones romancescas por miedo de »que al no hallarlas caiga tu vida en la desilusion y »en el fastidio. No busques fuera de tí el esceso de »vida y sentir á que tu alma aspira: aprende á creár»telo en tu propio seno; ama, sí, ama al cielo, á la »naturaleza, á todo aquello que es bueno y puro, y tu »vida se enriquecerá, y tu alma se ensanchará, y un »suave calor circulará por tus venas.»

El profundo sentimiento que tengo, Luisa mia, y que oculto á mi buena Madre cuanto puedo, es el estar comprometida y casarme con un hombre que no solo no me ama, sino que tan poco aprecia mi cariño y mi persona. Es la sola vez que este cruel secreto saldrá de mi boca. ¡Triste es confesarlo!... pero á la vista está que solo tiene apego al dote qué me dá mi buen

Padre. ¡Ojalá no me lo diera!... pero lo que está hecho, está hecho. Para dar un paso atrás en un compromiso, es preciso que sea tal la causa que lo motive, que forme una barrera que alcance á ver toda vista. Alejandro es un hombre apreciable; no seré infeliz unida á él, segun el mundo; si no soy feliz segun mi corazon, este secreto quedará sepultado en él. ¡Ay Luisa! ¡cuán distinta hubiese sido mi suerte si hubiese conocido antes á Peñareal! á él si que se puede aplicar lo que dice Balzac que «las almas grandes siempre están dispuestas á hacer de una gran desgracia una gran virtud.»

Cuanto bueno me dices que de él has sabido por tu primo Félix de Vea, te pareceria poco si llegases á conocerle y comprender lo que vale! ¡Hágale Dios tan feliz como merece, concediéndole en la mujer que le destina, lo que á mí me ha negado en el compañero que me prepara; un corazon que le ame, un alma que esté al nivel de la suya, y un entendimiento que comprenda al suyo! Sentimos tan conformemente, que entre nuestras muchas discusiones te transcribiré una, para que puedas juzgar hasta que punto simpatiza con mi sentir, y contrasta con aquellos contínuos, gansos y necios sarcasmos, que forman por lo regular el tema de los que sin serlo, se pretenden ilustrados, y entre los que tanto sobresalia Alejandro.

Discutíamos la otra noche sobre la irreligion, que palmo á palmo, y sin que por desgracia casi nada se haya atrevido á contrarestarla, se ha infiltrado entre

nosotros; y sobre el singular afan que tienen muchos escritores del dia en asegurar con un aplomo portentoso que el pueblo no tiene ni sabe lo que es Religion, y que solo tiene fanatismo y supersticiones acatando y llamando milagros á las cosas que no lo son. La buena tia Belica que nos escuchaba, y á cuya penetracion no se ocultaba nada de cuanto deciamos aun en referencia; esclamó de repente:

—Jesus, señorita, ¿acaso hay quién no cree en milagros?

—Ved, me dijo Peñareal; para esa buena anciana es mas incomprensible un incrédulo que un milagro; ¡qué magnífica muestra no solo de fé, sino de buen sentido!

—Como que la fé, contesté, es la madre del buen sentido, y cuando se aparta de ella, desbarra. Tia Belica, proseguí, dicen ciertas gentes de las ciudades que el pueblo no tienen vds. Religion.

—¡Ave María, señorita de mi alma! ¿pues qué, nos creen moros? esclamó la buena anciana.

—O cosa peor, repuso riendo Peañreal; pero diga usted, tia Belica, vd. que la tiene, ¿cómo se la ha enseñado á sus hijos?

—Señor, contestó la buena anciana, como hacemos todos: cuando aun no pueden hablar los niños, les enseñamos á que digan por señas, que solo hay un Dios, y que este está en el cielo; cuando mayorcitos, les amenazamos cuando mal quieren hacer, con que castiga Padre Dios, para enseñarles á que le teman

como Juez soberano; cuando pueden hablar, lo primero que les enseñamos es el Padre nuestro y á persignarse; despues van á la amiga, donde aprenden la doctrina, á rezar el rosario y á tener compostura; á los siete años los llevamos á confesar; ¿y qué mas se ha de aprender?

—Y el Cura completa la sucinta instruccion que necesita la dócil fé, dijo Peñareal, y esta sencilla instruccion contiene toda la Religion y sus misterios, y toda la moral cristiana en la aplicacion de los mandamientos. Quisiera saber lo que esos escritores entienden por esas *supersticiones* y por *ciertas ceremonias*, cuyo orígen y significacion dicen que ignora el pueblo. Cuando tales asertos se presentan con admirable aplomo al público, se debia, ante todo, profundizar en una materia tan grave; y la censura cumpliria con su deber en prohibirlas, en lugar de prohibir otras cosas de menos importancia y trascendencia.

Hay que hacer distincion entre la zupia de los presidios que asesina y roba, y la gran mayoría del pueblo que ara y nos da el pan. El escritor público es responsable ante Dios y los hombres de la exactitud y certeza de lo que escribe. Pero esto habla con los escritores de conciencia... ¿y hay muchos? Los que combaten las preocupaciones son los mas preocupados; y con tal de que hallen ocasion en que colocar las palabras *fanatismo*, *ceremonias y supersticiones*, palabritas bien sonantes para adornar esas falsas, esas viejas ideas, engalanarlas y hacerlas pomposas, tenemos

esos platos recalentados de la opípara mesa de Voltaire y secuaces. Estos lamentos, si saliesen de la boca de un anacoreta ó de un justo, tendrian buena intencion, y el santo celo les daria respetabilidad y fuerza; pero los escritos en que se ven, les quitan por fortuna esas ventajas.

—¿Qué dice vd., tio Miguel? pregunté al anciano, que embelesado escuchaba á Peñareal.

—Yo, señorita, respondió el tio Miguel, diria á aquellos usías: ¡válgame Dios, señores! menos espuma..... y mas chocolate! Si ellos tienen el saber, acá tenemos la Fé; y no salimos peor librados; por que siempre se ha dicho, LA FE SALVA, y no el saber salva.

—¡Que aprendan esos falsos predicadores el verdadero saber religioso que ellos ignoran! esclamé enagenada por la magnífica respuesta del anciano.

—Con vuestro modo de pensar y de sentir, me dijo Peñareal, tendreis muchas controversias que sostener.

—Ninguna, contesté: ni mi edad, ni mi estado de soltera me autorizan en sociedad para disputar, ni mi carácter me lo permite, pues me sucede como á la simpática Mme. de Sevigné, á quien la sinrazon picaba, y la falta de buena fé ofendia; así es que prefiero callar.

Me arrastra el placer de escribirte estas conversaciones tan simpáticas á mi sentir, y que tanto concuerdan con mi pensar; y no sé hablar de otra cosa.

No puedes pensar lo hermosa que se ha puesto aquí mi Primitiva, que desluce á todas las rosas de

Bornos, y cuánto goza y se diviarte, con ese corazon, perenne manantial de bondad, de alegría y de risa. Es cierto que nuestros tertulianos le dan pábulo á mantener su buen humor. La otra noche, cuando subí á mi cuarto, la halle que pronta á meterse en la cama, se habia arrodillado ante la ventana á rezar. Allí, arrullada por el canto del ruiseñor, la cantinela de la fuente y el recitado del grillo, se habia quedado dormida, apoyada su cabeza sobre sus cruzadas manos. Llamé á mi Madre y á las doncellas, y la acostamos en su cama sin despertarse; allí tendida, cubierta de su larga y alta camisa de dormir, que retorcida á los pies arrastraba hasta el suelo en anchos pliegues, con la cara algo alzada, y sus blancas manos cruzadas sobre el pecho, parecia una de esas figuras ideales con que Flaxman ha representado el alma en su simbolizacion del Padre nuestro. ¡Nunca vi cosa mas bella! Mi Madre y yo nos miramos con dulce y admirada sonrisa; mi Madre hizo sobre ella la señal de la cruz al bendecirla, y yo corrí su mosquitero de gasa. ¿Bastaránle en su existencia que comienza, la bendicion de una Madre y los cuidados de una hermana para preservarla de todo mal? ¿cuál será su suerte?..... ¿será tambien este ángel, para el hombre que se haga amar de ella y aceptar de sus Padres, nada más que *la representacion de un capital?* ¡Oh sábios hombres y delicados caballeros que instituísteis los mayorazgos... por los que todas las mujeres eran pobres!

SERAFINA.

CARTA XIII.

LUISA TAPIA A FELIX DE VEA.

Cádiz 16 de julio.

Por más que ponderen los adelantos de la ciencia médica, no los tengo por muy allá cuando á la hora ésta no se ha hallado más antídoto contra la falta de memoria que los sempiternos palillos de pasas, á los que se atribuyó una virtud que no tienen, allá en los tiempos de las medias amarillas; pues el tiempo presente no es tan bonachon que atribuya virtudes que no tienen, ni aun á los inofensivos palillos de pasas, esos báculos de las uvas viejas. Averigua si el magnetismo cura la debilidad de cerebro que produce el olvido, y si así sucede, hazte magnetizar cuanto antes.

La noche que te despediste, te hice un empeño en favor de un desgraciado, y te dí un memorial que te supliqué entregases y recomendases ahí. A la

mañana siguiente me encuentro el memorial, - esto es, toda la esperanza y suerte de un desdichado!— ¡en la rinconera, sobre la que al recibirlo lo depositaste! —A eso me dirás con una cara muy poco compunjida, que fué un olvido, y con eso te creerás disculpado. Pero te engañas, primo, pues dice Franklin: «se cree uno disculpado con decir: *¡fué olvido!* y cabalmente esa es la falta.» Pero los *dandys*, como tú, hacen gala de todo, hasta de sus faltas.

Perdóname, Félix, mi poco amable franqueza; pero estoy ahora más hostil que nunca contra los hijos de Adan.—Ese Alejandro que no escribe á Serafina y se va á Madrid sin verla..... ¿dirá tambien que es por olvido? El olvido es un compuesto de frialdad, de desatencion, de frivólidad y de egoismo chocantísimo, que solo es perdonable en los niños. No se merece ese hombre insustancial á la mujer con quien está comprometido: mucho daria porque se desbaratase esa boda, que no hará feliz á la mujer que en el mundo más merece serlo. El, cuando más, no la ama ni la aprecia como es acreedora á serlo, y por lo tanto no es estraño que cada dia la aleje más de sí. Tu amigo Peñareal es un *raro*, que se hace valer como una buena moza vana, y desear como un dia de sol en tu querido Lóndres.

Tú estás en el camino de la perdicion con tus idéas antimatrimoniales,—por consiguiente antisociales,—las que precisamente te hacen mirar á la mujer con menosprecio, sin acordarte de que tuviste

Madre, y que no desearias que tu Padre hubiese tenido sobre el matrim nio las lindas idéas que tú. Todas estas cosas me tienen tan irritada contra vosotros, que si aun hubiese amazonas por el mundo, sentaba plaza en su Regimiento; pero ya no existen esas beneméritas heroinas. Es cierto que ha aparecido una falanje de seudo-amazonas; pero segun he oido, no son nada hostiles al sexo féo, y así han degenerado completamente.

Si quieres volver á mi favor, ya que dices que tanto me quieres, lo puedes conseguir con dos cosas: la primera es que tomes, con calor, interés en la suerte de esa pobre víctima de una patente injusticia de su Jefe y de un impertinente olvido de un Papá de la patria; la otra cosa es, que tu segundo discúrso en las Córtes tenga por objeto el proponer una ley humana en favor de los pobres animales, como se ha hecho en otros paises que en todo se imitan menos en eso. ¡Házlo, Félix!..... aunque no sea más que para probar á los extranjeros que los toros no han hecho de bronce nuestros corazones para con los pobres inocentes animales, que tanto nos sirven, y á los que tan cruel pago damos. Si lo haces, Serafina y yo te alzarémos un altar en nuestro corazon, sin acordarnos de que no miras á las mujeres sino como pasatiempos, y no las crees dignas de compartir la existencia de un hombre.

¡Adios, diputado; séate la diputacion ligera!— ¡Ten presente que el olvido es censurable en la ca-

beza, pero imperdonable al corazon; y así, acuérdate de tus amigos y tu Patria, en la que, si bien no eres profeta, eres el coquito y el niño bonito..... y no te apedrearán.

LUISA.

P. D. Satisfaz mi curiosidad por escrito, ya que de palabra no lo has hecho, y cuéntame el orígen de tu amistad con Peñareal, porque no solo me inspira curiosidad, sino que me interesa é *intriga*.

CARTA XIV.

FELIX DE VEA A SU PRIMA LUISA.

Madrid 24 de julio.

Querida Luisa: llegué á mi destino en el oportuno momento de cerrarse las Córtes, y me hubiese ido con la música y mi discurso á otra parte, á no detenerme aquí varios asuntos, entre ellos tu empeño, que haré con la mayor eficacia, aunque no sea mas que para probarte que la flojedad de mi memoria la indemniza la fuerza de mi voluntad. Dícese y con razon, que España es el país de los empeños, y que por ellos se hacen muchas cosas que no se deberian hacer. ¿Pero, por qué no se dice tambien el infinito bien que hacen estos gnomos benéficos, que trabajan oculta é internamente el terreno del poder, guiados casi siempre por la caridad y la justicia en favor del que sufre ó es atropellado? No parece sino que la sociedad es tuerta, y que ha perdido el ojo

con que miraba el buen lado de las cosas, y no le ha quedado sino aquel que mira al malo!

Sábete, prima mia, que el epíteto *dandy* que me das en tu no favorecida, me *impresionó* muy mal, como se dice hoy. ¿Tú sabes el orígen de la voz *dandy*? Si hubieses estado en Lóndres como tu servidor, (segun lo atestigua inequivocamente mi equipaje, que huele á carbon de piedra) sabrias esta importante etimología: cátala aquí auténtica. En el reinado de Enrique VIII, se acuñó en Inglaterra una moneda pequeña que llamaron *dandy prat*. Desde entonces la palabra *dandy* se aplicó á los jóvenes cuyo esterior es brillante y cuyo valor es poco; ya ves, prima mia, que el dicterio no es de lo mas lisonjero para todo un diputado. Si quieres hacer burla de lo que llamas mi escesiva elegancia, llámame á la española pisaverde; esto, al menos cuando pasee por el campo, será una verdad de Pero-Grullo. No obstante, bien pensado, propondré en la Academia cuando sea académico, como mas lógico, que en adelante el pisaverde signifique un rústico campesino, y que se cree para los melífluos ciudadanos la voz *pisa-alfombras*.

No pienso en hacer una mocion para poner freno á las atrocidades, que con un cinismo que levanta en peso, se cometen contra los pobres animales. Si tú hubieses hecho conmigo el viaje á Madrid en Diligencia, y hubieses presenciado cosas que no te cuento por no causarte una impresion que destroce tu corazon, ¡qué no dirias!!.... Pero no pienso desprestigiar-

me y ponerme en ridículo haciéndome el don Quijote de los huérfanos y desvalidos animales; para dar ese paso aquí, es preciso ser un diputado *hembra*, que cuando impela la lástima su corazon, pase arrojado aunque sea por entre las llamas, y se le dé tan poco cuidado del ridículo, que no le valga la pena del alejarlo de sí con su perfumado pañuelo de holanda, como lo haria con un mosquito. Pero á mí me falta valor para arrojarme á sabiendas á causar una risa homérica entre los dioses y semidioses del Olimpo de las leyes.

Ahora contestaré á la pregunta que me haces en tu carta sobre el orígen de mi íntima amistad con Cárlos Peñareal: lo haré con tanto mas gusto, cuanto que es este tan hónorífico para Cárlos como lo son todas las acciones de su vida. Una noche en París en un club de extranjeros, perdí al ecarté algunos luises de oro, y al levantarme de la mesa de juego, salí del club. Entré en seguida en una tienda, y al querer pagar lo que habia comprado, saqué un luis que me devolvió el tendero diciéndome que era falso: saqué otros, y sucedió lo mismo, de manera que comprendí habia sido víctima de una estafa en la casa de huéspedes, en que abriendo mi *bureau* habian estraido un cartucho de luises, que habian repuesto con otro de ellos falsos. Mi primer pensamiento fué que lo serian igualmente los que habia dado en pago en el juego; corrí á casa, tomé dinero, y llegué desalado á la reunion á la que conté lo que acababa de suceder-

me, pidiendo excusas á las falsas monedas de oro, para cambiarlas por otras. Pero me fué contestado que un caballero español, al oir hablar de moneda falsa espedida en el juego por otro caballero español, se apresuró á recogerla, diciendo que conocia á la la persona; que sin duda seria víctima de un engaño, y qué él se encargaba de devolvérselas, lo que no llevó á efecto porque no sabia donde yo paraba, ni podia dar con mi domicilio. Yo pedí las señas, y me dieron las de Peñareal, y pude averiguar el suyo al tercer dia de incesantes pesquisas. Esta noble y generosa accion, que salvaba el honor de un compatriota á quien no conocia sino de nombre, no necesita comentarios, ni es necesario decir que fué la base de una amistad como la nuestra; á lo que se agrega la gratitud que cree deberme, por haber asistido á la par de él, en la enfermedad que le llevó al sepulcro, á su noble y honrado Padre. Hija de Eva, ya está satisfecha tu curiosidad con saber, y lo está mi corazon con comunicarte lo que has leido.

Te harás cargo, prima mia, de cual seria mi deseo de que Cárlos, que siente un amor por tu amiga, que es como todos sus sentimientos, noble y profundo, obtuviese su mano en lugar de ese Alejandro que segun todos mis informes, es una calabaza hueca de las mas reconocidas por tales. Sé que es muy difícil que esto se logre, porque aunque me has confiado que coliges por las cartas de Serafina que ella á su vez, sin saberlo, ama á Cárlos, ni uno ni otro,

por motivos de exagerada delicadeza, darán un solo paso para el logro de su felicidad. Vengo, pues, á hablarte de una travesura que he hecho, como hizo Iriarte su fábula del asno:

Esta fabulilla
salga bien ó mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Atiende.

Entre las casas que visito, se encuentra la de la condesa de Torreones, que es la mas innata intrigan-ta que se conoce. Esta señora, que ha estirado cuanto ha podido á fuerza de moños, mejunjes, modas y todas clases de postizos los restos de su disecada juventud, tiene una desmedida superabundancia de actividad, y el objeto de su vida es hallar en que emplearla. Ha proporcionado un sinnúmero de cruces á sus protegidos. Cuando se estableció alguna economía en este ramo, no pudiendo renunciar al anhelo de proporcionar cruces, se ha metido á casamentera. La persona que me introdujo en su tertulia, que es muy concurrida, me informó de todos estos pormenores.

Cuando llegamos, ¿qué crees que es lo primero que nos echamos á la cara? A Alejandro, que lucia su faja de General, su buena presencia y su aire vano; y lo primero que observé, fué las particulares atenciones de que era objeto por parte de la dueña de la

casa. Noté que se lo presentó á una señorita muy elegante (mal dije, muy compuesta), muy fina, (no dije bien, muy vistosa), muy bien educada (tampoco he acertado, debo decir muy bien enseñada), pues sabe francés, italiano y toca el piano; pregunté quien era y me dijeron era hija del marqués de Fuente-Rica, PRIMERO DEL NOMBRE.

La moderna literatura ha puesto en circulacion una porcion de palabras que dormian el sueño del justo en el seno del diccionario ó en los archivos de las ciencias, y ha hecho bien; que nunca por mucho trigo hubo mal año. Ocurrióseme esto al ver encontrarse al vistoso Alejandro y á la hermosa Fanchetta (1) por hallar que entre ellos habia todas las *afinidades, atracciones magnéticas, corrientes eléctricas, arrastres y gemelismos* imaginables. Poco despues se tocó un wals, y la Condesa suplicó al General que bailase con la consabida belleza. Cuando la vistosa pareja pasó en airosas vueltas delante de mí, me quedé admirado como un papanatas. Nunca pudo hallar la vanidad dos intérpretes mas caracterizados, nunca frentes más erguidas, ojos más altivos, bocas más desdeñosas y talentes más arrogantes. Se han unido, pensé, y es preciso que sea para siempre; ¿cómo pensar en divorciar al orgullo y á la vanidad? Deseaba tanto mas esta union cuanto que no solo ellos, sino otros dos seres que tú y yo queremos con tanta ternura, serian feli-

(1) Abreviatura francesa del nombre de Francisca.

ces á su vez uniéndose, lo que indefectiblemente sucederia si llegaban estos á tomar la iniciativa.

Absorto estaba en estas reflexiones, cuando Alejandro el Grande vino á saludar al amigo que me habia llevado allá. Apenas éste me presentó á él cuando recordó mi familia, y sabiendo que venia de Cádiz, me preguntó si era verdad que la casa de Villalprado hubiese quebrado. Recordé que efectivamente una casa de Málaga con el mismo nombre acababa de suspender sus pagos, y una idea instintiva, que no tuve tiempo de definir y calcular, me hizo contestarle con todo aplomo afirmativamente. Al oir esta respuesta pareció muy contrariado: despues quedóse por bastante tiempo pensativo, en seguida fué á sentarse al lado de la elegante Fanchetta, y cuando fuí á despedirme de la señora de la casa, oí que quedaron citadas para un paseo á caballo, en el que obtuvo el jóven General permiso para formar parte de la comitiva.

¿Qué te parece de todo esto? Bien sé que si Cárlos con su gran formalidad supiese lo que yo he hecho, me reconvendria por arrogarme el papel de Destino, y por medios ilegítimos; ¿pero no será mas bien que el Destino se vale de mi ingenio para labrar la felicidad de nuestros amigos? Y aun en el caso de lograrse sin intervencion del Destino, no me podrás negar que soy mas hábil que él.

La señorita Fuente-Rica tiene una enorme cantidad de millones, algunos al contado, otros en espe-

ranza, porque toda la fortuna del Marqués, primero del nombre, es partible entre ella y un solo hermano. Es muy independiente y no se casará sino á su antojo y sin tomar en cuenta la voluntad de sus Padres, á quienes domina en todo: esto lo prueba el que la boda que estos tenian proyectada con el hijo de otro rico capitalista, y que ella habia aceptado gustosa, no se llevó á cabo despues de haberla publicado, sin más razon que la de haber dado el novio en el Prado una ridícula caida del caballo.

Supe parte de estos pormenores por el consorte de la Torreones; este señor, que se casó por condescendencia y distraccion, no ha perdido estas dotes, porque habiéndole encargado su mujer que nos hiciese una visita á Alejandro y á mí, y hablase á aquel detalladamente de la señorita de Fuente-Rica, y á mí de unas acciones de caminos de hierro, el buen señor no habló á Alejandro sino de vias férreas, ni á mí sino de los millones del Marqués de Fuente-Rica.

Adios. Deséo salir de esta atmósfera que ahoga, y respirar aquellas brisas que envia la mar, frescas, puras y saladas, que nos vigorizan y alegran; ansío por ver salir y entrar los barcos, esos gigantes, que con pies de plomo y ala de palomo, recorren los mares. ¡Vivan los puertos de mar! Para quien le gusta la vida activa y el movimiento, son al continente lo que son á las casas los balcones.

En estos balcones hay flores; y la más bella de aquel balcon eres tú, prima mia, y no soy solo de

mi opinion; Mr. Sterling, á quien he hallado aquí, piensa como yo. Repite cada hora, como el reloj, que no concibe tu implacable indiferencia hácia él, porque en su concepto, lo que más debe hacer que se apegue una mujer á un hombre es verse querida. ¡Pobre señor! se conoce que si bien no nació ayer, está *debutando*, como se dice aquí, en su carrera amorosa. Te digo formalmente que me compadece; el pobre, que lo conoce, dice que mejor hubiera querido enternecerte á tí que á mí. ¡Válgame Dios, primita mia!.... ¡que tengas el corazon tan blando para con los animales y tan duro para con los hombres! Tu cabeza está completa como el Diccionario de la Academia; en cuanto á tu corazon, está incompleto como una obra á la que falta el último tomo. Eres un enigma, que acabaré por comprender con el tiempo. En todos será mi divisa la que contiene esta copla, que cantaba el calesero que me llevó á Sanlúcar, y que apunté en mi cartera:

Si el casarse fuese un año
Una semanita ó dos.....
¡¡Pero por toda la vida!....
Esa no la trago yo.

FELIX.

CARTA XV.

ALEJANDRO FUERTES A SU INTIMO AMIGO EL CONDE DE BUENA-VISTA.

Madrid 26 de julio.

Tengo que empezar dándote las gracias por la visita que me diste para tu parienta la Condesa de Torreones, porque he hallado en ella no solo á la señora mas *comme il faut* y agasajadora, sino una verdadera amiga, llena de bondadoso interés por mí. Reúnese en su casa una de las mas agradables tertulias de Madrid, quiero decir, sociedad, en la que se encuentran todas las aristocracias y brillan las bellezas de más tono. No puedo ocultarte que una de estas me tiene desde mi *debut* en aquel *hotel* encantado, trastornado, fascinado. De noche, de dia, á todas horas está ante mi vista, y ocupa mi imaginacion esta *vaporosa*, *radiante* de hermosura y *esbelta* aparicion.

Quisiera ser poeta para describírtela, porque co-

nozco que es una profanacion hacerlo en prosa: meridional cuando monta y *polka*, occidental cuando canta ó toca; oriental cuando recostada en su otomana, juega con su abanico ó *degusta* su café, Fanchetta Fuente-Rica es el tipo de la moderna é ilustrada elegante, es una *parisiense*: con esto te lo digo todo: tipo de elegancia interna y esterna, pianista consumada, amazona tan airosa como *brava* (1), de carácter *fiero* (2) y desdeñoso, gracias á su incontestable superioridad sobre cuanto la rodéa. ¡Qué independencia en sus idéas! ¡Qué energía en su resolucion! ¡qué fuego y qué espontaneidad en aquella naturaleza escepcional! ¡qué fosfórica imaginacion! Seductoramente coqueta, deliciosamente caprichosa..... esta es la mujer que nació para embelesarme, llenar mi corazon y completar mi existencia!

Digo esto porque tú no ignoras que allá en mi primera juventud, contraje un compromiso con una jóven de Cádiz, de mucho mérito, no lo niego; compromiso en que tuvieron más parte nuestros Padres, que eran amigos, que nuestros corazones, los cuales por su inesperiencia, bien pudieron equivocar una tierna amistad fraternal con la pasion del amor. ¡Amor! ¡qué profanacion, aplicar ese nombre á aquellas relaciones, despues que he conocido esta volcánica pasion hácia el ideal femenino que realiza Fanchetta!

(1) Valiente, bizarra, guapa, valerosa ó denodada.
(2) Altivo.

Creo, pues, que es lo natural, lo más noble y honrado el que corte aquellas relaciones que fueron siempre tibias, y que cuatro años de ausencia, como tú comprenderás, no han debido inflamar; puesto que estimo demasiado á mi prometida Serafina Villalprado, que es una buena y dócil jóven, para ofrecerle como suyo un corazon que arda en vivas llamas por otra, y sacrificar de este modo en las aras de una consecuencia puritana, no solo mi felicidad, sino la de ella. ¿Quién será el insensato que se labre por sus manos su desgracia, y que lleve á efecto una cosa con anticipado arrepentimiento?

Además, querido, este siglo de luces ha concluido con toda clase de preocupaciones y de ilusiones, habiéndose refugiado aquellas entre los pobres de espíritu, y estas entre los pobres de razon, que son los poetas. Yo, que soy de mi época como el que más, debo considerar la vida no solo romancesca sinó prácticamente. Serafina, hija de padres opulentos, se ha criado con todos los mimos que la riqueza procura, y está acostumbrada á grandezas y comodidades. Si hubiese traido al matrimonio los doscientos mil duros que prometió su Padre, casada conmigo, de nada habria carecido; pero, por desgracia, habiendo éste quebrado (y por cierto que ha tenido la indelicadeza de ocultármelo), quedaríamos atenidos únicamente á mi sueldo, con el que no podria yo proporcionarle carruaje, cocinero francés, palco, en fin, aquel lujo á que está hecha, y esto seria para mí muy amargo.

Fanchetta, en cambio, con quinientos mil duros que le da su Padre el Marqués de Fuente-Rica, respetabilísimo capitalista y escelentísimo sujeto, podrá seguir viviendo con el boato que tiene ó alguno mas, porque el marqués es económico y modesto, y no está por el boato.

Están, pues, claramente trazados los deberes que me imponen el buen juicio, la sana razon y la delicadeza, que son cortar suavemente y sin escándalo, por mútua ventaja, un compromiso que haria la desgracia mia y la de una jóven apreciable, y hacerlo de modo que sin tomar la iniciativa, dé pábulo y pié á que la tome ella; con este fin dejaré de escribirle. Si tachan este proceder de poco franco, podré contestar que poco lo ha sido el de don Prudencio Villalprado y de su hija con haberme ocultado cuidadosamente su ruina.

Estoy cierto que tú, como yo, miramos con el desprecio y desilusion que se merecen aquel irreflexivo y párvulo axioma: «contigo pan y cebolla;» no, no, «contigo jamon y champagne!» esto es lo racional, lo sólido y lo conforme con el lema de intereses materiales que nos rige.

Debo á tu parienta mi felicidad: sus buenos oficios me ganaban el corazon de los Padres, mientras mi pasion elocuente, porque era sincera, me ganaba el corazon de la hija, esa joya inapreciable.

Conozco tu amistad y tu influencia en Puertosano, y cuento con ella para mi candidatura á dipu-

tado. Estaré á la mira para la plaza de meritorio para tu sobrino que dices no se quiere aplicar á nada. No olvides mi programa: «bien del país, legalidad, filantropía y amor á las leyes.» Creo que en todos partidos, fracciones y bandos hallará la mas cordial simpatía. Adios: vendrás á mi boda, ¡quién lo duda!— aquel dia de felicidad y de enajenamiento no quiero que exista en mi pecho un deséo que no se realice.

ALEJANDRO.

CARTA XVI.

FANCHETTA FUENTE-RICA A ALINA MUGUET.

Madrid 4 de agosto.

Y bien, querida Alina, ello es hecho!..... ¡yo me caso! no para vivir como un Caton, sino para gozar de independencia. Me dirás..... ¿es con un Príncipe? *¡Hélas!* no; en España no hay príncipes como en Italia. Es con un General buen mozo, aunque no tanto como él cree serlo; buen muchacho, y mas tonto que un ánsar; pero walsa bien y monta á caballo como Franconi; es en fin, hija mia, un *pis aller* (1).

Solo desde que él me acompaña ha podido lucir mi yegua inglesa Arabella toda su ligereza y toda su gracia; en el Prado á nadie se mira sino á nosotros; algunas conozco á quienes esto quema como ascuas.

(1) Una torta á falta de pan.

Mi noviazgo me fastidiaría de muerte, si no hubiese en favor de mi futuro consorte un secreto dramático, una Ariadna abandonada, la que, segun dicen, ama con estremo á su Teséo; este amor que llora, ha dado al General algun valor á mis ojos. Además, hay para mi solaz los desesperados esfuerzos que hacen para enternecerme mis demás pretendientes; esos quintos sin talla para mi servicio; uno habla de veneno, otro de echarse al pobre Manzanares: *cela fait pitié.*

A tu buen gusto confio la eleccion de mi *trousseau* de novia; que sea de lo más rico y de más *nouveau.* Mi Padre te ha abierto un crédito de cien mil francos en la casa de F***. Avísame si esta suma no alcanzare; el que me puso en el mundo sin yo pedírselo, me hará el favor de cumplir con los deberes de padre como compete. Si tiene millones, casará á su hija como millonaria; de esto te respondo; ¿pues para cuando los guarda ese Padre avaro? ¿será acaso para mejor ocasion?

Toda tuya,

FANCHETTE DE RICHE-FONTAINE.

CARTA XVII.

FELIX DE VEA A LUISA TAPIA.

¡Victoria! La falta de cartas de Alejandro que te indigna, no era sino el preludio de lo que ha hecho; y á mí en lugar de indignarme me encanta. La Fuente-Rica está pedida; está otorgada; el equipaje está encargado á París. Alejandro *reventa da forte*.

¡Nos hemos, pues, salvado! gracias en parte á mi papel de Destino, que he desempeñado de la manera más acertada. ¡Pobre hombre, que creerá de buena fé que Serafina estará llorando por él! ¡con qué placer en llegando su dia, veré arrancada á su amor propio esta ilusion!

En cuanto á mí, hija mia, estoy perdido. El Duque de*** ha participado á la Condesa de Torreones que mi difunto Padre adquirió cuando la enajenó el

Duque, la gran parte de su propiedad que tenia en nuestra provincia, y que, por consiguiente poseo grandes bienes raices, además de caudal metálico. Desde entónces la Condesa ha hecho de mí su presa, y desde esa época ha descubierto y pública ponderativamente que tengo un regular parecer, unas maneras atentas y unas luces despejadas: desde entónces tambien me presenta á cuantas señoritas concurren á su tertulia, y me proclama el Fénix acuático de las playas gaditanas. ¡Oh! ¡felices noches en que lo observaba yo todo desde mi rincon sin ser observado!

Para que la Condesa no gaste su pólvora en balde, le dije la otra mañana estando solo con ella, que en vista de que no habia pronunciado mi discurso en el Congreso, por desquite trataba de predicar sermones en los templos, y que era mi intento entrar en la Compañía. Quisiera que hubieses podido presenciar el efecto que le causaron estas palabras: parecia que le habian anunciado la muerte de su Padre! ¡Qué raudal de reconvenciones, qué manantial de súplicas y advertencias, qué granizada de funestas profecías se aglomeraron entretejidas sobre sus lábios! Por último argumento empezó á hacer elogios de una jóven hija de un título, lindísima por cierto, que habia visto en su tertulia, y cuyo talento y modestia me habian atraido todas las noches á su lado. Me dijo que tenia parientes en palacio, y que traería en dote la llave de gentil-hombre y uno de

los títulos de su Padre, siempre que pagase el novio las lanzas atrasadas; y que serian probablemente padrinos los más elevados personajes. ¡En qué cosas pende el giro que toma la voluntad! á veces en una nada, en un capricho, en un brote de independencia, en un rapto de espíritu de contradiccion, en un imperceptible átomo de orgullo, en una exageracion de delicadeza; ¡qué sé yo!..... Lo cierto es que á pesar de agradarme y conocer el mérito de esa jóven, la intervencion de la celosa casamentera, la manera con que espuso como anzuelos las referidas ventajas, me hizo rehusar resueltamente la oferta: por eso dice La Fontaine que hace mas daño un amigo imprudente que un enemigo discreto. Despues de reflexionarlo bien, me he alegrado: no la amo, y estoy en posicion de no casarme sino á mi gusto y antojo; esto es, de casarme enamorado. No hay consideracion ni *métome en todo*, por el que me deje poner el santo yugo; harálo solo mi corazon. Pero como no amo, ni amaré—porque eso de amar es de tontos ó de hombres sublimes como mi Cárlos, y no soy ni lo uno ni lo otro,—cátate ahí, prima mia, porque te repito por centésima vez, que no cambiaré nunca mi dulce estado de soltero por la avasallada y pesada condicion de casado; la Madre que enferma, el niño que llora, el ama que riñe, la suegra que mangonéa, la cuñada que chisméa..... ¿habrá hombre que voluntariamente se meta en esa guinéa?

Me dices ¿que en qué consiste que no amo? ¿y si

acaso aguarda mi corazon para quitarse su cubierta de hule, á que Dios crie ex-proíeso para mi alguna maravilla? No sé; pero no aguardo, ni busco, ni deséo semejante maravilla; y la prueba es, que vuelvo al nido de alabastro de nuestras gaditanas, diciendo que en punto á corazon y á discurso:

El mismo que llevé
Traigo conmigo.

P. D. Hoy mismo escribo la gran novedad á Cárlos (por supuesto, sin decirle el papel de Destino que me he arrogado), y espero que tú lo harás á Serafina. Si nuestras cartas no surten el deseado efecto de acortar distancias, me plantaré en Bornos á continuar mi oficio de Destino, porque no parece sinó que esas dos medias naranjas, á pesar de haberse dado de narices, están la una en Flandes, y la otra en Aragon.

Adios..... aventajada díscípula del famoso patron Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Cuando prediques con el ejemplo, harán más efecto tus sermones.

FELIX.

———

CARTA XVIII.

CARLOS PEÑAREAL A FELIX DE VEA.

Bornos 6 de agosto.

¡Cuán íntimo placer sentí al leer la carta en que me anuncias el proyectado enlace de Alejandro con la hija del millonario capitalista! No porque esto pueda dar márgen á la más remota esperanza al amor mio; pero sí porque veo á Serafina escapar á la desgraciada suerte que la esperaba, unida á un hombre que es en un todo lo opuesto de ella. Cuando á la noche del dia en que recibí tu carta, fuí á su casa, la hallé triste y pensativa. Me senté á su lado á la entrada del jardin, y callé largo rato por no ocurrírseme nada indiferente que decirle.

Al fin me dijo ella con una de aquellas sonrisas esclusivamente suyas, que serían frias si la bondad no les diese su suave calor:—¿Acaso habrá, segun la poética creencia religiosa del pueblo, pasado vo-

lando un ángel entre nosotros, causando el aire de sus alas el silencio, esa incontestable señal de respeto?

—He notado que estais triste, le contesté, y así el silencio ha sido premeditado, y por respeto á la tristeza.

—Verdad es que estoy triste, contestó ella; pero hay más amistoso interés en combatir y distraer la tristeza de nuestros amigos, que no en respetarla.

—Y si por acaso, pregunté, el amigo sabe la causa de esa tristeza, ¿podrá, sin faltar al respeto, combatir la causa en lugar del efecto?—Esto que dije, temiendo ofender el amor propio de esa mujer sin igual, no solo no la ofendió, sino que ni aun pareció sorprenderla.

—¿Con que sabeis, me dijo sin embarazo ni encono, que el hombre con quien he estado cuatro años comprometida á casarme, el amigo de mi infancia, ha preferido á otra por compañera? ¡Ha hecho bien, si ha de ser más feliz! La palabra empeñada es una de las trabas del hombre, con la que debe lógicamente acabar el espíritu de independencia de la época. No estraño que esto sea público; lo que estraño es que sepais vos lo que en el bullicio del mundo es público y sabido.

—Tengo en mi arboleda, repuse, un pajarito tan íntimo, que me averigua del mundo solo aquello que me interesa, y este sabía que cuanto os concierne,

tiene para mí el mayor interés. Sabía cuanto debian afectarme vuestras penas, y mas que ninguna, la de amar sin ser amada, porque se compadecen con mas vehemencia en otros los dolores que nosotros mismos sufrimos.

—No gusto, dijo ella, de hacerme pasar por víctima, ni de admitir de la amistad la compasion que no merezco. He amado á Alejandro, pero ya no le amo.

—Entónces, esclamé con un júbilo que no pude reprimir; entónces, ¿por qué estais triste?

—Lo estoy, me contestó, porque siento en mi córazon, en el lugar que ocupaba un largo é íntimo cariño, un vacío, y que todo vacío es triste; lo estoy porque lo es ver ajada toda flor en el corazon, aun aquellas que no tuvieron fragancia.

—¿Pero..... estais cierta, le pregunté, de no amar al que habeis amado?

—Muy cierta, contestó; y no lo digo por ocultar ni aminorar el desaire que he recibido. Yo amo, no á la persona como se amaría una estátua; amo las cualidades que forman el individuo moral. Si las que creí hallar en el hombre que amaba, han marrado ó no existieron nunca, el Alejandro de ahora no es el que amé. Por eso si algo me es penoso, es la pérdida de mis ilusiones, y no la del cariño de un hombre que para mí no existe; y la prueba es, que si fuese dable que quisiese reanudar nuestras relaciones, no lo lograria.

—¿Seria cierto? exclamé con tal enajenamiento que, sobrecogido como el que en sueños se despierta á sí mismo, por una exclamacion de júbilo, desperté á la triste realidad, y consideré que, aun estando libre el corazon de Serafina, no podia yo brindarle con el mio la posicion que debe ocupar en el mundo.

—¿Con que extrañais,—dijo ella al ver que nada añadia á la exclamacion precedente,—con que extrañais que no ame á Alejandro?

—No lo extraño, respondí; lo admiro como una de las mayores pruebas de vuestra superioridad: por lo regular las mujeres se aferran en amar más á aquellos que ménos las aman y ménos las merecen.

—¿Y cuáles son, á vuestro juicio, tornó á preguntar, las dotes que hacen á un hombre digno de ser amado?

—Si fuese de vos, Serafina, le contesté, seria ante todo, el saberos apreciar. El que os sepa apreciar comprenderá todo lo noble, lo grande, lo elevado y lo bueno, sabrá considerar la vida desde el punto de vista que lo haceis vos, con esa superioridad de miras que no aguardó á los años para madurar; considerándola buena por las virtudes, tranquila por la modestia y bella por la poesía; y si despues de comprenderos, simpatizaba con vos, ese seria el solo que os hiciese feliz, segun entendeis vos la felicidad.

—Nunca hallaré un hombre, repuso sonriendo Serafina, que tenga de mí esa opinion que estoy cierta de no merecer!

—Es verdad, le dije, que será difícil, no porque vos no la merezcais, sino porque entre los hombres que actúan en el mundo, pocos habrá que simpaticen con vuestro sentir. Puede que alguno haya, Serafina, y que á éste lo alejen tanto de vos los dones de la fortuna que os encumbran, que pasaréis ante su modesto puesto como el fulgente relámpago, sin notar al que su cercanía deja para siempre ciego á las demás bellezas de la tierra.

Serafina callaba y bajaba la cabeza, y yo no sé si habria tenido fuerzas para ocultarle por más tiempo mis sentimientos, si por fortuna no hubiese llegado en este instante Primitiva diciendo:

—Madre está gozando de las delicias de un tresillo que prolongan algunas *puestas*, puestas de mala gana por don Pio, gracias á mí que le distraigo. Ya veo que el tio Miguel y la tia Belica se han ido en amor y compaña á gozar las delicias de un gazpacho con pepino y tomate; vosotros gozais de las delicias de vuestras sabias conversaciones, y yo voy á gozar de las delicias del mas dulce de los Morféos, el Morféo de Bornos, que me ha puesto ya los ojos del tamaño do granos de pimienta.

Buenas noches; hermana; que descanseis, Peñareal..... en vuestro jardin encantado. Memorias á Triton de mi parte, y de la de don Pio: que si siente

los síntomas de la hidrofobia, que tome el mezto mezclado con quina.

La hermosa niña abrazó á su hermana, y se fué. ¡A buen tiempo habia llegado!... ¡porque si bien callando me consumo, declarándome me habria perdido!!

CARLOS.

CARTA XIX.

ALEJANDRO AL CONDE DE BUENA-VISTA.

Madrid 15 de agosto.

No sé lo que me pasa, ni si lo que estoy palpando es realidad ó es una estrambótica pesadilla. Veamos si puedo coordinar mis ideas; las ideas no podré, pero veamos si puedo coordinar los hechos.

Habrá ocho dias que fué introducido en casa de tu tia, cuyo salon tiene ensanche de baldío y prerogativas de miscelánea, un jóven refugiado italiano, el Conde Lasido Remí, de quien los papeles de su comunion habian hecho, sin su intervencion, un héroe. Jamás ví fátuo mas impertinente, mas movible, mas estrepitoso y mas insustancial. A poco de haber entrado, y como si estuviesen atraidos el uno hácia el otro por un imán de la fuerza mas irresistible, se unieron las manos de este intruso con las de mi amada prometida para lanzarse en el torbellino de un

wals, y para engolfarse, en las paradas, en una conversacion tan animada, que no sé lo que sobresalia en animacion, si los pies en el baile ó las palabras en el diálogo.—Por fin terminó el wals, pero no la conversacion; y cuando me acerqué á ellos, Fanchetta hizo como si no me viese, pero ¡cómo!—¡lo mismo que si hubiese sido mi persona invisible!—¿lo concibes?

La conversacion seguia con animacion progresiva sazonada de carcajadas, y de burlas y sarcasmos sobre las cosas de España. Yo estaba volado, y titubeando sobre el partido que debia tomar en la desairada y embarazosa situacion en que me ponia la mujer que aquella misma mañana me habia recibido como el amante con quien en breve va á unirse para siempre, cuando organizándose un nuevo baile, el condecito se levantó para sacar á una dama con quien estaba comprometido á bailarlo.

—¿Quereis bailar? dije á Fanchetta.

—No quiero bailar más, contestó volviendo la cara á otro lado.

—Bien, hablarémos; repuse disimulando mal la rabia que sentia.

—Es que tampoco quiero hablar, respondió con descoco.

—¿Y por qué? la pregunté comprimiendo aun mi ira.

—Un capricho, contestó echando el lente á la pareja del Conde.

—Es que yo no sufro semejantes caprichos, exclamé indignado.

—*Comme il vous plaira* (1), repuso la amable jóven con la mayor frescura.

—¿Creeis decente y delicado, dije, el que una señorita comprometida y en vísperas de casarse con un caballero, se ocupe de la manera que lo haceis, de otro?

—Soy coqueta, os lo he advertido, me contestó.

—Me poneis en ridículo con vuestra coquetería.

—¡Ah! ¡ah! esclamó, lo mas ridículo del mundo es un marido celoso; nunca me casaré con un Otelo. Por lo tanto, os agradezco que me demostreis lo abominable de vuestro carácter en tiempo oportuno para evitar el que llegue á ser vuestra esclava consorte.

—Señorita, dije con voz sofocada por la ira, este no es el lenguaje que es permitido á una mujer con el hombre con quien está comprometida.

—Avasallar la voluntad y el corazon á un compromiso, exclamó, ¡jamás!— ¿lo habeis hecho vos?— ¡Bueno seria anticipar el tirano poder de las cadenas del matrimonio!

—¡Si os oyese vuestro Padre, Fanchetta! esclamé asombrado de su imprudencia.

—¡Mi Padre! contestó ella, ¿me quereis hacer miedo con mi Padre como á los niños? ¡pobre señor! ¡Ah! ¡ah! General, mi Padre podrá escatimarme lo que se

(1) Como gusteis.

le antoje de su dinero; en cuanto á disponer de mi persona, tengo la independencia suficiente para hacer vanos sus esfuerzos si lo intentase.

—¿Hablais formal, Fanchetta? pregunté atónito.

—Y tan formal, contestó, que voy á decir á mi Madre la escena escandalosa que en medio de un baile acabais de promover, de resultas de la cual tengo una jaqueca horrorosa, y los nervios atacados, y quiero retirarme al momento.

Diciendo esto, se levantó erguida y airada sin dignarse mirarme, buscó á su Madre, habló con ella algunas palabras, y se fueron.

Yo me quedé como quien vé visiones, y haciendo un triste papel; que es lo que mas siento.

A la mañana siguiente fuí en casa de esas señoras para tener una explicacion, y no fuí recibido. Posteriormente me avisté con el Padre. El buen señor se me demostró muy sentido, me dió en todo la razon, y acabó por preguntarme que era lo que haria yo en su caso, en vista de que su hija se negaba á cumplir su compromiso, no habiendo términos hábiles para obligarla á ello.—El Padre es un viejo, un patan, un necio sin carácter y sin ideas sobre las cosas, ni sentimientos de decoro, que tiembla y se encoge, sobre todo ante su hija. ¿Qué hacer, pues?..... lo que hice; mandarle á paseo, á él y á toda su plebeya casta.

Estoy desesperado; voy á ser la fábula de Madrid, un héroe de zarzuela. No puedo permanecer aquí, pues provocar al Conde es colgar las campanas al

campanario; y quedar impasible en este lance, además de serme imposible, me cubriria de ridículo. ¡Lo que me ha sucedido es inaudito! No estrañes si oyes decir que me he tirado un pistoletazo.

ALEJANDRO.

CARTA XX.

EL CONDE DE BUENA-VISTA A ALEJANDRO FUERTES.

Puertosano 20 de agosto.

No, amigo, no; no pienses en suicidarte. Semejante intentona es mas que una calaverada, es una calabazada, y por consiguiente poco grave para un hombre positivo y predestinado á la diputacion. Te pondria en un espantoso ridículo, y te daria visos de retrógrado, pues el suicidio es lo solo que por unanimidad de votos conservadores y progresistas está condenado á sí mismo. ¡Un BRAVO militar como tú, muerto y no á manos del enemigo! ¡quita allá! Si te aferras en morir vete á Hon-Sam-King-Tou-Ly, y declárate en pro ó en contra de la raza pelinegra,—lo mismo da,—y brillarás en tu muerte como lord Byron, ó volverás á tus lares coronado de hojas de té, que es el laurel de los chinos.

¿No decias que era la señorita Fanchetta deliciosamente coqueta, seductoramente caprichosa? ¡Toma lo coqueta y toma lo caprichosa, y vuelve por otra! ¡bien empleado te se está! Pero ¡qué *imbroglio*, qué guirigay, qué *salmigondi*, que galimatías, de voces y de idéas contienen tus cartas! Unir lo oriental, lo occidental y lo meridional, que ni el palacio de cristal de Lóndres, para celebrar á una mujer! ¡Vaya con las tonterías! Cuando celebrais á las mujeres, no parece que buscais el elogio, sino el lucir la extravagancia en la expresion.

¡Oh insigne Pero-Grullo, que yaces olvidado en algun oscuro rincon!.... ¡si abrieses los oidos!—Cuando halle tus restos, que busco,—si es que aun quedan restos de tí, en la que fué tu patria,—ofrezco á tus manes levantarles un monumento, que consistirá en una fuente de agua clara, sobre la que se levantará tu estátua con la mano cerrada, la que con tanta propiedad llamaste puño. ¡Oh insigne Pero-Grullo!

Bien te escribí que me chocaba aquello de *independencia* de idéas, *naturaleza escepcional etc.....* Hijo mio, aquí en Puertosano, creemos que lo *escepcional*, léjos de ser un mérito ó una gracia, es en el hombre lo extravagante y en la mujer es lo disforme, y que la tal independencia, es una especie de dañino vértigo que torna el mundo en una casa de locos, y el hogar doméstico en un infierno. Cuanto te sucede te está bien empleado. ¿Quién ha visto á hombres que se

afeitan, y á caballeros que se precian de delicados, celebrar como gracias los vicios de las *loretas* francesas, esto es, de muchachas de baja esfera y sin educacion, encumbradas por el vicio de los hombres de malas costumbres, á la *brillante* categoría de mujeres entretenidas? Así es que teneis las idéas torcidas y los gustos viciados por tanta novela francesa de malas tendencias, cuyos autores parece que no hallan ni conocen más heroinas que enaltecer que mujeres perdidas. Vé á Francia y pregunta á las gentes de razon y á las personas más delicadas si son allá tales gracias los citados vicios, y te responderán que son cabalmente aquellos de que más preservan á sus hijas. Porque podeis tener entendido que en Francia como en España, y en todas partes del mundo, los reales atractivos y méritos de la mujer, el mejor fruto de una buena, fina y culta educacion en una jóven, son la modestia y el decoro en su conducta y en sus maneras; el respeto, la sumision y cariño á sus Padres, el cuidado de su fama, en fin, todas las virtudes con las que el hombre que no tiene gustos extrambóticos, crea en su mente el ideal de la mujer, y aparta de este suave tipo todo cuanto puede tener de comun con su propia naturaleza, si aquel ha de ser exquisitamente femenino. Las mujeres nos dan en esto una leccion de buen juicio, de buen criterio y de buen gusto, por lo poco que les simpatizan los hombres afeminados.

En fin, en lugar de hacer tragedias, dá gracias á

Dios de verte libre de la tal Fanchetta, que no era mala ancheta, y deja que en buen hora cargue con ella el Conde, y que gaste los millones del Padre en sociedades secretas, con lo que se verificará aquello del dinero del sacristan..... y considera que era cabalmente ese señor la media naranja de la niña de las *fieras miradas*, amazona tan *airosa* como *brava*. Reflexiona que eres entre el Lasido Remí y la Fanchetta un tercero *en concordia*, que es lo más inútil del mundo. Que no te lleve el Conde, vivo ó suicidado, amarrado al carro del triunfo, como los Emperadores romanos á los que habian vencido. Dí, «camino de hierro, ¿para qué te quiero?» y vuela hácia los campos de Andalucía para deshacer la mala impresion que puede haber causado tu prolongado silencio, y devuelve tu corazon á Serafina Villalprado con los doscientos mil duros de que te ha placido privarla, puesto que segun he sabido por un sujeto de Cádiz que ha venido aquí á tomar los baños, su Padre nunca pensó quebrar, y jamás ha gozado de más crédito que en la actualidad. Mira que las plazas vacantes en el servicio de las lindas jóvenes están solicitadas como nombramientos de diputados; pretexta para disculpar tu silencio una parálisis de la mano derecha ó cosa equivalente; en amor el mentir es *peccata minuta*.

Este es el consejo de un amigo que desea no verte suicidado como un escorpion, sino diputado como una notabilidad. Ciertamente trabajaré en tu candi-

datura; no porque me haya entusiasmado tu programa, (en el que, entre paréntesis, se te olvidó añadir *al amor de las leyes*, «*en particular á la del embudo*),» sinó porque te creo moro de paz, y estos tienen todas nuestras simpatías, pues no gustamos de que se vuelva el Congreso un campo de Agramante para solaz de los enemigos del órden y de la union. Pero déjate de buscarle plaza de meritorio á la buena alhaja de mi sobrino, que no ha querido aprender y estudiar. Eso quisiera él para ir á Madrid con las mismas idéas, á pasearse, estirarse el frac y pedirnos dinero para ir al Teatro Real y á los toros, y darse tono! ¡No en mis dias!—No ha querido aprender; ahora aprenderá prácticamente y á la fuerza. He escrito á un amigo á Barcelona para que le embarque en un barco suyo con un buen capitan á fin de que se instruya en la navegacion, y se haga capitan de barco, lo que es hoy dia una bonita carrera, lucrativa é independiente.

Esto le bajará los humos; mal que se ha hecho epidémico y general. Todo huméa hoy dia; los barcos, los caminos, las fábricas, el dinero, la literatura, las artes, el teatro, la tauromáquia, el periodismo, la medicina, la espada, la toga, y sobre todo las cabezas! Todo ha subido en categoría, hasta los verdugos, que actualmente se llaman con todo respeto y decoro, *ejecutores de la justicia*, con ese *buen tono* imitador que han puesto en uso los periódicos de la capital, y que imitan los de las provincias con entusiasmo servil.

Desengáñate, Alejandro, el buen tono y la verdadera elegancia es en todas partes no la *imitacion*, sino la finura, la generosidad, la atencion genuinas, unidas al buen gusto, á la delicadeza, al dominio sobre sí, adquiridas por la buena educacion, adecuadas al país, al carácter nacional y á la época. El que imita, atrás se queda. Con esta verdad de mi simpático Pero-Grullo termino, y quedo tuyo

BUENA-VISTA.

CARTA XXI.

PRIMITIVA A TERESA.

Bornos 25 de agosto.

¡Qué cosas pasan en este mundo! ¡qué estupendas, qué atroces y qué solapadas! ¿Puedes figurarte, Teresa mia, que Alejandro, ese feliz mortal, que iba á tener la sin igual suerte de casarse con mi Serafina, de buenas á primeras la deja bonitamente plantada? Esto es inconcebible; pero muy cierto.

Serafina felizmente no la echó de Dido: no se le conoció por cierto en la cara su percance, y así nada sospeché. Que no se aflija, lo comprendo; pero que no se indigne, ¡esto es lo grande! Bien se espresa la tia Belica cuando dice, que tiene mi hermana sangre de horchata! En cuanto á mí, que la tengo *meridional*, como dice Efi, y *efervescente*, como asegura don Pio, no habria tomado la cosa tan flemáticamente, y ese

amante fementido y desleal, hubiese oido de mi boca las tres famosas verdades del barquero. ¿A que no sabes tú cuales son esas tres verdades, de las que todos hablan y pocos averiguan? Pues yo te las diré, porque me las ha enseñado mi buen tio Miguel, son: «peso y medida, cuenta y razon, y la verdad encima:» lo que significa: el peso, esto es, las piezas que lo componen, las taras; las pesas, que marcan la cantidad, y la lengüeta que arriba marca la igualdad de las pesas y que se llama la verdad.—Tia Belica esplica estas tres verdades tan decantadas de otra manera, pero ahora no tengo tiempo de referírtelo, porque quiero proseguir mi relato, y contarte por sus pasos contados los *memorables eventos* que suceden en este Bornos, tan hipócritamente tranquilo, monótono é inocenton.

Pues, como te iba diciendo, Alejandro, al volver de la capital de los fieles, la echa de fiel; á poco se arrepiente, toma el camino y llega aquí la otra noche, donde cae en medio de la tertulia inesperadamente como una bomba de grueso calibre. Cárlos Peñareal es el primero que se levanta y toma el portante; pero en lugar de dirigirse á la puerta del corredor, se dirige á la del jardin. Don Pio desaparece imperceptiblemente como una sombra que es.—Don Bonoso saluda al General, le ofrece su casa, sus servicios, su persona, etc., etc., y se aleja haciendo cortesías hasta darse un encontron en la puerta. El Comandante empieza á referir pormenores de su *íntima* amistad con

Belinto (Wellington), hasta que mi Madre le interrumpe haciéndole presente que su huésped necesita descanso; el amigo de Wellington levanta el campo; entoncee mi Madre arruga el entrecejo, Serafina permanece impasible, y yo me echo á reir de ver la cara compungida de Alejandro, que parecia un San Pedro arrepentido, de uniforme. Parte entonces de entre sus bigotes una explosion de disculpas tocante á su silencio, si una tonta, otra más, como una escala en piano destemplado; una enfermedad, una caida de caballo, un consejo de guerra, una parada, estas cosas reunidas y contradictorias, unidas al deseo de causar con su repentina llegada una agradable sorpresa á Serafina, son las causas de su prolongado silencio. Mi Madre, pobrecita de mi corazon, que es tan buena, que nunca decide nada por sí, sino por la impulsion que recibe de mi Padre, decia que sí, que no, que qué sé yo; hasta qne Serafina con mucha calma tomó la palabra, y dijo: «Creo todas estas disculpas supérfluas. Alejandro ha usado del derecho que le da su libre albedrío para variar de propósito en cuanto al compromiso que conmigo tenia, y no ha oido de mi boca una sola reconvencion; espero que me imitará cuando á mi vez le diga que no variaré en el que, en consecuencia de su iniciativa, he tomado, de no volver á anudar nuestras cortadas relaciones. Como, por suerte, tengo Padres tan buenos y amantes que no forzarán mi voluntad, todo está terminado con esta mi perentoria declaracion.» Diciendo esto se levantó Se-

rafina mas séria que un juez, abrazó á mi Madre al darle las buenas noches, saludó á Alejandro, y se retiró.—¡Amigo! pensé yo, esto se llama tener dignidad, y es harto mas propio de una señorita bien educada, que aquello que á mí se me ocurrió de las tres verdades del barquero. ¡Ay Teresa, lo que es tener una hermana mayor que dé buen ejemplo!..... Me pareció que tambien en esta ocasion debia seguir el ejemplo de mi hermana, y eclipsarme cual ella, para no aparecer una niña curiosa; pero mientras recogia mi bordado, oí que decia mi Madre á Alejandro:—No te canses: conozco á Serafina: nada hace sin reflexion, y por consiguiente no suele variar de propósito. Cuanto hagas no la hará cambiar, y solo servirá para mortificarla. Y no cuentes con nuestro apoyo, porque su Padre dice, y dice bien, como siempre, que aquellos que tienen una hija tan perfecta como Serafina, deben en recompensa de su buen juicio y cordura, dejarle su libre albedrío en la eleccion del compañero de su vida. Quédate algunos dias con nosotros como antiguo amigo de familia, para que no llame la atencion tu brusca partida, é imitemos en nuestras relaciones de amistad al dia, que antes de desaparecer, pasa por el crepúsculo.»

A consecuencia de lo que dijo mi Madre se ha detenido Alejandro aquí dos dias; ¡pero qué dos dias! ¡en mi vida pienso pasarlos mas aburridos! Aquella alegría, aquella franqueza, aquella calma de los anteriores ha desaparecido; no parece sino que el risue-

ño verano se ha trocado en un mustio invierno sin lumbre, sin castañas y sin Noche Buena. A Peñareal ni se le vé, ni se le oye, ni se le entiende, lo que no es muy político que digamos en un caballero tan fino como él. Don Pio guarda cama porque está resfriado, lo que creo es debido al mucho aire que levantó Alejandro al entrar tan brusca y estrepitosamente; al ver á este tan displicente, don Bonoso no sabe donde mirar, y se le hielan en la boca hasta las etcéteras. El Comandante es el único que hace el gasto de la conversacion con sus historias mas absurdas la una que la otra. En la partida Serafina reemplaza al médico, que se estará curando á sí mismo, segun el precepto del Evangelio. Mi Madre está distraida; Alejandro suspira y bosteza alternativamente; y yo, por no tener que hacer otra cosa, me he venido á referírtelo todo como una cotorra. Pero ahora llega Morféo espada en mano sin concederme mas tiempo de vela que el preciso para rezar y decirte: ¡buenas noches!

(A la mañana siguiente).

¡Ay Teresa! ¡Alejandro está malo con calentura, dolor de cabeza y ronquera! ¡y don Pio que no puede venir á verlo!—Don Bonoso ha ido á consultarle en comision, y ha traido por respuesta que siendo lo que aflige al paciente un hervor de sangre, debido á su precipitado viaje en tan calorosa estacion, debe darse al instante una sangría, y tomar lamedor de ca-

labaza. Yo me eché á reir al ver que don Pio se volvía homeópata sin saberlo. Serafina es una *roca sin orejas*, como dice Luis de Góngora, cuando no la enternece la melodiosa ronquera de Alejandro, víctima infeliz de la ley del Talion.

¡Oh Bornos, teatro de grandes sucesos y punto de reunion de hombres extraordinarios! Aquí se ve un Príncipe encantado en jardinero que no se quiere desencantar. Un don Pio con alma y sin cuerpo, y un don Bonoso con cuerpo y sin alma. Un Comandante que conoce á todo el mundo, y á quien nadie conoce. Una jóven salvada de la muerte por un héroe que no se enamora de ella; una infidelidad fulminante como el rayo, á la que sigue sin intérvalo un arrepentimiento estrepitoso como el trueno. ¡Vamos, que este verano en Bornos será entre los veranos una notabilidad!

PRIMITIVA.

CARTA XXII.

ALEJANDRO FUERTES AL CONDE DE BUENA-VISTA.

Sevilla 28 de agosto.

¡Confundidos se vean los nuevos regeneradores desde el primero hasta el último! ellos han privado á la desesperacion y á la misantropia de su solo refugio, que era la Trapa. ¿Qué les importaba la Trapa? ¿Qué mal les habia hecho la Trapa? ¿Qué les estorbaba la Trapa? ¿Qué competencia podian tener con ellos los trapenses que no hablaban? ¿Por qué, pues, privar á la humanidad afligida de este campo de asilo? ¿Por qué quitar á los hombres el único lugar de paz y de decanso que para ellos existia, mediante á no pisarlo nunca una mujer?

¡Inflexible! ¡inexorable! ¡sin piedad! ¡sin recuerdos!.... Más hermosa que nunca, más rica que ántes, esa Serafina me ha visto á mí..... á quien ama desde

la infancia; sí..... me ha visto sufrir hasta caer enfermo, con una impasibilidad y una indiferencia que no hacen, por cierto, el elogio de su corazon. ¡Las mujeres! ¿Conoces algo más variable que la mujer? ¿quién podrá confiar en e lamor de una mujer, cuando es inconsistente hasta el amor de Serafina?

Todos han conspirado en mi daño. En primer lugar tu tia, que es la más entrometida é inoportuna casamentera del orbe; despues Félix de Vea, ese Rothschildito, con mucho lastre en su caja y ninguno en su caletre, que me dijo que habia quebrado don Prudencio; ¡vea vd. si se puede uno fiar de las noticias de un diputado!—Ella, Fanchetta, esa falaz coqueta sin sentimientos, formalidad ni decoro, y últimamente tú, sí, tú, que me aconsejaste que viniese aquí para que se renovase más vivo y ardiente que nunca mi amor por Serafina, este modelo de virtudes y conjunto de encantos, y para coger una insolacion; de resultas de ella me sangraron, y allí corrieron unidas la sangre de mis venas y la de mi corazon, sin mover á piedad á aquella mujer insensible á todo..... ¡hasta á mi faja de General!

Me voy, me ausento, huyo de este país de mujeres inconstantes é insensibles; me voy, pero no á China, como me lo aconsejas (¡vaya un consejo peregrino! ¿qué tengo yo con los chinos?) Me voy á la Habana, á poner mar por medio, y pegar mi coraje contra los piratas; que asi al ménos serviré á mi Patria. Las habaneras son lindas, seductoras, graciosas

y ricas: puede que alguna cure las sangrientas heridas de mi corazon.

Adios, si quieres cigarros te los enviaré; pero con una espresa condicion, y es, que cuando vayas á Madrid, adviertas á la falanje literaria que es tan fijo como el reloj, que provocaré en desafío al primero que bien en traduccion ó bien por su propia cuenta, haga la apología del vicio de la coquetería, el más perjudicial á la parte varonil de la humanidad.

ALEJANDRO.

CARTA XXIII.

CARLOS A FÉLIX.

Bornos 26 de agosto.

¡Qué dias he pasado, Félix! ¡Cuántos tormentos encierra un amor imposible! Créese la copa de acibar colmada con la palabra *imposible*; pero aun hay sufrimientos que agregarle, y son estos los celos y la ausencia! Ya te escribí que habia llegado inesperadamente Alejandro, y á qué punto exacerbó su estada aquí mis sufrimientos. Ha marchado, y si bien su ida no ha hecho brotar en mi pecho ninguna esperanza, ha dado al ménos tregua á los tormentos que padecia; mas el verano está para terminar, y llegará la final ausencia, en que se envolverá mi vida como en una mortaja.

¡Qué carácter tan elevado, qué suave y modesta firmeza tiene, y qué incomparable mujer es Serafina! Parece siempre una suave y blanca nube de verano,

inmóvil, gracias á la serenidad de la alta atmósfera á que se ha elevado. ¡Cuál será el feliz mortal que ella ame! Porque ahora me persuado que no ha querido á Alejandro: apegada á él en la infancia, despues tratada de casar, no ha seguido en estas relaciones el arrastre de su corazon, sinó el suave yugo de la costumbre y del deber. Separados desde cuatro años, ni el trato, ni la paridad de idéas, ni las simpatías de sentimientos que no existen, han podido despertar en ella el hermoso sentimiento del amor.

Alguna vez, Félix, cuando en la entera concordancia de nuestras almas, ella y yo echábamos una misma mirada sobre la existencia que tan conformemente considerábamos, hemos venido á concluir de comun acuerdo sobre la parte de felicidad que Dios ha concedido á la criatura, haciéndola consistir en lo inmaculado de la conciencia tanto en punto á obras como en sentimientos; en que sean tales los afectos que abrigue el corazon, que se los pueda presentar á Dios como virtudes; en la completa indiferencia hácia las grandezas y vanidades del mundo, indiferencia que lleva consigo la modestia, como el estuche en que toda joya de valor se guarda. Y entónces, cuando veia llegar á esta jóven sin esperiencia de la vida, solo por su esquisito sentir femenino, por instinto de lo bueno y de lo bello, por intuicion de la cordura, al punto que he llegado yo á fuerza de conocimientos adquiridos práctica y teóricamente, y gracias al gran maestro, que es el infortunio, entonces ha habido

momentos en que nos hemos visto unidos en esfera tan alta, que no eran parte á separarnos las razones que rigen en esfera mas baja y cercana á la tierra. Pero desechaba tan pronto como la percibia esta consoladora idéa, para que no se volviese esperanza, que echase su áncora en mi corazon.

No puedo ofrecerle la posicion que tiene derecho de aspirar. Y es mi sentir que el hombre debe elevar á su compañera y no hacerla descender de la posicion en que se encuentra. Sus Padres rehusarian al desgraciado á quien queda de su patrimonio solo una ruina, y de sus servicios solo una cruz. Y yo, Félix, que nunca conocí la ridícula y pequeña vanidad, ese vicio de ruines, yo que tengo el orgullo por tan necio en la adversidad como brutal en la prosperidad, tengo la dignidad que impide ponerse en lucha con la sociedad, esa hidra malévola, ese estúpido gigante de cien brazos, que tritura al desgraciado y se rie del poderoso. No me espondré á ser desdeñosamente rehusado; ¡no volveré á verla! Además, sufrir lo que sufro y callar, es ser más héroe que Mucio Scévola. ¡No, no volveré á verla!.... Teniendo presente que dice Shakespeare que de las poderosas razones nacen los poderosos hechos.

Adios: te envio, porque me la pides, esta cédula de vida, ó mejor dicho, esta espresion de mis padeceres, porque ya ellos solos forman mi vida.

CARLOS.

CARTA XXIV.

SERAFINA A LUISA.

Bornos 28 de agosto.

¡Por fin partió! ¡Luisa!—¡Luisa; y ha faltado poco para que ese hombre fuese el compañero de mi vida! Bien decias tú que no le amaba; porque estoy tan feliz al verme libre de este compromiso, que siento un sincero agradecimiento hácia él por haberlo disuelto. Luisa, en aquella alma tan pequeña no cabe su vanidad á pesar de llenarla toda! es hombre político por vanidad; su ambicion es vanidad; su orgullo es vanidad; su amor es vanidad; todo en él es vanidad. ¡Qué cerebro tan vacío! ¡qué ridículo y chabacano buen tono! ¡qué pena de amor tan mal fingida! ¡Qué encono é impaciencia tan mal disimulados!

Pero, Luisa de mi corazon, ¿concibes que des-

pues de nuestra última entrevista que te referí minuciosamente, no haya vuelto á casa Peñareal, ni aun despues de la ida de Alejandro? ¿A qué, pues, fingir, si no era verdadero, aquel amor tan sentido y tan profundo, aunque callado, por creerme comprometida con otro? ¿Acaso, Luisa, será la suerte de las mujeres honradas ser el juguete de los hombres, en despique de serlo ellos de las mujeres locas y coquetas? Yo me confundo; y las lágrimas, que no puede ya contener mi corazon, rebosan y caen sobre este papel, sin que trate de ocultártelas, porque ni hallo vergüenza en ser engañada, ni reparo en confesarte que mi corazon ha sido arrastrado á amar, por todas las cualidades y ventajas que pueda reunir un hombre para serlo; y todas ellas realzadas por la mas bella, la dignidad en la desgracia, esa auréola que conservan caidos los hombres nobles como los Reyes su majestad en el destierro. La conducta de Peñareal le parece á mi Madre estraña, á Primitiva impolítica; yo sola sé que es cruel! ¿Por qué introducirse poco á poco en la intimidad de mi alma; por qué siempre á mi lado, haberme hecho tan dulce mi estada aquí, tan bello cuanto nos rodéa, para cortar de repente y sin motivo estas relaciones, que no puede ocultársele que me eran gratas? ¡Los hombres son duros, y siempre en nuestras relaciones, ellos serán el acero y nosotras las heridas!

Mucho ansío porque nos vayamos; pero Primitiva deséa quedarse para la feria de Villamartin,

que es el quince, y mi Madre quiere complacerla.

Hoy una pequeña causa me impresionó profundamente; oí de repente en el silencio de la hora de la siesta los sonidos de un organillo, sin duda atraido por la próxima feria de Villamartin. Muchas veces has sido testigo de la impresion que me causa oir este instrumento. Solo el poeta encuentra voces para esplicar estos misterios del alma; estas impresiones indefinidas, que como volantes nubes ya rosadas, ya negras, surcan la region del corazon. Pero es lo cierto que esos pobres sonidos, hijos de la armonía, presos en aquella cajita, esclavos de su dueño que les obliga ya á precipitarse, ya á arrastrarse lánguidos, martirizándolos de modo que mueren de una débil queja, me han causado siempre una dolorosa lástima. Traidas á un país que les es estraño, esas modulaciones que despues de reinar y entusiasmar en los primeros teatros del mundo, son arrastradas por toscas manos, á los arrabales y mercados bastos, y que se ven mezclados á dichos obscenos y groseros dicterios, me parecen ninfas entre salvajes, que no comprenden su lenguaje, ni aprecian su esquisita belleza. He visto en esto siempre un sacrilegio músico, una profanacion del arte. Así es que son para mí los sonidos de los organillos ambulantes, tristes, tristísimos; ora precipítense en ficticia alegría, como baila el pobre jadeante perro al ver el palo en la mano de su bárbaro amo, ora decaigan lánguidos, como la voz que se ahoga en las

lágrimas. Los organillos son el purgatorio por donde pasan las pobres melodías, ántes de volver al Paraiso, su pátria.

Todo esto lo sentia tanto más, cuanto que me parecia mi corazon una de esas melodías, que despertada y movida por una mano poderosa, y abandonada despues por ella, vibra aún; como una triste queja que se apaga en lágrimas!

SERAFINA.

CARTA XXV.

FELIX DE VEA A LUISA TAPIA.

Madrid 30 de agosto.

He visto con gran placer confirmado en la carta que me escribes, lo que esperábamos, esto es, que nada lograria Alejandro; de lo que me alegro, con el doble motivo de ver á tu amiga sustraida á un enlace en que no habria sido feliz, y de ver al soberbio y engreido Alejandro llevar el premio que merece su odiosa conducta. ¡Qué castigo tan adecuado para el hombre más vano que he conocido en mi vida! No cesaba de hablar á la bella Fanchetta, que le oia con sumo agrado, de su noble raza; era pariente de los Churrucas, Gravinas, Apodacas, Galianos, Grandallanas, Ulloas, Alavas, en fin, de lo más ilustre de nuestra antigua marina; mil veces sofoqué en mi garganta las palabras de una de las lindas fábulas de Hartzembusch:

No se envanezca de su ilustre raza
Quien debió ser melon, y es calabaza.

Me dices que estás indignada con la conducta que observa Cárlos hácia tu amiga, en lo que eres sumamente injusta, segun la envejecida costumbre del bello é injusto sexo, que todo lo hace de prisa, sobre todo el juzgar. Por eso se han visto mujeres guerreras, mujeres poetas, mujeres maestras de latin, mujeres abogadas, mujeres sacamuelas, mujeres toreras, pero mujeres jueces..... ¡nunca! Belona comparte con Marte el diosado de la guerra; las Bacantes con Baco, el de las borracheras; Tétis con Neptuno, el imperio de las ondas; Juno con Júpiter, el del cielo; las Musas con Apolo, el de letras, artes y ciencias; pero en el reino de Minos no ha habido nunca mancomunidad femenina. Esplicarte el móvil de la conducta de Cárlos, sería detenido, y lo dejo para nuestra próxima vista; pero tén por seguro que en todas ocasiones tiene esta por móvil la delicadeza, que alguna vez exagera Cárlos. Parto mañana para esa; cuando llegue, hablaré á don Prudencio Villalprado, y adquirida que tenga la certeza de que Peñareal será recibido en aquella familia como es acreedor á serlo, lanzo mi vuelo hácia aquellos hermosos montes..... y por mí la cuenta de que el Verano de Bornos concluya por un casamiento, como una pieza de teatro ó una novela. ¿Y sabes que esta idéa me sugiere otra? y es que en vista de este desenlace poco dramático, pero al fin término legal y moral de todas las novelerías pasadas, presentes y futuras (pésele al socialismo), si se imprimiesen nuestras cor-

respondencias, compondrian, sin que le faltase tilde, una novela de la más genuina y cándida verdad, y de la más incontestable actualidad: su impresion no te llenará el bolsillo, pero te acreditará, por el papel que en ella haces, de buena y sincera amiga. Piénsalo: te autorizo á dar á la prensa mis cartas, que no son las ménos interesantes, puesto que en estos sucesos represento el papel de Destino. No pude pronunciar mi discurso; en cambio se imprimirán mis cartas; ¡váyase lo uno por lo otro!

Me voy á despedir de la Condesa de Torreones, que no pudiéndome obsequiar con ninguna especie de cruz, me obsequiará con un diploma de incasable, que llevaré como mi broquel y más estimada alhaja. ¡Viva la vida de soltero! libre de cuidados, de exigencias mujeriles, de ruido de niños, de suegra, cuñadas, compadrazgos y demás calamidades del horripilante hogar doméstico! El amor es un pasatiempo; y nunca falta una bella que no ponga á su amor un precio tan escesivo como el de uncirse recíprocamente al arado. Así pienso, aunque me riñas, y así pensaré siempre. Por fortuna hay pocas Luisas y pocas Serafinas en el mundo, que serían las solas que me podrian hacer mudar de modo de sentir, y hacerme faltar á mi propósito.

FÉLIX.

CARTA XXVI.

FÉLIX DE VEA A LUISA TAPIA.

Bornos 4 de setiembre.

Persuadido como estoy de que no es curiosidad femenina la que te ha llevado á exigir de mí una estensa relacion de todo lo acaecido desde mi llegada aquí, sino que es el interés del cariño que profesas á Serafina, me apresuro á cumplir mi cometido y á comunicarte cosas..... ¡cosas!..... cosas, Luisa mia, que no te aguardas.

Pero empezaré por referirte mi entrevista con don Prudencio Villalprado, que no tuve tiempo de contarte, en la que, como ya sabes, proseguí representando mi papel de Destino, proponiendo á este señor, sin estar autorizado á ello, á Peñareal por yerno. Hallé en don Prudencio un hombre tan delicado como racional. Siendo su hija rica, no fué la fal-

ta de bienes del pretendiente óbice que le alejase, y siendo bien nacido, no fueron tampoco los pergaminos de Peñareal cebo que le atrajese, porque don Prudencio no es un hombre vano, es un hombre digno; no es hombre que á todo antepone el dinero, sino que lo deja en su puesto secundario. Así fué, que las buenas prendas y méritos de Cárlos, de las que tenia noticias, lo que de él le referí yo, y sobre todo la última carta de Cárlos y la de Serafina que me entregaste, y que ambas puse en sus manos, fueron las razones que le llevaron á condescender gustoso en un enlace que hará fa felicidad de esa hija que tanto ama y aprecia.

Llegué por la tarde aquí, y me hice conducir en derechura al *jardin encantado* de nuestro solitario. Le ví de lejos, apoyado contra ún naranjo, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Dos seres que le aman, le observaban; Triton, que acostado á sus pies, fijaba en él su inteligente mirada, y que no me sintió venir, y Ramon que habia dejado caer la azada, y absorto en contemplarle, tampoco notó mi llegada,

—Voy creyendo, grité desde léjos, que tiene razon Primitiva en llamaros encantados, pues por ahora lo estais todos en estátuas.

Cárlos se inmutó mucho al verme, y pasamos á su linda, fresca y perfumada habitacion.

Conoces mi genio, y puedes inferir que me sería imposible privar por un solo instante al interesado,

de una feliz noticia; así fué, que apenas entramos, cuando dije á Cárlos: «aunque no has querido favorecerme con el cargo de pedir en tu nombre á un Padre á su hija, yo me lo he tomado sin tu licencia, y con mil expresiones atentas de don Prudencio Villalprado, tráigote un recado especial y es: decirte, que será para él una satisfaccion cumplida la de que obtengas el sí de su hija Serafina.» No puedo espresarte las emociones que se pintaron con energía en el hermoso semblante, por lo regular tan inalterable y sereno, de Cárlos. La sorpresa, el enajenamiento y últimamente la contradiccion y la duda. Yo, que leia sus pensamientos en su rostro como en un libro abierto, le dije entónces:—«Cárlos, Cárlos, la exageracion es el escollo de las virtudes caballerescas; es el espíritu alambicado en que se disuelve la perla; es la sonora cuerda, que por demasiado tirante, se destempla; es en fin el imán con que un vicio atrae á sí una virtud; por ejemplo, cuando hace que la delicadeza degenere en orgullo.

—Pero, (repuso Cárlos con voz conmovida y aun irresuelto) ¡si ella no me ama!

—Serafina te ama,—exclamé presentándole lleno de júbilo su última carta;—¡anda! tú que despertaste aquella suave melodía, recógela en tu corazon *ántes que se apague en lágrimas.*

Cárlos cogió ansioso la carta, pasó la vista por ella, en seguida se cubrió los ojos con una mano, como deslumbrado, y se dejó caer en una silla. Co-

nocí que debia leer á solas aquella carta en que se retrata el alma y el amor de Serafina, y salí diciéndole que iba á quitarme el polvo del camino, para que en seguida fuésemos á casa de las señoras, á las que ansiaba por conocer.

Cuando á la media hora volví, hallé á Cárlos más sereno y más dueño de sí, aunque no pude hablar palabra cuando me estrechó en sus brazos; y eso, Luisa mia, que ignora el golpe maestro en mi papel de Destino.

Llegado que hubimos á casa de esas señoras, hallando las puertas abiertas, entramos sin cumplimiento á uso de Bornos, y vimos á la Madre y á su hija mayor sentadas debajo del emparrado; la primera leia recio una carta, mientras la segunda ocultaba el carmin que cubria su rostro, inclinando la cabeza sobre el pecho. Colegí que esa sería la carta que debia haberles escrito don Prudencio.

—Señora,—dije cuando nos presentamos, viendo á Cárlos absorto en la contemplacion de aquella encantadora mujer cuyo amor acababa de presentársele como un brillante sol que alumbraba su vida;—señora, aunque este caballero debia presentarme á vd., espero que no será necesario, si es que ha recibido una carta del señor don Prudencio, en la que debe anunciarle la venida del mejor amigo de Peñareal.

—Sí por cierto, sí por cierto; contestó apurada la señora mirando á su hija, que por lo visto aun no se

habia explicado sobre el asunto de que trataba la carta de su Padre. Pero yo, —que estaba en antecedentes que faltaban á la señora,—determiné marchar marcialmente hácia la solucion de la cuestion. Así fué, que dije á Serafina:

—Las situaciones embarazosas, es preciso terminarlas brevemente. Traigo de Cádiz un sí, que espero será ratificado aquí con otro. Ya sé que sois decidida para dar un nó, á quien por castigo lo ha merecido; si sois justa, debeis tener la misma decision para otorgar un sí á quien se lo merece como premio.

—¿Premio..... de qué? repuso Serafina con alguna amargura, alzando la cara mas linda que he visto, y fijando sus grandes ojos negros en el enajenado Cárlos.

—Señora, dije á la Madre, me parece que para estas explicaciones estamos ambos de más. Si quisiéseis tener la complacencia de enseñarme vuestro jardin, que con su frescura y fragancia nos convida á visitarlo, dejaríamos libre la discusion, segun las exigencias de la época. Pero antes de todo, añadí dirigiéndome á Serafina, os ruego que leais esta carta que os hará conocer mejor los sentimientos de Cárlos, que lo que él mismo pudiese hacerlo. Diciendo esto le entregué la consabida carta de Cárlos, y me alejé con su Madre.

Paseamos algun tiempo por el jardin, que me pareció muy lindo y muy alegre, sobre todo cuando echaba una furtiva mirada sobre la hermosa pareja

que tanto amamos, y veia pintada en sus rostros una felicidad tal, como no la pueden comprender los que no saben amar como ellos.

Anocheció, á despecho de la luna mas cachetuda del mes, que parecia soplar frescura y esparcir luz sobre aquel jardin fragante y engalanado. Pusieron en la sala la mesa del tresillo y trajeron el reverbero; entraron los consabidos tertulianos, que la señora salió á recibir. Me puse entonces ante la ventana á observarlos sin ser visto.

—Ahí está don Cárlos, dijo un hombrecito diminuto con voz agria, en el que reconocí á don Pio: es de manías.

—No habrá venido estos dias pasados porque se lo habrán impedido sus quehaceres, el calor, etcétera, etcétera, repuso en suave voz de bajo un señor gordo, en el que reconocí al señor Bonoso Rincon, sentándose á alguna distancia, é imprimiendo su movimiento de rotacion á sus pulgares.

—Los militares, fuera de las cosas de ordenanza, hacen lo que les da la gana; ¿está vd., don Pio? dijo con tono recio y sin sordina un militar alto y cano, pero derecho como una pica, que se paseaba por la sala, y en el que tú, como yo, habrás reconocido al Comandante Tamaño.

En este momento entró en la sala... ¿qué te diré, Luisa? ¿cómo te lo diré, que no te burles de tu pobre primo, vencido antes de luchar, prisionero antes de haber podido recurrir á la fuga? ¡Entró Primitiva!.....

¡tú la conoces! conoces á esa personificacion de la primavera, en su belleza, en su frescura, en su alegría, en todos sus encantos; pero tú no la has visto, como yo, entrar en aquella sala, agena de que nadie desconocido la observase, con su cabello remangado, fantásticamente coronada de flores, con un pañolon de espumilla graciosamente terciado, y decir á don Pio, tomando el aire y deje de una gitana:

—¡Real mozo!—vengan acá esos cinco espárragos; que le quiero decir á su mercé la buena ventura. Vamos, señor, no sea vd. *desaborío*, con esa cara de rosa del año pasado, esos ojos en cueva y ese pescuezo de botella, ¡no gaste tanta fantasía!..... que no la tengo yo, y corre en mis venas la sangre del rey Faraon.

—La niña siempre está de buen humor, dijo en tono agridulce el diminuto doctor, acercando la silla á la mesa y repartiendo las fichas.

—¿Quiere su mercé, cara de pitiminí, prosiguió la hechicera gitanilla, que le cante una copla?

Y sin aguardar respuesta, cogió una guitarra, y con una hermosa voz y mucha gracia se puso á cantar:

Médicos y cirujanos
No van á misa mayor,
Porque les gritan los muertos:
¡Ahí pasa el que me mató!

—¿No le hace á su mercé gracia la copla? prosiguió la niña al ver que el doctor mas serio que un duelo

no pestañeaba; pues le diré un traba-lengua, por vér si lo repite tal cual se lo diré;—y con increible velocidad prosiguió:—El baston del doctor Soyoclo no tiene puño; del rabo de la gatica mendiga scipitipandiga se le hará uno; y responde la gatica mendiga scipitipandiga, que su rabo no está para hacer puños al baston del doctor Soyoclo.

—Vamos, Primitiva, dijo su Madre, deja esas niñadas, que son chabacanas.

—Madre, contestó ésta, si estamos en Bornos, que es como si dijéramos en las Alpujarras.

—Niña, me parece..... dijo don Pio.

—¡Don Pio, calle vd.! exclamó Primitiva, y tenga presente que cada vez que su amor patrio le ha llevado á salir por campeon de Bornos, le ha costado un codillo.

—¡Juego! dijo don Cristóbal Tamaño.

—¡Comandante..... caramba con vd! exclamó don Pio; es vd. capáz de decir que juega sin haber visto sus naipes. ¡Juego mas! ¡Solo!

—¿Qué juega vd. solo? preguntó el Comandante; no puede ser.

—¡Solo, y tres mas!

—Entonces son cuatro, repuso el veterano. Doctor, ¿ha mirado vd. con despacio sus naipes?

—¡Dale bola! gruñó don Pio.

—Eso quisiera vd., le dijo el Comandante.

—Comandante, exclamó impaciente el doctor, he dicho que juego solo; ¿lo ha oido vd.?

—Don Pio, don Pio, vd. se exalta, se entrega á la

pasion de la ira, dijo la divina niña, y sepa vd. que dice Bernardino de Saint Pierre que los ancianos desprendidos de pasiones, se asemejan á los dioses. Usted, por lo visto, no quiere entrar en esta categoría de semi-dioses, la que á los hijos de Esculapio da la ventaja de ser doctores del Olimpo. ¡Peor para usted! pues así no pulsará á Venus que tiene dengues, y á Tétis á la que han sentado mal lo baños de mar, ni á Diana que padece de insomnios; ni podrá vd. recetar su querida quina á Saturno, á quien sus hijos se le han indigestado.

—¡Vamos allá! repuso don Pio, se conoce que la niña lee con fruto, y que tiene buena memoria, pues hasta saca citas como un predicador ó un compendio. Pero, niña, vd. que sabe tan bien la fábula, ¿ha aprendido con igual perfeccion los deberes de casada y de Madre de familia?

—Por ahora, don Pio, solo sé los de soltera é hija; y no quiero estudiar los otros, no sea que no me case y haya estudiado en balde. Además, añadió acercándose á su Madre cuya cabeza abrazó, besando repetidas veces su frente, tengo tan buen modelo, que aprenderé solo imitando.

—Pues ese buen modelo, repuso con su ágria voz el Hipócrates de Bornos, en su vida ha leido un libro, segun él mismo confiesa, ¿está vd., niña?

—Don Pio, contestó ésta, los novios presentes, á imitacion del siglo actual, tienen otras exigencias que los anteriores; sépalo vd.

—Niña, niña, repuso don Pio, lo que exigen los novios de todas las épocas, es que sus novias sean mujeres de sus casas, y buenas Madres de familia; y los libros..... ¡maldito lo que contribuyen á esto!

—Segun sean ellos, señor mio, exclamó Primitiva, ¡Ojalá, prosiguió echándose á reir, que mi buena aya Carolina Meridal que nos ha hecho quemar las pestañas sobre los libros, hubiese participado algo del sistema de educacion femenina de vd., en el que aparece la ignorancia como base fundamental de la perfeccion mujeril! ¡Las cosas que se hallan en Bornos! Toda mi vida he oido hablar de una secta ó partido que, segun aseguraban, tenia muchos adeptos y partidarios, sin que jamás, por mas que los he buscado, encontrase ninguno; ese sistema tiene por nombre *oscurantismo*, y ya encontré su gran preste. ¡Las cosas que se hallan en Bornos!

—Primitiva, dijo su Madre, daja en paz á don Pio; que le distraes. No hables mas disparates, que está ahí Peñareal y otro caballero.

—¿Peñareal ha venido? exclamó alegre la niña, ¡buenas noches, desertor! ¿Sabe vd. que desde que no hay quien le saque de su jardin encantado, desde que le envié la flor del aire, que para vd. hice traer de Puerto Real, mandándole decir que le remitia el emblema de su amistad, y que ni por esas se ha dignado venir, le llamaba *Peña muy Real*? ¿Sabe vd. que iba á mandar que doblasen las campanas creyéndole muerto? Don Pio dice que tiene vd. tercianas y debe

tomar quina; y yo digo que es vd. el marido de la luna, con sus crecientes y menguantes.

Entramos entonces con su hermana en la sala; mas apenas me vió la hermosa niña, cuando avisada quizás por aquel instinto mujeril que les hace adivinar instantáneamente la impresion que causan, se quedó parada, bajó los ojos, y un cambio repentino se verificó en ella. Yo no sabia si sentirlo ó celebrarlo; pues si hermosa y seductora estaba antes, ahora me lo parecia aun mas; ¡tal es el encanto del suave y delicado barniz que estienden la modestia y la timidez sobre la hermosura y gracias femeninas!

No te digo mas, prima mia; ¡estoy enagenado, loco!..... ¡qué criatura! ¡qué incomparable belleza, qué encantadora inocencia, qué seductora gracia, unida á tanta distincion y delicadeza! El hombre que puede aspirar á embellecer su vida con una compañera como ésta, y no lo intenta, es un poste sin alma y sin corazon. Así es, Luisa, que te entrego mi persona, atada de piés y manos, para que en ella cebes tu bien empleada burla; y solo te diré con Leon Gozlan: «He escuchado tu consejo, y doblo la rodilla ante tu buen sentido;» *el buen sentido*, que es aquella flor misteriosa, buscada por los españoles en los bosques del Nuevo Mundo, y que segun allí les dijeron, alumbra en medio de la noche, porque en lugar de rocío absorbe durante el dia parte de la luz del sol.

Luisa, Luisa, acato ese tu buen sentido, porque ahora pienso y siento lo que me decias. ¡No! la exis-

tencia del hombre es incompleta cuando no tiene hogar doméstico, y en él una compañera á quien se adora en la juventud, se aprecia en la edad madura, se respeta en la ancianidad y se quiere en todas edades.

A no ser aquel que se entrega á la vida religiosa, activa ó contemplativa, bien puede el hombre soltero distraerse, divertirse y gozar; pero ser feliz..... ¡no! A menos que no sepulte su sér en odioso egoismo, sin atender á su mision, ó abrigue en su pecho culpables amores, ilegítimos, ahogando su conciencia; pues no hay amor noble y puro sino en el hogar doméstico. Siento y me avergüenzo, querida Luisa, de deber mi sincera y entusiasta conversion al poderoso arrastre del amor, y no á la suave persuasion de la amistad; ¿pero qué le hace, si el resultado es lo mismo? Tú, prima mia, preparaste el terreno en que habia de nacer y alzarse la bella flor que recibe de la razon su virtud, de la moral su hermosura, y del amor su fragancia.

Abjuro, pues, mis necios errores en las manos y á los piés de los dos seres que para su dicha y su consuelo otorgó Dios al hombre; que son la AMIGA y la AMADA.

FELIX.

———

CARTA XXVII.

SERAFINA VILLALPRADO A LUISA TAPIA.

Bornos 10 de setiembre.

Querida Luisa mia: ya que por tu primo Félix lo sabes todo, ¿qué podré añadir? Que me pregunto cómo he merecido que tanto me favorezca Dios, que despues de concederme los Padres más cumplidos para haberme hecho feliz, me concede el compañero más completo para hacerme dichosa.

Nada me queda que desear sino el estrecharte sobre mi corazon. ¡Feliz tú como lo soy yo, cuando llegue el hombre á quien amas con aquel amor profundo que echa raices tanto mas fuertes cuanto que concentrado no se esparce en ramas y flores!

¡Me amaba..... Luisa! Lo sabes, pero déjame que lo repita mi corazon, como repite la voz la melodía que vibra encantadora en el oido; me ama y me

amará siempre; lo siento, lo sé y lo deduzco, porque su amor es igual al mio. Me siento tan profundamente feliz, que cuanto pudiera decirte serian variaciones sobre el mismo tema. Como puedes colegir, nos establecemos aquí; pero pasaremos lo rigoroso del invierno con mis Padres, y ellos parte del verano aquí. Mi Madre y Félix, que dice que tiene por mision especial intervenir y arreglar cuantas cosas á Cárlos conciernen, lo mismo que tienen las Córtes la de intervenir y arreglar las del país, no quieren que vivamos, como hubiese deseado yo, en la preciosa casa de la huerta, que podria agrandarse, agregando á la espalda local para las oficinas interiores. Se va á restaurar la casa que posee Peñareal en el pueblo, y que mi Madre halla hermosa. Félix es el que se ha encargado de todo, porque su innata actividad le hace hallar un placer en ello, y su buen gusto á nosotros una ventaja. Chimeneas, papeles, cuarto de baño, nada le faltará de cuanto el moderno buen gusto pueda ingertar sobre la antigua solidez y grandiosidad, de manera que la buena anciana de piedra, saldrá de las manos de tu primo, como el Fénix de entre las llamas.

Este incomparable amigo ha hecho aun más. Habiéndose negado Cárlos á dar pasos sobre la recuperacion de sus bienes con una desidia *antigua española*, como la nombra Félix,—desidia que estoy léjos de aprobar por mucho que me simpatice,—mandó aquí con todo sigilo á un hábil abogado, el que tanto en

las escribanías, como por testimonio de agrimensores y noticias verbales, reunió todos los datos necesarios para entablar pleito si necesario fuese al apoderado de la casa; pero no lo fué. Supo Félix en Madrid dónde residia el dilapidador, que es en la actualidad un rico y encumbrado personaje.

Este hombre, al saber por Félix la vuelta á su domicilio paterno del actual poseedor á quien creia muerto, al examinar los datos que traia Félix, que descubrian la falsedad de cartas y firmas fingidas, al ver los avalúos rectificados, se sobrecogió y anonadó; dándose por muy feliz en devolverlo todo, con condicion de que el asunto y las cuentas atrasadas se sumiesen en el olvido. Félix no queria; pero Cárlos ha declarado perentoriamente que así será.

—Mal hecho, le dice Félix; por esa mal entendida generosidad andan las cosas como andan en España.

—Verdad es, contesta Cárlos; pero la justicia tiene muchos defensores, que lo son por obligacion y por encargo del Gobierno, que para eso los retribuye; esos deben defenderla porque es su sagrada obligacion; yo estoy en mi derecho para perdonar, y perdono. Además, Serafina así lo deséa.

—¡Ah! exclama entonces Félix, si vas á seguir en todo las inspiraciones de Serafina, pronostico á los cuadrúpedos de Bornos la edad de oro!

Me dices que deseas que te escriba lo que nuestros tertulianos han dicho al saber mi casamiento;

cada cual se expresó segun su carácter y su manera peculiar de ver las cosas.

Por primera vez vimos la cara de don Pio completamente satisfecha, con la que dijo dirigiéndose á Primitiva:

—Niña, ya vé vd. que los caballeros de Bornos.....

—¿Que los caballeros y médicos de Bornos son buenos y pocos? le interrumpió mi hermana, ya lo sé, don Pio; sepa vd., señor mio, lo que de seguro ignora, y es que los relojes de repeticion ya no están de moda.

El Comandante aseguró que con quedarme yo á vivir en Bornos, valia este pueblo ciento por ciento más, como un militar á quien adorna una condecoracion.

Don Bonoso Rincon dijo que el señor don Cárlos tenia muy buen gusto, muy buen juicio, muy buen tino, etc., etc.

Pero, por hablarte tanto de mí misma, he omitido hasta ahora hablarte de otra cosa que me interesa tanto ó mas que si fuese propia, y ésta concierne á mi amada Primitiva.

Sé la impresion que esta hermana de mi alma ha causado á tu primo, porque además de no disimularla, se lo ha dicho á Cárlos, así como te la ha escrito á tí. Ahora te hablaré, como deseas, de la que ella recibió. Ese corazon, trasparente aun como el cristal, no oculta sus mas leves impresiones. Sabes que su prolonganda infancia no ha sido deslustrada por esos

amores anticipados, ridículos, fingidos y raquíticos, que á pesar de su insignificancia y superficialidad, desfloran las primicias del corazon, distraen la aplicacion necesaria para acabar la educacion de una jóven, impiden que se madure la razon, y crean los vicios de la vanidad, del disimulo y de la competencia, que aquella no puede aun refrenar. Para conservarla niña, Primitiva no ha sido acostumbrada á ir á las diversiones; tampoco se la ha privado de todas, para evitar tanto el engreimiento, como el no dar lugar al incitativo de la fruta prohibida; pero las ha disfrutado escogidas y con moderacion. Bien guiada y siempre vigilada, Primitiva es, en toda la estension de la palabra, una jóven bien educada; es alegre, sin ser frívola; inocente, sin ser simple; viva, sin ser atolondrada; instruida, sin pretensiones; bonita, y sabiendo que lo es, pero sin ser presumida; vehemente, pero contenida, sobre todo dócil y verídica, cualidades que son la piedra fundamental de toda buena educacion. Así es, que su educacion, unida á su carácter que es aniñado, han alejado de ella hasta ahora todo pensamiento de amor. Siempre he temido á las primeras impresiones que recibiese ese inmaculado corazon, porque sabia que serian profundas y vehementes, y he rogado á Dios que se las causase un hombre que la mereciese, y fuese por lo tanto acreedor á que aprobasen nuestros Padres la eleccion de su hija.

Cuando llegó, ví brillar en los ojos de Félix la admiracion que le causaba esta hermana de mi al-

ma; y cuando la ví á ella por vez primera, bajar los suyos, turbarse y concentrarse su activa y móvil alegría, comprendí que iban á amarse, y que debian amarse. Gradué que ella iba á ser el último y estable amor de ese Félix, que tan ambulante y tan alegremente ha pasado los primeros años de su juventud, y que él iba á ser el primero de mi Primitiva.....; primero y último, Luisa! porque solo una vez debe amar la mujer afortunada á quien no dejan sola la inconstancia ó la muerte; que la jóven que comprende y conoce la inconstancia, profana su corazon!

Félix en los dias que estuvo aquí, buscó siempre el lado de mi hermana, la acompañó á todas partes, y aunque no la habló de su amor, porque si lo hubiese hecho, de cierto ella me lo hubiese dicho; pero se lo demostró tan patentemente que ella no pudo dudarlo. Por mi parte, á pesar de las marcadas preferencias de las que fué objeto por parte de tu primo, ni una broma la dí. ¿A qué despertar con ruido al que despertará suavemente por sí? Aunque me digas, como en otras ocasiones, que exagero, te confesaré que esas bromas sobre amór, dadas con tanta ligereza, me chocan mucho, porque ofenden el pudor de los sentimientos secretos del corazon.

Partió Félix, y el dolor de Primitiva fué tan acerbo, que al ver las lágrimas que inútilmente trataba de reprimir, sentí correr las mias y estuve muchas veces tentada de estrecharla contra mi corazon y decir-

la: «¡te ama!» para que no sufriese el dolor que pocos dias ántes destrozaba mi corazon. Pero me contuve, porque no tenia evidencia de los sentimientos de tu Primo, y menos de la estabilidad que pudiesen tener.

Ayer recibió una carta mi Madre; la abrió, y vió que era solo un sobre, que contenia una carta dirigida á mi hermana.

—¿Qué es esto? dijo mi buena Madre, tan falta de malicia que le roba toda penetracion.

—Será de Teresa, repuso Primitiva. ¿Por qué no me habrá escrito en derechura como hace siempre?

Mi Madre le entregó la carta.

—¡Ay! esclamó Primitiva al tomarla, ¡no es letra de Teresa!

—Abrela, la dije; y verémos de quien es.

Primitiva rompió el sello y la abrió, pero apenas hubo mirado la firma, cuando el mas vivo carmin se estendió por su rostro, que al momento despues palideció, quedándose blanco como la azucena, sus manos temblaron, y dijo con voz que apenas pudo ser oida: ¡es de Félix de Vea!

—Y bien, dijo mi Madre á la inmóvil niña, ¿por qué no la lees? Diciendo esto, los ojos de mi pobre Madre se llenaron de lágrimas; habia comprendido; á un tiempo desgajaban del árbol sus dos ramas! ¡Pobre suelo que criára la flor que una mano extraña se apropiará! ¡Válgame Dios, Luisa! ¡Qué haya tanto encomio, tanta admiracion y tanta gloria para un

buen General, un hábil gobernante, un diestro facultativo, un cantante, un torero..... y no haya en los labios de los hombres ni un elogio siquiera para la buena Madre de familia, el tipo más heróico, más respetable, más simpático y más ideal de la humanidad, que queda desapercibida como la bendita espiga en los campos de batalla! ¡Ay Teresa! el corazon de sus hijos debe indemnizar á las Madres, de la punible indiferencia con que el mundo las vé cumplir su grande y noble mision!

Primitiva, que miraba la carta sin leerla, vaciló, clavó sus ojos en mí, y con un rápido impulso se echó en mis brazos diciendo:

—Léela tú, hermana.

En seguida escondió su cabeza en mi hombro mientras yo leia.

«Primitiva, yo os amo, os amo con una pasion, un entusiasmo, una ternura y un respeto, que me hacen temblar al aspirar á una felicidad de que no soy digno, suplicándoos que me otorgueis el que á vuestros Padres os pida por compañera de mi vida.

»Aguardo vuestra respuesta, para volar á vuestros pies, y daros las gracias si es favorable, ó para volver á expatriarme en caso de que no lo sea.

»Felix de Vea.»

—¿Y bien, qué dices? preguntó mi Madre á Primitiva, que seguia ocultando su rostro en mi seno y

lloraba, y viendo que no contestaba, añadió:—¿Pero qué motivo hay para llorar, criatura? No veo que te pueda ni ofender ni afligir el que te quiera Félix de Vea. Por buena que sea la boda, bien sabes que no entra en las idéas de tu Padre, y por consiguiente en las mias tampoco, el forzar las inclinaciones de nuestras hijas; si no quieres á Félix á pesar de su mérito, y de ser un partido tan brillante, se rehusa, y santas pascuas!

—Madre, yo no rehuso, dijo Primitiva; no sé si la boda es brillante ó no: pero sí creo..... que amo á Félix.....

—¡Angela María! exclamó mi Madre; ¡acabáramos! Pero si lo quieres..... ¿me harás el favor de decirme á qué viene ese llanto?

Primitiva levantó su cara inundada de lágrimas, pero las que iba borrando la sonrisa como el arrebol de la mañana las estrellas, y dijo echándose en sus brazos:

—¡Lloro..... lloro, porque si me caso nos separaremos!

—¡No lo permita Dios! contestó mi Madre cubriéndola de cariños, ¿acaso no viviremos en el mismo pueblo? Pero ahora, hija mia, piensa en tu respuesta.

—¡Yo!..... ¡yo escribirle! exclamó Primitiva, no, no; no sé..... no puedo y no quiero.

Yo dije á mi Madre, que exclamaba que á qué se habia gastado tanto dinero en su educacion, y man-

dado venir una aya de Francia, si á la primera ocasion que se le presentaba de escribir una carta, salia diciendo que no sabia hacerlo, que la respuesta no corria prisa, y que era necesario que una jóven para dar el sí no se mostrase tan apresurada.

Dos dias despues pude conseguir que Primitiva contestara; pero rompió cuantas cartas escribió, unas por cortas, otras por largas, otras por tontas, otras por frias; y acabó por echarse á mi cuello, suplicándome por nuestro cariño que le contestase yo en nombre de ella, lo que he tenido que hacer por complacerla y sacarla de sus apuros. Espero que Félix será bastante delicado para apreciar ese velo de modestia que el mismo amor tupe y borda con perlas. Te copio mi carta á tu primo.

«Mi hermana Primitiva ha querido contestaros »para otorgaros el permiso que le pedís; pero cada »vez que lo intenta, la pluma se le cae de las manos, »y esconde su encendido rostro en mi seno.

»Si este rubor que la retiene trémula al dar el »primer paso en la vida, aunque esta le sonría, os »contraría, venid á mitigarlo; que ayudado por el »tiempo, lo conseguiréis.»

Ahora, Luis mia, quédame que pedirte excusas por una indiscrecion que he cometido; no he podido ver el entrañable cariño que tiene por tí tu primo, sin haberle comunicado tu casamiento; no quiero que creas ha sido mi Madre la delatora, pues no ignorarás que la tuya se lo ha escrito. Me dijo entón-

ces Félix que te escribiese, que habia hallado en Bornos entre otras cosas buenas, la solucion del enigma que tanto ha buscado; el último tomo de la obra incompleta y la etimología de tu insensiblidad para con el apreciable Mister Sterling. Añadió que te pondria en la Historia natural; á lo que repuse que yo pondria á Felipe, y convinimos en que haríais una pareja, si no tan novelesca, mucho más simpática al corazon que no Eloisa y Abelardo.

SERAFINA.

CARTA XXVIII.

PRIMITIVA A TERESA.

Bornos 15 de setiembre.

¡Teresa mia! Me llamas poco franca porque no te he escrito que tu primo Félix me amaba; ¿acaso lo sabia yo? Para distinguir con seguridad lo que en los hombres es amor ó galanteo, sentimiento ú obsequio, es necesario aguardar á que el tiempo y las pruebas los deslinden; ¡harto presente tenia el falso amor de Alejandro! Ahora que Félix ha probado la sinceridad del suyo, puedo decirte sin lastimar mi recato de jóven, ni ofender mi delicadeza femenina, que yo tambien le amo, y es tanto..... tanto, que la mas corta ausencia me entristece como una desgracia.—¡Pero qué mucho, si el amor con ser tan dulce, es triste! Mi alegría se ha dormido desde que ha despertado mi corazon, como calla el ruidoso gorgeo de los mil pajaritos del monte cuando en el valle comienza el ruiseñor su cantar divino.

Le amé porque conocia, sentia y sabia que él me amaba; pero su ida sin promesa de regreso, me hizo dudar. ¡Ay Teresa! ¡qué punzante dolor sentí cuando pude creer que no volveria á verle! ¡Jamás pensé que pudiese arrancarme lágrimas tan acerbas sino la muerte de mis Padres!—Nunca habria sabido nadie que las causaba un amor desatendido, porque hay un sentimiento instintivo en la mujer, que hace conocer á la menos culta, que en el amor la mujer que toma la iniciativa, sale de su esfera femenina, tiene en poco el recato y el decoro de su elevado ser, y trueca en desfavor suyo el giro con que la misma naturaleza la enaltece, haciendo de su otorgamiento y correspondencia un favor apetecido y rogado por el hombre; y esto la desprestigia hasta sus propios ojos.

Así fué, querida Teresa, que en aquellos crueles dias y dolorosas noches, velé *mas que las estrellas* (1), lloré mas que las nubes, ¡pero callé!..... como el arroyo que cuaja el rigor del frio Otras lágrimas sucedieron á aquellas cuando llegó la carta en que Félix se ofrecia á ser compañero de mi vida; pero Teresa, una alegría que llora, es una alegría solemne y pura, pues al pasar al través de estas aguas del corazon, se ennoblece y dulcifica. Ya vés que tengo el corazon tan conmovido que todo me impresiona; así no he podido menos de conocer que este no es tierno hasta que lo ablanda el amor, ni es blando hasta que

(1) Byron.

lo enternecen las lágrimas, y por eso será tan general la crueldad en los niños y en los idiotas.

Suelto la pluma, porque te vas á burlar de mi carta, y á llamarla melancólica, y no concebirás que la haya escrito tu alegre y atolondrada amiga Primitiva, que tanto se ha burlado de la melancolía. Pero era de la enfática, negra y desconsoladora, esa ficticia hija que la afectacion atribuye al corazon; la mia es suave y rosada, como los arreboles que preceden á un hermoso dia. Además, Teresa, la vida nos va enseñando muchas cosas, y una de ellas es á no decir nunca: «de este agua no beberé.»

Dicen, y dicen bien, que el amor es un egoismo entre dos.—Por hablarte de mí y de Félix, he omitido hasta ahora hacerlo del fausto suceso que nos tiene á todos tan llenos de satisfaccion, y es este el enlace de Serafina y de Peñareal. ¡Si era preciso que así sucediese!—¿Te acuerdas que yo fuí la primera en descubrir la simpatía que entre ellos existia, y en hacérsela notar á don Pio, que no quiso reconocerla, como que no era una calentura que salia al pulso y se curaba con quina?—Segun colijo, por lo que he oido ahora, Alejandro abandonó á mi hermana porque llegó á comprender que no tenia dinero, y Cárlos Peñareal no la solicitaba, amándola, porque creia que lo tenia. ¡Válgame Dios!..... ¡que piensen los hombres en el dinero, para querer ó dejar de querer á una mujer! ¿No es esto verdaderamente ridículo?

En el feliz desenlace de todo esto creo que ha

hecho Félix el papel de buen ángel; cuando se le dice, responde que en recompensa Dios le ha concedido para su felicidad, el hallar aquí el tipo real del papel que representaba.—Félix, dice Serafina que vendrá mañana..... ¡pero ahora está á catorce leguas de aquí!—Vuelvo sin querer, á hablar de tu primo, y suelto esta pluma que no quiere obedecer á mi voluntad, sino seguir los impulsos de mi corazon.

(Tres dias despues.)

¡Teresa!..... ¡ha venido..... y con mi Padre!—¡Tres dias han pasado como tres ligeros pájaros de brillante plumaje, en los que todo lo he olvidado, hasta el escribirte! ¡Perdónamelo, Teresa, en vista de que no es por falta de cariño! es porque no me deja tu primo, que siempre busca pretestos para quejarse de que no le amo como él á mí: será porque sin poderlo remediar, estoy á su lado callada y retraida. ¡Pues qué!..... ¿no conoce que no lo estaria tanto, si le quisiese menos? Hoy me decia tantas veces que no era expansiva, y que era esto por falta de amor, que al fin le contesté, que si me fuese á casar con don Pio, lo seria; pero que con él no me era posible serlo; y que agradándome él y no agradándome don Pio, no debia ser la expansion una prueba de agradar.—Debí atinar en mi vindicacion, porque se rió mucho, y se quedó muy satisfecho.

Peñareal, á quien quiero ya como á un hermano,

está tan feliz, que se ha hecho chancero.—Me dice que he convertido á Félix en un dia á las buenas ideas sociales, no habiendo podido él en muchos años convertirle á las buenas ideas politicas; por lo cual debe la amistad ceder al amor en punto á proselitismo. Por lo visto Félix no queria casarse nunca: le he dicho que siento que por mi causa haya desistido de su proyecto, que habria tenido la plena aprobacion de las amas de llaves.—Tambien me embroma Peñareal con que Félix está loco por mí, á lo que le contesto que me alegraré que sea cierto, y que se cumpla el referido refran de que la locura no tiene cura.—En fin, Teresa mia, ¿qué mas te diré? que al ver á mis Padres tan contentos, á Félix tan enagenado, y al sentirme tan dichosa, te aconsejo si quieres conocer la felicidad, que ames. Pero para que sea cumplida como la de Serafina y la mia, ama de manera que cuando des el sí al hombre que va á ser tu compañero, sea mientras tu Madre te abrace y tu Padre te bendiga.

PRIMITIVA.

P. D. No quiero cerrar mi carta sin referirte la impresion que causó á nuestros tertulianos cuando mi Madre se la comunicó, la noticia de mi casamiento. Don Pio puso mal gesto diciendo: ¡qué!. ... ¡se casa!..... ¡muy niña es vd. para casarse!—¡Vaya! ¡que ese casamiento no ha bajado como los otros, sino caido del cielo!—¡Vamos! ¡si hoy dia todo va por la posta!

Ya no es el tiempo un venerable anciano, como siempre se le ha representado, sino un caballo inglés de carrera.

Don Bonoso no dió ninguna señal de sorpresa, de agrado ni de desaprobacion, y me dijo con su impasible y monótono modo de producirse:—Sea enhorabuena. Deseo á vd. muchos años de prosperidad, felicidades, alegrías, etc., etc.

En cuanto al Comandante, aseguró que si hubiese tenido cuarenta años menos, no se habria llevado don Félix de Vea la mas bella gala de Bornos sin que él se la hubiese disputado.

Yo pensé, sin decirlo: ¡Oh inapreciables cuarenta años!

Tambien te diré que Félix ha comprado la casa en que vivimos, y me la ha regalado, para que vengamos todos los años á pasar el estío con Serafina y Cárlos. Como puedes pensar, lo primero que ha hecho es subir su salario al buen tio Miguel y á la tia Belica, que bendicen este verano como el mas venturoso que han conocido en Bornos.

CARTA XXIX.

DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO A SU HERMANA MARIA, MONJA DESCALZA.

Bornos 4 de setiembre.

Querida hermana: Me alegraré que al recibo de ésta te halles en la mas cabal salud; yo sigo buena, así como toda mi familia, para lo que gustes mandarnos.

Esta se dirige á participarte cómo las dos niñas tratan de ponerse en estado, y es á satisfaccion de Prudencio y mia; por ser ellos personas que no se las desmerecen. Pídele á Dios, hermana mia, que tengan acierto en su eleccion, y que sean felices en su matrimonio, como, gracias al Señor, lo he sido yo.

Aunque nada tengo que oponer á estas bodas, me meto por los rincones á llorar, sin que nadie me vea, porque no quiero con mis lágrimas aguar sus satisfacciones; pero considerarás, hermana de mi corazon, lo sola que me quedo. Verdad es que tengo á

mi marido, ese compañero bendito que Dios me ha dado; pero quedan en la casa dos cuartos vacíos, en la mesa dos asientos desocupados, y á mi lado echaré á todas horas de menos á la hija discreta y prudente que era mi confidenta y amiga, y á la niña cantadora y risueña, que era la alegría de la casa! Su Padre está contento y sereno; pero alguna vez, cuando nos miramos, se acerca á mí, y secándome las lágrimas con su pañuelo, me dice: «¡Mariana mia, la felicidad de ellas es la nuestra!» Tiene razon, como siempre, hermana mia; pero es muy triste que despues de haber criado á sus hijas con todo esmero, y cuando van pagando los cuidados y desvelos que han costado, venga un señor con sus manos lavadas..... ¡y se las lleve!

Es cuanto tengo que decirte; pronto nos veremos, porque regresamos á esa la semana que viene. Tus sobrinas me encargan muchos cariños para tí. Darás espresiones á la Madre abadesa y á la comunidad, y díles á todas que rueguen á Dios para que sean felices mis niñas, y tú manda lo que gustes á esta tu hermana que mucho te estima y verte desea.

MARIANA.

Recibirás esos canastos de fruta, que es la mejor que se ha hallado, y esas gallipavas, que son de casta muy ponedera.

CARTA XXX.

AL LECTOR DE ESTA NOVELA.

DON PRUDENCIO VILLALPRADO Y DOÑA MARIANA LA RIVA DE VILLALPRADO, *partic pan á V. el enlace contraido por sus hijas* SERAFINA Y PRIMITIVA; *la primera con don* CARLOS PEÑAREAL, *y la segunda con* don FELIX DE VEA; *deseando merezca su aprobacion.*

FIN.

LADY VIRGINIA.

NOVELA

POR FERNAN CABALLERO.

LADY VIRGINIA. (1).

En una de las calles de Lóndres de las que desembocan en Piccadilly, ante una de las casas, que, sencillas en su exterior y ricas en su interior, cobijan á la Nobleza Inglesa, paróse, al cerrar la noche una pequeña berlina, de la que se apeó un Caballero anciano, que con aire grave y preocupado subió las alfombradas escaleras, siendo saludado por los numeroso lacayos que encontraba á su paso, con ese respeto qce allí engendra la buena enseñanza, y constituye la finura de los sirvientes.

A este respeto se añadia en ellos una marcada espresion de benevolencia, la que indicaba que la persona que subia, era íntima en aquella casa, y bien

(1) Lady es un título que llevan las mujeres de los Lores ingleses, con su apellido ó título si lo tienen, y que gastan todas las hijas de títulos antes de su nombre de pila, aun en el caso de que se casen con particulares que no le tengan.

vista de todos sus moradores. El último lacayo que encontró, le precedió á la antesala, abrió la puerta del salon, anunció al que llegaba, se apartó respetuosamente para dejarle pasar, y volvió á cerrar.

La sala en que entró el anunciado, aunque bastante espaciosa, no lo parecia, merced á la multitud de muebles y objetos de lujo, que en ella se aglomeraban en estudiado desórden. Mesas redondas cubiertas de ricos tapetes que colgaban casi hasta el suelo, y sobre las que se ostentaba profusion de libros soberbiamente encuadernados; juguetes y objetos raros de incalculable valor; un *bureau* de laca del Japon, en que se hallaba un magnífico tintero de cristal y oro, coronado de un sello de las mismas materias, que por emblema tenia grabado un corazon traspasado por un puñal; jardineras llenas de las flores mas bellas; un magnífico piano y un harpa, butacas, otomanas, todo este cáos de espléndida riqueza deslumbraba la vista, que la costumbre de verlo en otras muchas casas no habia familiarizado con él.

Las paredes se hallaban cubiertas por una colgadura, formada alternativamente de paños de raso celeste y blanco, sujetos en su parte superior, por argollas doradas, á una vara, dorada tambien, que rodeaba la habitacion, y estaban guarnecidos en su parte inferior por un fleco de pasamanería de anchos caireles, de los mismos colores del raso, parecidos á los que forman las charreteras de los militares. Las

cortinas hermanaban con la colgadura, caian sobre puertas de hechura gótica y de brillantes cristales, como los de los espejos, y estas comunicaban á un largo balcon que daba á un jardin, cuya vista era interceptada por preciosos trasparentes.

Atinado era, por cierto, impedir la vista de aquel jardin en la estacion que se estaba. Los árboles despojados de sus hojas y ennegrecidos por la humedad hallábanse cubiertos en la parte superior de sus ramas por la nieve, mientras la inferior permanecia descubierta, de manera que aparecian cual negros esqueletos desgarrando sus blancas mortajas. El césped yacía bajo la nieve, que cual losa sepulcral le cubria. La atmósfera la componia una densa niebla que se estendia y alzaba en la altura, interceptando la vista del cielo.

En el testero del salon, en una chimenéa de esculpido mármol y hornillo ó *grate* dorado, ardia una brillante hoguera de carbon de piedra. En uno de los mullidos sillones que á su lado se hallaban, estaba sentada la dueña de aquella espléndida morada. Su edad, que podia ser de cuarenta y cinco años, era al parecer muy disminuida por una admirable naturaleza, unida á una extraordinaria hermosura, efecto á que contribuia la influencia de aquel clima, y el esmero y elegancia en el vestir, que, sin que á veces tengan parte alguna en ello, ni el deseo inmoderado de agradar, esto es, la coquetería, establece en aquellas esferas la costumbre, y hacen necesaria las exi-

gencias del gran mundo, á aquellos que por gusto ó por precision alternan en él.

Vestía esta Señora un traje de terciopelo de color de granate subido, y cubria sus brazos una profusion de encajes de Flandes, que partian de su manga corta. Una berta de estos mismos encajes adornaba su escote, y sobre su garganta quedaba confundido el blanco de aquellos con el de su albo cútis. Parte de su magnífico cabello rubio dividido sobre su frente, se unia formando torcido sobre sus orejas, al de detrás, que hecho un rodete, hallábase cubierto por una red de granates, cuyas borlas caian sobre su nevado cuello. Entre las ricas pulseras que adornaban sus brazos, se ocultaba una más sencilla que las demás, formada de una cadena de oro, cuyos estremos se unian por un corazon de rubíes atravesado por un puñal de brillantes: de manera que á haber sido esto en España, que ostenta los emblemas de su fé y de su devocion, hubiérase podido atribuir este repetido símbolo, que lo es de la Vírgen del Mayor Dolor, al escudo con que, en muestra de amor y adhesion, se condecoran sus amantes devotos.

Mas no era esta la causa que movía á usarlo, á aquella decidida anglicana, que sin conocer la verdadera Religion, y solo por imitacion, rutina, orgullo de raza, y rencor á los pobres Irlandeses, ó por demostrar superioridad, segun ella lo entendia, era de las Señoras más ostensiblemente afiliadas en el partido anti-católico.

Nunca se ostentó la altivez más erguida, á la par que más noblemente, que en aquella mujer, sobre la cual con pródiga mano habia derramado la suerte sus dones. Despues de haber recibido de ella una ideal belleza, nacida en cuna de plata, y desposada en tálamo de oro, habia unido esta Señora á su corona de Marquesa, otras de más valor, por la cultura de su superior talento y por la dignidad de su reconocida virtud. Lady Virginia no tenia hijos, pero no se sabía si consideraba esto como una desgracia, porque jamás, ni remotamente, tocaba este asunto. Decíase empero, entre sus *amigas*, que la frialdad de aquella hermosa estátua de alabastro, no solo la habia libertado de toda pasion, sino tambien de todo afecto; por lo que no notaba la falta de los goces que estos ofrecen al corazon, y que caso de esperimentar algun sentimiento, no lo ocasionaria el echar de ménos los goces del cariño de Madre, sino el verse privada de un heredero directo de la noble y poderosa casa de Arnim.

—Buenas noches, Doctor, dijo la hermosa Señora al recien entrado, alargándole su blanca mano; me olvidais sin piedad y sin remordimiento.

—Lo que prueba que vuestra salud es la más inalterable de las cosas buenas, contestó el Doctor, que no obstante, pulsó con evidente atencion la mano que aquella le habia presentado.

—¿Cuándo ha necesitado Hebe á Esculapio? dijo el jóven Sir Harry Saint Albert.

—A las Señoras agrada ser compadecidas, intervino el General Holms; la compasion es un mimo.

—Por fortuna, repuso Sir Harry, Lady Virginia no tiene otro motivo por qué ser compadecida, que el de no tener ninguno.

—¿Y le parece á Vd. poco, contestó la Señora; el haber visto rechazada en la Cámara de los Lores la mocion de mi Marido en contra de los Católicos? La indiferencia por todo interés *moral*, que entre nosotros origina la preponderancia de los intereses materiales, acabará por vulgarizar y rebajar á nuestra noble y culta Inglaterra, al nivel del cotarro Americano.

—Señora, el Soberano que reina hoy dia con todo despotismo, es Jhon Bull; solo sus cortesanos obtienen popularidad; repuso el General Holms.

—Supongo, preguntó Sir Harry, que iréis esta noche en casa de la Duquesa de Wansbeck, Lady Virginia?

—¡Oh! Ciertamente, contestó esta; declamará la Rachel y tocará Listz: no faltaré.

—Soy de opinion que no vayais, dijo en tono moderado el Doctor.

Lady Virginia fijó en el que habia hablado una rápida é investigadora mirada, pero sus labios pronunciaron sonriendo y en tono placentero:—sois cruel, Doctor.

Los concurrentes asaltaron al Facultativo con reconvenciones, y trataron de que revocase su fallo; pero él se mantúvo en su opinion.

—Desde las carreras de Highmarket, dijo, contrajo Lady Virginia un constipado que no ha querido cuidar, y que se ha convertido en una pertinaz irritacion de la sangre, que hará quizás necesaria una evacuacion.

—En cuanto á no salir esta noche, repuso Lady Virginia, os complaceré, Doctor; en cuanto á tocarme á la sangre, nó; y si sospecho que os inclinais el sistema de Broussais, perderemos las amistades. Contentaos con el sacrificio que hago en no ir á casa de la Duquesa. Como buen Católico sois inclinado á él, y le encontrais quizás dulzuras ascéticas que no están al alcance de mi comprension ni en la esfera de mi sentir.

—Si hubiéseis tenido hijos, repuso suspirando el General Holms, comprenderíais el ánsia y la dulzura que inspira el sacrificio.

Una palidez mortal se extendió sobre el rostro de Lady Virginia, que no pudo ser notada porque en aquel instante entró el Marqués acompañado de otros amigos, y poco despues se hallaban todos reunidos alrededor de una mesa, cuyá explendidez sobrepujaba á cuanto puede la imaginacion crear y reunir en sus más exageradas pinturas. El brillante alumbrado todo lo hacia resplandecer, el oro, la plata, el cristal, como lo hace la alegría en el corazon de que se posesiona. Los criados con sus ricas libreas, su calzon corto y su media de seda, cuidaban atentos de prevenir los deseos, puesto que aquella mansion parecia destinada á satisfacerlos todos.

El gasto que originaba aquel banquete tanto en las primeras materias como en las que el Arte y la Industria habian proporcionado para él, hubiese podido dar de comer por algunos dias á los pobres de Lóndres. ¡Anatema sobre el lujo! ¡Anatema sobre sus secuaces! Tal será quizás el grito que en su indignacion humanitaria lance algun filántropo superficial. —¡Bendito el lujo! decimos nosotros, tributo obligatorio del rico, á las manos é inteligencias que lo confeccionan; bella fuente que estimula al Génio, que sostiene la Industria, y que mantiene á miles de obreros! Si cesase el lujo, si faltasen los capitales que en él se invierten, ¿qué seria de vosotros miopes que lo censurais, siendo vuestra Providencia? Anatematícese, ridiculícese en buen hora la loca vanidad, que quiere igualar al que no tiene con el poderoso, y que menospreciando la honrada y tranquila medianía, pretende subir en zancos de este vicio dañino á esfera distinta de la que en suerte le cupo; pero no se confunda este punible y despreciable afan con la necesaria y equitativa esplendidez del poderoso, que por este medio hace circular sus magnas rentas, en lugar de atesorarlas.

Otros llamarán á los que, alrededor de aquella mesa disfrutaban de sus delicias, *los felices de la tierra*. Confesamos que se subleva nuestro corazon, y que se indigna nuestra razon, cuando oimos asociar, segun en el dia se hace, y como si fuera la cosa más positiva y más natural, la felicidad y la riqueza! No es por

cierto una razon moral ni religiosa, la que nos mueve á escandalizarnos de tan falsa y disparatada amalgama; es solo el sentido comun, ante el cual tan palpable se halla la falsedad de esta necia y vulgar opinion, que no nos detendremos en demostrarla; tanto más, cuanto que se desprenderá de los hechos que vamos á referir en este sencillo relato. Así, pues, descorramos un tanto la cortina de ficticia alegría, que anima á la encopetada reunion de aquellos á quienes la envidia de unos por hacerles odiosos, ó la buena fé de otros por cortedad de alcances, llama magistralmente los *felices*.

El dueño de la casa, Lord Arnim, sofocaba en demostraciones del humor más festivo y obsequioso hácia sus huéspedes, la escocedora y profunda herida que acababa de recibir su colosal ámor propio, no solo viendo rechazada su mocion, sino al considerar la manera inconveniente con que lo habia sido, habiéndolo hecho el grosero sarcasmo Whig objeto de las risas del Parlamento, á él, el más caballero y entonado de los Torys.

Entre las alegres chanzas sarcásticas y delicadas burlas que Sir Harry Saint-Albert vertia, como las nubes sus suaves y helados copos de nieve, no se vislumbraba que aquel otro *feliz*, tenia una aneurisma en el corazon, y que cada latido que en él sentia le gritaba al oido el terrible *de morir habemos* que aun á los anacoretas impone.

Otro jóven, sentado á su lado, reia alegre y más

animado que los demás; y nadie al verlo hubiese sospechado que en la noche anterior habia perdido al juego dos millones de reales, que le habia anticipado un usurero judío, y que este golpe completaba su ruina.

El general Holms distraia su mente con la narracion de divertidas anécdotas, del recuerdo de su hijo primogénito, heredero de su antigua y noble casa, el que despues de disipar enormes sumas que su Padre habia pagado imponiéndose para ello los mayores sacrificios, habia casado con una bailarina, á quien seguia en una vida aventurera de teatro en teatro, vergonzosamente mantenido por las piruetas de su ligera consorte.

El que hubiese podido percibir lo invisible, no hubiera visto en esta reunion de *felices de la tierra*, sino una sola frente serena, un solo corazon contento; y los hubiese hallado en el Doctor, que era cabalmente el único que no pertenecia á aquellos á quienes se da esta denominacion. Aquella mañana habia practicado con grande acierto la operacion de las cataratas, en que era consumado Maestro, á una pobre Madre de familia, que por causa de ellas se hallaba en la mayor miseria, y no solo habia devuelto la vista á esta desgraciada sin recibir estipendio alguno, sino que habia dejado á aquella desvalida familia un copioso socorro, tal como acostumbraba á hacerlo aquel excelente hombre, que en semejantes obras invertia sus pingües ganancias.

Sucedia, pues, que de cuando en cuando resonaban en el eco de su conciencia las bendiciones de aquellos á quienes socorria, como para alegrarla, satisfacerla y santificarla, produciendo en torno de su frente una auréola de tranquilo é íntimo contento, que Dios veia y los hombres presentian.

Lady Virginia, como mujer, era impenetrable.

Cuando concluida la comida los convidados á la reunion de la Duquesa se prepararon á marchar, preguntó Sir Harry á la Marquesa.

—¿Con que decididamente no venís, señora?

—No me quiero declarar en completa rebelion contra el Doctor, contestó la Marquesa. Determino renunciar á Listz y á la Rachel, si por su parte renuncia el Doctor á sus sanguinarios proyectos.

Todos prorumpieron en exclamaciones de sentimiento, y se dirigieron al Marqués para que interpusiese su influencia.

—Es inútil, señores, repuso éste; donde han sido vencidos Rachel y Listz, no venceremos nosotros. Además, con mi mujer, así como con mis amigos, he seguido la regla de no imponerles mi parecer, porque creo que el mejor modo de complacerlos es el de no contrarestar sus deseos ni su propia inspiracion.

Buenas noches, querida Virginia, añadió poniéndose en pié; Doctor, compensad á la Marquesa lo acerbo de vuestras prescripciones con lo ameno de vuestra sociedad.

II.

Apénas hubieron cerrado la puerta los que salian, cuando se operó un cambio tan repentino como completo en el semblante de la Marquesa. La sonrisa desapareció de sus bellos lábios y de sus serenos ojos, como desaparece de las flores la luz del sol cuando cubre el cielo una negra nube. Algunos segundos se mantuvo silenciosa, hasta que el ruido de las pisadas y de la conversacion de los que se ausentaban se extinguió completamente. Entónces con ahogada y azorada voz preguntó:

—¿Y bien, Doctor, teneis noticias?

—Alguna, aunque vaga.

—¿Cómo la habeis adquirido? ¡presto, hablad!..... ¿teneis carta?

—No. Pero habiendo llegado de Lisboa un compañero mio que ha permanecido en aquella capital

mucho tiempo, me apresuré á ir á verle, por si algo podia inquirir. Así fué que despues de las primeras palabras de bienvenida, le pregunté si habia visto á los pasajeros que iban en el último Vapor llegado allí. Me contestó que sí, porque comian todos en la mesa redonda de la posada inglesa. Seguí preguntándole si habia visto entre ellos á un jóven cuyas señas exactas le dí. Me contestó que efectivamente, un jóven de esas señas venia entre ellos, que se hacia notar por lo taciturno y altivo de su carácter. Teníale por vecino en la mesa, lo que le habia permitido observar lo extraño en una sortija que llevaba al dedo, y que formaba un corazon de rubíes atravesado por un puñal de brillantes.

—¡El era! exclamó con anhelante respiracion Lady Virginia.

—¡Qué imprudencia la vuestra, Señora! prosiguió el Doctor, ¡haberle dado esa sortija!

—¡Es el emblema de mi vida y de mi amor!

—¡Por lo mismo! dijo con pena el Doctor, que prosiguió en estos términos: Preguntéle si permanecia aquel pasajero en Lisboa, á lo que me contestó que creia que nó, toda vez que despues de la salida del Vapor no habia vuelto á verle.

—¿Pues dónde podrá haber ido? exclamó agitada la Marquesa, ¿á Cádiz?

—¿Cómo quereis que se sepa, cuando despues de tocar en Cádiz, prosigue el Vapor su viaje haciéndolo en otros muchos puntos?

—Doctor, mandadme los aires del Mediodía, exclamó la Marquesa, mandadme ir á Cádiz..... partamos.

—¡Lady Virginia! ¡lady Virginia! ¿qué decís? repuso alarmado el Doctor. ¡Cómo! ¿vais á destruir en un momento el fruto de toda una vida de abnegacion, de vencimiento y de disimulo?

—Sí, porque mis fuerzas se han agotado; ¡sí! porque jamás me ví, ni pensar pude que llegaria á verme en el terrible trance en que me encuentro, de tener que temblar por la vida de mi hijo!

—¡Sois tambien esposa, señora! ¡y temblad ante la idea de destruir la felicidad de un hombre como Lord Arnim!

—¿Y creeis que la cifra en ser un marido amado?

—Cifraría al ménos su desgracia en haber sido toda su vida un marido engañado.

—¡Ay, infeliz de mí!..... ¡infeliz de mí! exclamó cruzando convulsivamente sus manos la Marquesa. ¡Oh! ¡nunca! ¡no, nunca fué una debilidad más cruel é injustamente castigada!

—¡Una debilidad! murmuró con acento de suave, pero severa reprension el Doctor.

—¿Y qué otra cosa tengo que echarme en cara? ¿y si culpa hubiese, no creeis que el Marqués tenga su parte en ella?

—Lady Virginia, repuso el Doctor, perdonad la honrada franqueza de vuestro mejor y más antiguo amigo; faltas hay que nada disculpa. Además el Mar-

qués ha sido siempre irreprensible en su conducta; su felicidad y su honor deben seros sobre todo caros.

—¡Ficticios ambos! dijo con acerba ironía la Marquesa.

—Que cuando llegue á saberlo sea en aquella esfera, en que las culpas lavadas con lágrimas no dejan rastro. En la mezquina esfera en que vivimos, no puede, no debe saber nada; y repito que su felicidad y su honor deben seros sobre todo caros.

—¿Más que un hijo? pedís lo imposible, Doctor!

—Un hijo que no podeis reconocer...

—Es que lo haré.

—¡Calmáos, señora! Estais demasiado exaltada para poder discurrir con acierto. Un escándalo nada remediaría, y solo seria un precipicio en el que, si cayéseis, no caeriais sola.

—¡Ah Doctor! exclamó en el más profundo abatimiento Lady Virginia: cuando recapitulo mi vida, esta existencia mísera encerrada en una red de oro, al parecer fria, tranquila y feliz, pero que en realidad reasume los tormentos del Orco!..... ¡los de Tántalo, viendo á ese hijo que tanto amo, sin poder gozar de su cariño; los de Sísifo, volviendo cada dia á emprender mi tarea de fingimiento y de mentira; los de Prometéo sintiendo devoradas de contínuo mis entrañas por el dolor de lo pasado y por las angustias de lo porvenir! Cuando considero esto, íntimamente persuadida de que no soy acreedora á tan-

to padecer, me tengo por una criatura maldita, en la que un injusto Destino ceba su saña cruel, y esto me indigna é irrita hasta la desesperacion!

—Si fuéseis católica, Lady Virginia, dijo el Doctor, doblaríais vuestra cerviz, diríais ¡PEQUÉ, SEÑOR!..... y el Señor os consolaría.

—¿No pensais, Doctor, repuso con amargura la Marquesa, que un poco de compasion seria un bálsamo eficaz para tan destrozado corazon?

—Yo os compadecería más, señora, si vos os compadeciéseis ménos; os creeria ménos culpable, si vos misma os culpáseis más.

—¡Pues qué! vos, que tan prácticamente conoceis el mundo, ¿creeis tan fácil resistir á las pasiones?

—No lo creo fácil; pero lo creo posible; y, sobre todo, creo posible y fácil el no exponerse á sentirlas.

—¿Cómo?

—Evitando las ocasiones que las engendran y alimentan.

—No es eso á veces posible.

—Todo lo bueno y prudente es posible, Lady Virginia. Jugamos con el fuego, á veces le echamos combustible; ¡y despues nos quejamos de que nos queme y consuma! Si quitásemos al fuego aire y alimento, en lugar de levantar llama, se apagaría. Pero muchas prefieren ser heroinas á sencillas mujeres honradas; el oropel al oro; el brillo al peso; y este es el

gran error del juicio femenino, el fatal cebo de su vanidad.

—Doctor; repuso la Marquesa, si no estuviese tan persuadida de la bondad de vuestro corazon, os creería cruel. Casada á los diez y ocho años con un hombre que amé, lo confieso (porque es un vulgar é infundado aserto que no tomaré por disculpa, el pretender que no se ha amado ántes de sentir una funesta é ilícita pasion); amé, pues, digo, á mi marido, que por todos conceptos merecia ser amado y preferido. Pero, á poco de casados, fuí abandonada por una rival más feliz, por la política que absorbió á mi marido hasta el punto de no dejarle ver ya en mí su amante, la mitad de su sér, la ilusion de su vida, sino solo el auxiliar de sus planes; no su compañera, sino su agente y asociada; la mujer quedó abandonada.

—¿Es eso disculpa? dijo con dulzura y cariño el anciano amigo y confidente de la Marquesa. ¿Es acaso el amor conyugal de tal calidad que no pueda resistir sin la correspondencia? en ese caso seria el último y ménos constante de los amores; si así fuese, se rebajaria ese santo sentimiento al nivel del simple amor de atraccion, de esa bella, pero efímera pasion, que nace sin reflexion, vive sin ternura, y muere de hastío, y que ha merecido ser definida; «un egoismo de dos.» La Madre no sustituye otro amor al que siente por un hijo ingrato, bien lo sabeis.

—Lo que decís, Doctor, repuso la Marquesa con reprimida incomodidad, será muy moral, elevado y perfecto; pero no estamos en ese terreno. El alejamiento de mi marido fué el que engendró el mio. La mujer, como la yedra, se apega al árbol á que está unida. Si éste no la retiene, se desprenderá, caerá al suelo sin fuerza y vejetará lánguida, ó se dejará arrastrar por el impulso que le dió naturaleza, á enlazarse á la rama que otro árbol le presenta.

—Marquesa, repuso el Doctor, lo que decís es una comparacion poética, pero no exacta. La yedra sigue los impulsos de la naturaleza, como observais, pero á la criatura humana no deben regirla *impulsos* nacidos del instinto, sino la voluntad, hija del alma.

—¡Ah Doctor! exclamó con amargura la señora, si Dios y el mundo son tan inexorables conmigo como vos.....

—El mundo que no tiene piedad, lo será mas, Marquesa; pero Dios, el Dios de las misericordias, lo será ménos, cuando en lugar de disculparos, os culpeis.

—Eso es lo que nunca haré: repuso con orgullo Lady Virginia, Dios ha puesto el hermoso sentimiento del amor en el corazon de la criatura, no para que lo combata, sino para que lo goce.

—Dios ha puesto el sentimiento del amor en el corazon del hombre, para formar los santos lazos de la familia, no para disolverlos: así como le ha dado el vino para salud y contento, no para que con él se

embriague; los animales para que le sirvan y acompañen, no para que los desprecie y maltrate. El abuso de los dones de Dios es una espantosa fuente de incalculables males.

—Ello es, que en nuestro mútuo alejamiento, mi marido tomó la iniciativa, dijo la Marquesa.

—No disculpo al Marqués, repuso el Doctor, aunque su infidelidad fué inocente, porque no dejó de amaros, sino de demostraros su amor.

—¿Y es poco? exclamó Lady Virginia; el amor que no se demuestra, es un capital que no da réditos, una esencia evaporada, un crédito nominal. Fué Lord Arnim encargado de una mision importante en el Extranjero; quise acompañarle, y se negó á ello, exigiendo de mí que me fuese al campo, á nuestra residencia feudal, y trabajase en su reeleccion con los *country-gentlemens* (nobleza de Provincia) sin perdonar medio alguno para ganarme sus simpatías y captarme sus voluntades en favor de su eleccion, fuertemente disputada por el partido Whig. Me recomendó muy particularmente que estrechase relaciones con una familia podorosa y considerada en el país, cuyo hijo, que ejercia grande influencia, estaba á la cabeza de los que deseaban la eleccion de su contrario. Seguí las instrucciones de mi marido con tanto mas gusto, cuanto que las señoras de aquella familia eran lindas y amables, y desde luego sintieron por mí una amistad que rayaba en entusiasmo.

Cuando llegó el hijo, que habia estado ausente, se

resintió con su familia, y en particular con sus hermanas, de que hubiesen favorecido, inclinando á ella á sus amigos y arrendadores, la eleccion de mi marido. Ellas se disculparan con que era imposible resistirme; rióse, y en su consecuencia se presentó á mí con la confianza y altivez de un invulnerable Aquiles. Con su llegada y oposicion, la eleccion quedaba perdida; todo mi trabajo perdido; las esperanzas que habia hecho concebir á Lord Arnim, perdidas. ¿Era, pues, de extrañar que pusiese en juego todos los medios posibles para captarme la voluntad de aquel formidable contrario? Sabeis el resultado: ¡desgraciada de mí!..... me prendí en mis propias redes.

—Era de temer.

—¿Y qué hacía?

—No jugar con fuego, esto es, evitar las ocasiones.

—¡Es que mediaban intereses muy graves!

—Nada hay mas grave que el deber, Marquesa.

—¡Mi mayor desgracia fué haber dado con el hombre con quien dí! Nada le faltaba para hacerse amar y para subyugarlo todo; talento, belleza, la mas exquisita cultura; y por mi desgracia uno de aquellos caractéres entusiastas, exaltados y violentos que convierten en pasiones cuantos sentimientos esperimentan, cuantas ideas conciben, cuantos intereses los mueven, como Midas en oro cuanto tocaba.

—Decid en hierro candente, Lady Virginia, caractéres odiosos, fatales y reprobados, que en su gigantesco amor propio se creen antorchas cuando son

blandones, volcanes cuando son máquinas infernales.

—Cuando empezaron aquellas relaciones tan peligrosas, pero en las cuales no llegué á traspasar todos mis deberes, estaba yo próxima á dar á luz á mi hijo: el regreso de Lord Arnim se acercaba, y con su vuelta se hacia preciso el que yo verificase la mia á Lóndres. Exigí del hombre á quien amaba, y del que queria separarme para siempre, que no me siguiese á la Córte: pero no fué posible conseguirlo. Me vi perdida; mi angustia crecia por momentos, y al fin mis lágrimas y congojas pudieron conseguir de aquel hombre desesperado, la palabra de no volverme á ver jamás, pero con la condicion de que para compensarle tan inaudito sacrificio, le entregase el hijo que iba á dar á luz, haciéndole pasar por muerto á los ojos de su Padre y á los del mundo, y dejándole esa prenda de cariño: lazo que nos uniria cuando se rompian para siempre otros, y que llenaria su vida y su corazon ya para siempre vacío, y panteon de un amor enterrado vivo, con el cariño al hijo de la mujer que adoraba.

¡En vano me resistí á tan insensata y no vista exigencia! Vos le habeis conocido, Doctor; habeis sido su amigo, y sabeis que resistirle era tan imposible como resistir al Simoún. Lo espantoso de mi situacion llegó á su colmo, cuando merced á mis contínuas agitaciones, sentí anticiparse mi alumbramiento; vos fuieste llamado por él, y vos, quien despues de auxiliarme, hicísteis desaparecer la criatura, sin que, en

mi estado de debilidad y congoja, halláse yo fuerza ni decision para autorizar este hecho extravagante y criminal, ni tampoco para protestar contra él.

—¡No hubiese yo contribuido á él, dijo con pena el Doctor, á no haberme Eduardo completamente engañado sobre el orígen y las causas que le obligaban á obrar así!

La Marquesa prosiguió:

—En breve ví desvanecida la certeza que me habia dado Eduardo de que, separado para siempre de mí, y cortadas nuestras relaciones, quedaria para siempre oculto entre el ramaje de nuestros solitarios parques todo lo pasado. Pero el vencido adversario de mi marido, indignado y resentido de su derrota, causada por la defeccion de Eduardo, la achacó públicamente á un amor cuya correspondencia habia sido conseguida á ese precio: Eduardo le desafió..... ¡y fué muerto!

¿Qué hubiese sido de mi hijo y de mí, si por fortuna no hubiéseis sido vos el encargado de buscar una nodriza que criase á aquel en vuestra propia morada? Creo que yo hubiese perdido la razon, si vuestra generosa amistad no se hubiese espontáneamente encargado de darme aquella fatal nueva, y de decirme el paradero de mi hijo, muerto para mí, muerto para su Padre, muerto para su herencia, y muerto para la sociedad, por la exigente, violenta y despótica pasion de un hombre que abusó de mi condescendencia, de mi imprevision é inesperiencia, del ascendiente que sobre mí ejercia y del terror que supo inspirarme!

—Pero, Lady Virginia, dijo el Doctor en tono de súplica, ¿á qué volveis á traer á vuestra memoria, y con ello á sentir de nuevo en todo su desconsuelo, dolores y faltas, ya por desgracia, sin remedio humano?

—El dolor, contextó la Marquesa, encerrado en el alma, cual un espíritu guardado herméticamente en un frasco, pierde algo de su intensidad cuando puede evaporar su esencia en la atmósfera del desahogo. Dejadme, por Dios, único y fiel confidente de mis dolores, darles alivio con las quejas, descanso con las lágrimas, consuelo con vuestro nunca desmentido interés por la que lo siente! Más..... ¿quién diria, añadió con ojos extraviados y cruzando con fuerza las manos, que apoyó en sus rodillas?—¿Quién diria que lo que acabo de referir no es sinó el principio, el primer eslabon de una cadena de progresivos sufrimientos, en que el último añadido á los anteriores, es mayor y mas pesado! ¿No considerais que son terribles y excepcionales mis desgracias?

—Son, Señora, consecuencias legítimas de las causas de que dimanan.

—Destruyendo cada disculpa ó causa atenuante de mis faltas, haceis, Doctor, repuso la Marquesa, lo que los habitantes de las costas del Norte de Escocia, quitando todo medio de seguridad ó direccion á los infelices buques que naufragan. No sois mi amigo, no; no lo sois.

—Quisiera ser cosa mejor que un amigo; quisiera ser vuestra conciencia.

—¿Con qué fin?

—Porque os quisiera arrepentida.

—¿Para más enloquecerme?

—No; para tranquilizaros; para que gozáseis del sumo bien que el arrepentimiento procura.

—¿Cuál es?

—La conformidad, la mansedumbre, la calma que halla en el puerto de salvacion el bajel destrozado por los temporales, y que ha estado á punto de zozobrar.

—¡Siempre ideas católicas!

—Siempre.

—No son aquí del caso, Doctor, porque no trato de llevar estos asuntos mundanos al terreno teológico. ¿Quisiérais que cruzase las manos como una Magdalena, y me contentase con llorar? De poco me valdria eso; y lo que ha de valerme es la prudencia y el saber humano.

—¡Puedan guiaros mejor que lo han hecho hasta aquí!.... dijo suspirando el Doctor. Decid, Señora, ¿y ha sido saber y prudencia humana el haber educado á ese hijo que no podíais reconocer, á quien no podíais dar nombre ni posicion en el mundo, á la manera de un gran Señor?

—¡Y qué!..... repuso con animacion la Marquesa, ¿hubiérais querido que durmiese yo en blanda cama y en sábanas de olan, mientras lo hiciera mi hijo en tosco y duro lecho? ¿qué comiese ricos manjares, mientras él se alimentase con el grosero sustento del pobre?

¿Queríais que se hubiese criado ignorante, y hasta sin medios ni opcion á ocupar un puesto distinguido en el mundo?

—Habeis tocado los resultados, Marquesa. Criado con modestia, hubiera podido creerse siempre lo que creyó ser mientras fué pequeño, el huérfano de un cofrade mio, recogido por mí con algun caudal reunido por su Padre. Pero cuando creció el lujo que le rodeaba, y cuando la costosa educacion que recibia, le hicieron sospechar que yo le engañaba; cuando el tierno y apasionado amor que le demostrábais cada vez que, sin atender á mis consejos, íbais á verle á mi casa, con pretextos que le fueron pareciendo poco á poco insuficientes, le persuadió de que solo á una persona de vuestra esfera podíais tratar de aquella suerte, y de que á ella debia necesariamente pertenecer; el orgullo, que es el vicio innato de vuestro hijo, el orgullo, ese directo adversario de Dios, ese Mefistófeles de la humanidad, ese falso prisma que agranda lo chico y achica lo grande, su orgullo, digo, fué tomando cada dia mayores vuelos, deslustró su inocencia, secó su modestia, ofuscó su razon y endureció su corazon, cosas todas, inmediatas consecuencias suyas. Viendo que no lograba averiguar un misterio de cuya existencia estaba persuadido, sus exigencias llegaron á ser intolerables, y su trato insufrible. Entónces empezó la lucha que ha durado un año, año en que he sido compasivo testigo de vuestros sufrimientos, y en que no se han quedado atrás

los mios. Si en cambio le hubiéseis dejado seguir la carrera de aquel de quien un dia creyó ser hijo.....

—¡Mi hijo! el hijo de Lord Arnim..... ¡cirujano!! dijo con soberano desprecio la orgullosa Lady.

—No era ni lo uno ni lo otro, repuso con fuerza el Doctor. Sucumbiendo, en fin, en la lucha, me encargásteis que le descubriese toda la verdad. Por más que me resistí, previendo las funestas consecuencias lo exigísteis terminantemente. El resultado ha sido el que desde luego temí, conociendo su carácter duro y altanero.

—El resultado ha sido este, dijo Lady Virginia, sacando de su seno una carta; aquí la guardo, aquí está sobre mi corazon como otro puñal mas penetrante y duro que el que toda mi vida he tenido clavado en él.

El Doctor se levantó, con un movimiento suave, pero pronto, arrancó la carta de manos de la Marquesa y la arrojó á las brasas. Una súbita llama se levantó y murió al momento, despues de consumido el papel.

—¡Doctor! exclamó indignada la Marquesa, ese atrevimiento.....

—Es grande, es enorme, pero era necesario, Señora; ese documento puede perder á la Madre, y disfamar al desnaturalizado hijo que le escribió..... Además, ¿para qué ese nuevo puñal?.... ¿no basta uno?

—Ni vos ni nadie lo arrancará de la herida, repuso con acerbo acento le Marquesa. ¿Veis como sobre el negro simulacro de lo que fué papel brilla aun su contenido, en caractéres de fuego? así está impreso en mi enlutada alma y sinó, oid como decia:

En vano procuró evitar el Doctor que la Marquesa recitase el contenido de la fatal carta; esta empezó y siguió haciéndolo con monótona voz, los ojos extraviados y fijos en la lumbre, en que aun se agitaban entre cenizas los restos del quemado papel, cayendo de sus labios cada palabra como gotas de sangre de una mortal herida.

«Señora: así os nombro porque no puèdo llamar »Madre á la que no quiso serlo; á la que, á la faz del »cielo, pero sin tenerlo en cuenta, privó á su hijo no »solo de su Madre, sino del más noble de los Padres, »y le desheredó de su linaje, títulos, caudal, y hasta »de su nombre. Me habeis hecho más huérfano que »hubiera podido hacerme la muerte, á quien llaman »cruel, pero comparada á vos es benigna y equitativa. »El Doctor, que tiene su parte de culpa en este cri»minal y nunca visto expolio, ha querido atenuarlo á »mis ojos, y no lo ha logrado, porque no se logra lo »imposible.

»Parto, porque no podria permanecer aquí, sin »echarme en brazos de mi digno Padre, el noble »Lord Arnim, y porque aun cuando no os pudo amar »ni estimar, conozco mejor mis deberes de hijo, que »vos habeis conocido los vuestros de Madre.

»No volvereis á verme, ni á saber de una exis»tencia, que por complacer á un amante, habeis he»cho la más miserable del mundo, y que deseo acor»tar lo más posible. E. A.»

Cuando hubo concluido, reclinó la Marquesa la cabeza en el respaldar del sillon murmurando; ¿cabe más sufrir? Pero de repente exclamó dando una seca y estridente carcajada que estremeció al Doctor;—¡y nos llaman *los felices de la tierra*!

En este momento se oyeron fuertes golpes á la puerta de la calle y tropel de carruajes. Doctor, Doctor, gritó un criado que se precipitó en el salon, acudid, que traen á Milord accidentado!

El Doctor se lanzó apresuradamente hácia la escalera, por la que subian á Lord Arnim, no accidentado, sinó ya cadáver.

III.

Hállase en la orilla del Océano, entre la desembocadura del Guadalquivir y el Santuario de Regla, un pueblecito que lleva el poco sonoro nombre de Chipiona. Tiene á su frente el mar, y á su espalda un gran pago de viñas, que constituye sinó su riqueza, su sustento; pues los vinos que produce son muy buenos, como pertenecientes á los de Sanlúcar, que despues de los de Jerez, que ocupan el primer puesto, son reputados los mejores de aquella comarca, tan rica en exquisitos mostos.

Está Chipiona tan familiarizado con su respetable vecino el mar, que cuando en las mareas grandes, que son por enero y por Santiago, sube el líquido coloso hasta entrarse á pasos precipitados por las calles del pueblecito, sirve esto de diversion á sus vecinos,

quienes, como prácticos, saben el dia y la hora de esta invasion, y en lugar de asustarse calafatean sólidamente las puertas de sus casas, y subidos en las azoteas y tejados, ó colocados fuera de su alcance, ven llegar con algazara aquella imponente masa de agua azul y salada. ¡Así se familiariza el hombre por la fuerza de la costumbre con las cosas más horripilantes! ¡Así va el militar al encuentro de las balas, lánzase el aeronáuta en su globo á merced de los vientos, boga el marino en su esquife á merced de las olas! ¡Así vive satisfecho el lapon en su prolongada noche, entre sus hielos, y el cafre entre las abrasadas arenas de sus desiertos!

Esto es un gran consuelo para aquellas almas á quienes la lástima hace sufrir tanto, que llega á ser la tortura de su vida, y que siendo blandas y pusilánimes, gradúan por sus propias sensaciones las que deben experimentar aquellos á quienes compadecen. No obstante, léjos está de nuestra mente el cercenar nl un ápice á la lástima, que es la más sublime prerogativa del hombre; nuestra atencion se ciñe solamente á moderar un exceso, que tiene por resultado hacer á veces más infeliz al que compadece, de lo que es el compadecido. ¿Pero acaso hacemos bien? Esta compasion que nos induce á mitigar los sufrimientos de la compasion ajena, está siempre bien entendida? ¿O acaso al intentarlo habremos perdido de vista lo que dice el poeta aleman Bürger?

«Las lágrimas inocentes que caen en este árido

»suelo, son todas recogidas y forman el rocío de las »florestas del Paraiso; así no te pese verterlas, porque »caen en la mano de Dios.»

El dia en que trasladamos á nuestros lectores á Chipiona, era la víspera de Santiago, y estaban los habitantes alegres y alborotados; muchos de ellos se hallaban reunidos en la playa, aguardando al imponente huésped.

Aquí un grupo de marineros mozos escuchaban complacidos y atentos al que por más dichero y poeta descollaba entre ellos; el cual, mirando á su barca, á la que iba dirigida, recitaba la siguiente composicion:

Moza con la entena rota,
No hay más que tezar la escota
Y poner la proa al viento
Más pronto que el pensamiento;
Y aunque el práctico lo *impía*
Y me coma el oleaje.....
Yo me voy al abordaje,
Y salga el sol por la ria.

Luego dirigiéndose á una muchacha que con otras estaba parada á alguna distancia, añadia:

Concha llena de colores,
Olita del mar en calma,
Arrepara estos sudores
Que está derramando el alma
Por *witos* esos primores.
Eres tú más hechicera

Que el caprichéo (1) en el mar;
Iza, iza esa bandera; (2)
Déjame, niña, llegar
A tu costado siquiera.

Otros cantaban alternativamente con las muchachas, coplas que, como volantes rechazados por raquetas, volaban de grupo en grupo. Eran de este tenor:

ELLOS.

Toda mi vida en el mar,
No me han cautivado moros;
Y una vez que entre en tu casa,
Me cautivaron tus ojos.

ELLAS.

Un marinerito, Madre,
Me tiene robada el alma;
Si no me caso con él
Muero moza, y llevo palma.

El amor y las olas
Del mar son unas.....
Que parecen montañas,
Y son espuma.

(1) La bonita palabra *caprichéo* no está en el Diccionario, y significa la inquieta y centellante reverberacion de la luz de la luna en la vacilante superficie del mar.

(2) Para marcar que están incomunicados y no reciben á su bordo, ponen los barcos que hacen cuarentena una bandera á media tasa.

Un grupo de niñas, sentadas en la playa, hacian casitas y huertecitos con arena mojada, y una de ellas que despuntaba por sabidilla, decia á las demás: ¿á que no acertais un acertijo?

—Cómo es?

—Una cosa muy atroz
Que anda sin tener pies.....

—¡Toma! dijo una morenita bobona, la carreta!

—¡Vaya! ¡te luciste, Doña Sabijonda! La carreta no anda, que la arrastran los bueyes, ¡mú!..... tan torpes como tú. Calle la boca, y escuchen las orejas:

Una cosa muy atroz
Que anda sin tener piés;
Tiene alas sin volar,
Y el espinazo al revés.

—La lancha, dijo una de las oyentes.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo que lo sé.

—Lo mismo dijo el gallo, y no sabe más que cacarear.

Por su parte los chiquillos, que se entusiasman en habiendo cosa de bulla, saltaban de roca en roca canturreando con monótono sonsonete:

Las olitas de la mar
Unas vienen, otras van,
Dejan espuma en la playa,
En las redes cogen rayas,

Entre las rocas cangrejos,
Los navíos van muy léjos!....
Madre, yo quiero embarcarme,
Que vá en la pareja la Vírgen del Cármen.

A la puerta de una casa situada en la parte del pueblo á que no llegaba la gran maréa, se habian reunido, y estaban sentados como en un estrado, una porcion de personas en paz y concordia, pero no en silencio. El *farniente* material es grato al andaluz, pero no así el intelectual. Allí, pues, se discurria y *platicaba* mucho, y sobre distintos asuntos.

—Tia María, dijo á la dueña de la casa ante la cual estaban reunidos, su compadre el Tio Nicolás; su hijo de vd., Juan, tiene más suerte que quiere. Ya no anda con la calesa: es mayoral y lleva una berlina. ¡Todavía lo hemos de ver cochero de los Infantes!

—¿Y por qué no, si la suerte le favorece, si entiende su oficio, y es hombre de bien? repuso la buena mujer; pues no porque sea mi hijo, pero bien conoce vd. que él todo se lo merece. ¿Pero cómo sabe usted, compadre, que lleva berlina? ¿Será cosa que me dé vd. un alegron y me tenga yo luego que desalegrar?

—Comadre, cuando yo digo una cosa, la firma el Rey; pero ahí está su hijo de vd. en propia persona, que se lo podrá decir de manera que le dé usted *créito*.

Efectivamente, llegaba en este momento un hombre jóven y jovial.

—¡Juan! le gritó su Madre, ¿es verdad que te han puesto de mayoral?

—Sí Señora, repuso el interpelado; soy capitan de cuatro caballos, y tengo por sargento á un zagal. ¡Dios guarde á vd., Madre; salud, señores!

—Pues ahora no te falta, dijo el Tio Nicolás, sino que tomen tu berlina unos ingleses, como aquel de marras.

—Pues lo que me falta no me falta, respondió Juan; que á unos ingleses traigo que han venido de temporada á Sanlúcar.

—¡No digo! exclamó el compadre mientras los demás se echaban á reir. Compra mulas, Juan, compra mulas.,... que te han de parir.

—¿Y dónde tengo yo esos caudales?

—¿Pues no tenias dineros? Si me dijeron que ibas á comprar la aranzada de viña del Escribano.

—No nos convinimos; y he mercado la parte que en la casa de mi Madre tenia mi tia, y ya sabe usted, Tio Nicolás

Que en este mundo *indino*
Cuando hay para pan, no hay para vino.

—Pues me alegro de que no comprases la aranzada de viña, y de que no partieses de ligero sin aconsejarte antes de cerrar el trato, y ten presente que dos adivinos hay en Segura, uno esperiencia, y otro cordura. No te fies del Escribano, que es ladron más conocido que un zorzal y un estornino. En su vida de

Dios se cortan las uñas esos mozos; y *asina* fué que preguntándole á uno cómo podia vivir en paz el de su pueblo con su mujer, que era más liviana que el viento, respondió: ¿Pues no han de vivir en paz, si son uña y carne?

—¡Lo que sabe el Tio Nicolás! observó Juan.

—¡Toma! contestó aquel, el que quiera saber, que compre un viejo.

—Óye, Juan, preguntó una vecina, ¿y á qué han venido esos Usías al lugar?

—¡Toma!..... á pasearse, y á buscar otro inglés que por lo visto se les ha perdido.

—Pues mire vd., opinó el Tio Nicolás, que buscar un inglés en Chipiona, es como buscar un navío en un charco!

—Pero es el caso, prosiguió Juan, que no quieren volver por el camino del campo que hemos traido, sino que quieren que sea la vuelta por la playa.

—¡Por la playa! por la playa no se puede dar la vuelta á la punta en que está el castillo del Espíritu Santo sino de aquí á dos horas, opinó el Tio Nicolás.

—De sobra que lo sé, y se lo dije á sus mercedes, repuso el mayoral; pero dicen que aguardarán. Yo he metido el ganado en el meson, y ahora me voy á traer acá á esos Señores, porque despues que hayan visto subir el mar, en alguna parte han de descansar y aguardar á que sea hora de volverse por donde quieren ir.

—Bien venidos sean, dijo la buena Tia María, y pensaron todos, á quienes lejos de importunar ó intimidar aquella visita de Usías extranjeros, les agradó; merced á ese espíritu hospitalario del país, y á esa mezcla de dignidad que impide el amilanamiento, y de desenvoltura que aleja la cortedad.

Poco despues volvia el mayoral, guiando á un caballero anciano que daba el brazo á una hermosa Señora, rigorosamente enlutada.

—Ana, dijo la Tia María á una de sus parientas, tráete unas sillas de las de la sala, y un redondel de los nuevos; pónlos aquí á la sombrita. Señora, añadió dirigiéndose á la recien llegada, tome su merced asiento y descanse un rato, mientras nuestro huésped de Santiago no se retira á sus anchos centros.

Lady Virginia y el Doctor, pues eran ellos, admitieron la oferta, y se sentaron.

La Marquesa, á quien el espectáculo de la invasora maréa habia horrorizado, preguntó hablando, aunque con acento extranjero, con bastante facilidad la lengua del país, si aquella invasion no les asustaba.

—No señora, no, respondió la buena anciana, Dios le ha puesto una linde al mar, que aunque quiera no puede traspasar; y lo que no puede ser, no asusta; á la gente moza le sirve de *jolgorio*.

—¡Qué felicidad!—dijo en inglés la Marquesa dirigiéndose á su compañero,—¡qué espléndida alegría!

¡qué sincero contento! ¡ah! ¡cómo los envidio!..... ¡con qué vehemencia los envidio!

En este momento pasaba un muchacho trabajador, que con su azada al hombro venia del campo, cantando alegremente:

En teniendo yo un cigarro,
Y seguro mi jornal,
Y á mi morena en la reja,
¿Qué mas puedo desear?

—¡Y á estos llaman los filántropos, añadió la Marquesa con amarga sonrisa, los *infelices de la tierra*! ¡Oh! ¡cuán léjos están de comprender, ni aun de imaginar, el dolor y la angustia que me está matando! ¡Qué ajenos se hallan de que esta desdichada Madre busca por todas partes, sin encontrarle en ninguna, al hijo por cuya existencia tiembla, al hijo de quien ni aun huella puede descubrir, ni noticias hallar..... por más que inquiere!

La Tia María, que habia entrado en la casa, salió entónces con una enorme fuente llena de exquisitas brevas, y una limpia y fresca alcarraza de agua.

Conforme la vió el Tio Nicolás, exclamó:

Bendiga Dios este plato
Que aunque caro cuesta barato;
Por la boca tendrá la entrada,
Y en él ha de quedar poco ó nada.

—Señora, dijo la Tia María presentándole el plato

de brevas; que se le hagan á su mercé una miel en la boca. ¿Qué decía la Señora? preguntó: ¿desea, ó se le ofrece algo?

—No, no, gracias, contestó ésta: lo que decía, añadió suspirando, es que son vds. muy felices!

—De todo hay como en botica, repuso la buena mujer; pero al que llora y acude á Dios, Dios le consuela; al que tiene trabajos y acude á su Divina Majestad, su Divina Majestad le ayuda, y así siempre en esta vida es más lo bueno que lo malo.

—¡Ya, como vd. y su hijo tienen esa suerte! bien puede vd. hablar *asina*, porque cada uno habla de la feria segun le va en ella, dijo el Tio Nicolás.

—¡Pues no, que vd. puede quejarse! repuso la Tia María: vd. que ha tenido un amo que le ha hecho hombre (porque, Señora, añadió dirigiéndose á la Marquesa, los ricos hacen mucho, mucho por los pobres, y el que no lo reconozca así, es porque es un ingrato), y por último, compadre, le ha metido á vd. sus nietos en la escuela que han establecido los señores Infantes en Regla, donde los enseñan, visten y dan de comer.

—¿Eso han hecho? preguntó con interés el Doctor.

—¡Toma! y ponerse al frente para restablecer aquel querido Santuario, que estaba abandonado y viniéndose á tierra, á fin de que volviese á él la bendita Imágen de la Señora de Regla, que fué del mismo San Agustin; y ponerle su Capellan, ya que

otros le habian echado á sus Monjes. ¡No se lo tome Dios en cuenta á quien lo hizo!

—¿Todo se lo llevaron? preguntó con interés el Doctor.

—¡Todo! contestó suspirando la buena mujer: no le dejaron al Santuario más que sus palmeras, porque de ellas no podian sacar dinero. Ahí se quedaron, pues, para avisar á los Infantes que allí habia un Santuario de la Vírgen, vacío, y que, ménos estables que ellas, se iba á caer (1).

Pero, Señora, hablar del bien que hacen Sus Altezas, es hablar de la mar. Así están tan contentos y tan felices. Más de cuatro simples creen que lo están porque son Infantes. No, no, les digo yo, no es por eso; que muchos poderosos y encumbrados de la tierra tienen grandes ventajas, caudales y prerogativas, y no son felices ni están contentos. ¿No es *asina*, Señora?

Lady Virginia, á quien ahogaba el dolor y la angustia, al oir á la anciana no pudo contestar sino con una inclinacion de cabeza.

—Si están contentos SS. AA., les digo yo, prosiguió la buena mujer, es porque son buenos; es porque siguen la ley de Dios, es porque hacen todo el bien que pueden, y buscan la felicidad en estas santas fuentes, que son las únicas que la pueden dar, y

(1) Histórico. Las palmeras fueron las que llamaron la atencion de SS. AA. sobre el solitario, aislado, y abandonado santuario.

esas fuentes están en el corazon, y no en los altos puestos y riquezas. ¿No es verdad, Señora?

La Marquesa experimentó al oir estas palabras en boca de aquella sencilla campesina, un profundo sentimiento de amarga humillacion y vergüenza.

—No digo que no, comadre, observó el Tio Nicolás; y vd., como siempre está arrimadita á la Iglesia, *preica* como un Cuaresmal. Pero ello es que aquellos dineros que se le entraron á su hijo de vd. por las puertas, no le vinieron malamente para estar feliz; y usted no les hizo fó.

—Pues mire vd., compadre, repuso la buena mujer, le digo á vd. mi verdad que la suerte y los dineres á que vd. alude, yo no los quiero de la manera que vinieron.

—¡Toma! todo el que hereda podria decir lo propio.

—Y lo dirá. Pero bien sabe vd. que yo con mas razon.

—¡Y si era *estranjis*! no se apure vd.; sinó haga como aquel que estaba oyendo un sermon muy dolorido, en que todos lloraban menos él, que se estaba sumiendo las lágrimas.—¿Por qué no llora usted? le preguntó su vecino, y él contestó: ¡Toma! porque ésta no es mi Parroquia.

—Usted, compadre, todo lo quiere componer con chascarros; y no vá bien guiado, pues estos no vienen á pelo cuando se trata de cosas de formalidad. Ello es, que no quiero dineros por esa via, que *rejelean* (1).

(1) *Rejelear*, es amargar como la hiel. (*N. del E.*)

—¿Pero cómo adquirió su hijo de vd. ese dinero que parece pesarle? preguntó el Doctor, interesado ya por aquella atenta y buena anciana.

—Ha de saber vd., contestó la interrogada, que mi hijo, que era entonces calesero, ajustó su calesa con un caballero inglés, mozo, y buen mozo, que queria, lo propio que sus mercedes, dar un paseo por la playa, y ver el castillo ruinoso del Espíritu Santo.

—Hermoso y entero lo conocí yo, intervino el Tio Nicolás; pero los ingleses le volaron por sus propias manos, como otros muchos, cuando la guerra de los franceses de Napoleon.

—Esto fué en Sanlúcar, se entiende, donde está acomodado mi hijo, prosiguió la Tia María, Aquel dia no habia salido el sol.

—¡Qué no habia de haber salido, señora! le interrumpió su compadre: el sol sale todos los dias, y no se pára nunca. Tres veces al dia le dice á Dios; ¡Señor! ¡estoy cansado!—y tres veces le contesta Dios: sigue tu senda.

—¿Y eso es verdad, compadre? preguntó la buena mujer.

—Pues ya se vé.

—Compadre, no sé si lo crea.

—Créalo vd., señora; que el creer no cuesta dinero; y siga su relacion, contestó el Tio Nicolás.

—Pues ello es,—prosiguió la narradora dirigiéndose á sus huéspedes,—que no se veia el cielo sino como un cenicero, que sudaba una harinilla que los

iba calando. El inglés cuando llegaron al monte, se apeó y subió á pié, juntó unas ramillas, encendió una hoguera y en ella estuvo quemando papeles y otras cosas. Viendo mi hijo que la lluvia iba engordando, le dijo que si no queria volverse al pueblo; pero el inglés le respondió que no, que se volviese solo con la calesa, porque él queria regresar á pié; diciendo lo cual le entregó un bolsillo. Mi hijo le dió las gracias, y cuando hubo andado un trecho abrió el bolsillo, y viendo que estaba lleno de monedas de oro, se volvió atrás y se lo entregó á su dueño, advirtiéndole que al pagarle se habia equivocado; pero el caballero se lo devolvió diciendo que al darle el bolsillo sabia lo que contenia, y que su gusto y su voluntad eran que se quedase con él. Mi hijo le dijo con el corazon y con la boca mil Dios se lo pague, y se fué.

Algunos dias despues fué requerido por la Justicia: acudió, y ¡cuál no seria su asombro y su compasion cuando le llevaron ante un muerto, y en él reconoció al inglés, que tan caritativo y rumboso habia sido para con él!

Al oir estas palabras, el Doctor dió muestras de la mas viva inquietud, mientras el rostro de la Marquesa se iba cubriendo de lívida palidez.

—Señora, dijo el primero á la Tia María, conozco esa historia que es antigua; sé quién era el viajero, y que murió de una aneurisma; todo se puso entonces en los periódicos.

—¿Qué sabe vd. quién es?—repuso la anciana sin

comprender la señas que para que callase la hacia el Doctor;—pues mire vd., señor, que aquí nada se pudo averiguar. Como refirió mi hijo, y se comprobó por hallarse donde habia ardido señales de la hoguera, todos sus papeles, su cartera, y cuanto pudo, quemó. Se conocia el empeño que tuvo en que no se supiese quien era, porque nada, ni siquiera un pañuelo se halló en sus bolsillos, cuando habiendo avisado un chiquillo que lo vió flotar, fué sacado el infeliz del algibe del castillo, en el que hubo de tirarse con intencion de quitarse la vida, segun dicen; y si es así, Dios por su misericordia infinita le haya dado tiempo de arrepentirse, y le haya perdonado. Todos los dias rezo por él en la confianza de que á pesar de su insensato proceder, se arrepentiria á tiempo y clamaria por su perdon, porque era buen cristiano, como lo prueba un anillo que entre las monedas de oro contenia el bolsillo, y en el cual se veia el escudo de Nuestra Señora del Mayor Dolor, esto es, un corazon atravesado por un puñal.

La Marquesa dió un grito desgarrador, y cayó al suelo presa de una espantosa convulsion.

IV.

—Señor Cura, dijo la Tia María saliendo al encuentro de un Sacerdote que entraba en su casa, he mandado avisar á su merced, porque hay aquí una obra grande de caridad que hacer. La señora inglesa, ya sabeis de quien hablo, está loca de remate. Mire usted, señor, que dar la casualidad de ser su Señoría la Madre de aquel pobre mozo que se ahogó, y que nadie pudo averiguar quién fuese!.... y contarle yo misma tan descuidada su muerte! ¡Preciso seria arrancarme la lengua y picarla!

—De todos modos, al fin hubiera llegado á saberlo, Tia María, dijo el Cura.

—O, no, repuso la buena mujer. Y sobre todo se le hubiera podido ocultar la manera como acaeció la desgracia; no que ahora dice que tiene la culpa de

la muerte de su hijo; que es una Madre inícua. ¡Pobrecita! si ello es así, ¡cómo la compadezco! Pero no es razon para que sin temor de Dios se quiera matar lo propio que aquél; ¡como si con eso remediase algo! El pobre señor á quien dice su merced Doctor, está sin saber dónde dar de cabeza; hace dos dias que no se desvia de su lado; pero por más que ha hecho no ha podido lograr que tome la señora ni un buche de caldo ni una sed de agua; no he visto, Señor Cura, dolor mas cerril ni mas descompuesto! No hace más que maldecir de su sino, de su vida; sin dar oidos al Doctor, ni treguas á su congoja. ¡Ya se vé! si no pide consuelo á quien solo puede dárselo..... ¿cómo lo ha de hallar?

—Veamos, pues, de procurárselo, repuso el Cura. Dígale vd., Tia María, que estoy aquí y que deseo consolarla.

La Tia María se apresuró á cumplir el encargo; pero todos sus esfuerzos para lograr lo que deseaba fueron vanos. Al oir anunciar á una persona extraña, á un Cura *papista* (1), á un entremetido, á un buscador de prosélitos, Lady Virginia se estremeció y respondió con decision que no podia, que no queria ver á nadie.

—Señor Cura, ni por los Catalanes quiere su merced ver á nadie, dijo la buena anciana saliendo de la habitacion de la enferma. ¡Nada! no quiere resig-

(1) Así llaman los protestantes á los católicos.

narse, ni quiere consuelos, ni oir la palabra de Dios. No hay peor ciego, Padre, que el que no quiere ver; ni peor dolor que el que no quiere ser consolado.

—¡Cómo ha de ser, Tia María! la luz de Dios entra en el alma por la voluntad, y ésta la gana la persuasion; pero no se puede imponer, contestó el Cura. Ya que vd. se acerca á ella sin que la rechace, pruebe vd. á ablandar su corazon, y vea de atraer lágrimas á sus ojos, que estas acallarán las maldiciones en sus labios.

—¡Yo, Señor Cura! exclamó la buena anciana, que no tengo estudios ni sé leer. ¿Qué le puedo yo decir, ni cómo atenderá á las palabras de una rústica como yo?

—Las cosas de Dios, Tia María, contestó el Cura, las saben los rústicos como los sabios, porque están al alcance de todos, y todas las encierra el librito de Doctrina, y muchas veces se ha revelado Dios á los sencillos que halló mas sumisos, y se ha ocultado á los sabidos que halló soberbios. Trate vd. de atraer á esta señora que no tiene la Fé católica, á nuestras santas creencias; que un buen propósito vale tanto á los ojos de Dios como una buena obra. Dígale vd. que la virtud se perfecciona en el padecer, como dice el libro de Tobías. Repítale que Dios dice que el que llora será consolado, pero es acudiendo á El; y cuando vea vd. que puedo presentarme sin incomodarla, avíseme vd.

El Cura se fué y la Tia María volvió á entrar en

el cuarto de la doliente. Esta habia caido rendida de su desaliento y desesperacion en una postracion inerte, y aparecia blanca é inmóvil sobre su lecho; su cabello estaba suelto y en desórden; sus ojos á medio cerrar, parecian estar sin vida; sus manos estaban convulsivamente crispadas, su respiracion era honda y fatigosa. Tan rendido como ella, y en la actitud del más profundo desaliento, estaba sentado el Doctor al lado opuesto de la cama.

La Tia María entró, y se sentó al lado de la cama inmediato á la puerta y fué diciendo una despues de otra las siguientes frases que no eran escuchadas, ni mucho ménos contestadas.

—Con que..... señora, ¿vamos ya descansando un poquito?

¡Ay, señora! ¡soy Madre, y no se me oculta lo que estará sufriendo su corazon..... porque, en tocando á los hijos, las penas no tienen comparacion con otras!

Pero Dios aprieta y no ahoga. Las penas son llamamientos. Vosotros que os sentís cargados bajo el peso de vuestra miseria, venid á mí, dice el Señor.

Señora, tome su mercé un poco de caldo que le voy á traer; que Dios prohibe que tiremos á matarnos, y quiere que llevemos las penas con conformidad como su Santa Madre.

Lady Virginia hizo con su cerrada mano una señal negativa á la oferta de la buena mujer.

—Tened presente, señora, prosiguió ésta, que di-

cen las Escrituras que Dios castiga á quien ama, y Tobías que la virtud se perfecciona en el padecer (1).

—¡Virtud!.... no habla eso conmigo, exclamó Lady Virginia; ¡no tengo ninguna!

—Ofreced á Dios vuestros dolores, y ya tendreis esa, repuso la anciana.

—Mis dolores no se pueden ofrecer á Dios, exclamó con desatiento la Marquesa, ¿sabeis que soy la causa del suicidio de mi hijo, por haber sido esposa infiel y madre desnaturalizada?

—¡Lady Virginia! ¡Lady Virginia! dijo apurado y en tono de reconvencion el Doctor; pero ella, sin atenderle, prosiguió con creciente exaltacion:

—¡Estoy maldita! entre el Cielo y yo, hay un abismo. No, no, para mí no hay paz ni consuelo en la tierra, misericordia ni gloria en el Cielo!

—Ya veis, señora, repuso la buena mujer, como cuando se pierde la esperanza, se pierden sus hermanas la fé y la caridad, caridad que no teneis ni con vos misma.

—¿Y para qué me serviria?

(1) Viene aquí al caso una observacion. Sabemos que á algunos apreciables extranjeros, no les ha parecido oportuna la costumbre establecida en nuestras iglesias de decir desde el púlpito oraciones que repiten en voz alta y palabra por palabra los fieles. Esto que se hace particularmente á beneficio de la clase popular que no sabe leer, no solo dirige y formula su devocion, no solo la instruye, sino que á ello y á los sermones se debe el que el pueblo español haya enriquecido su memoria con tantas magníficas oraciones, máximas, testos sagrados, y jaculatorias.

—Para recuperar aquellas.

—¿No os causo horror?

—No, señora, no; me causais solo lástima, respondió la anciana con un amor y una sinceridad de que dieron testimonio dos lágrimas que subiendo de su corazon á sus ojos, resbalaron por sus mejillas como dos rayos de la luna del cielo resbalan sobre una ruina de la tierra.

—Os causo lástima, dijo la Marquesa, porque me veis renegar con harta razon de mi existencia, y renunciar á la Bienaventuranza que solo existe para los justos.

—No existe solo para los justos la Bienaventuranza, señora, que si así fuese, pocos se salvarian. Dice el Salmo; bien sabe el Señor el lodo de que nos formó, y siempre tiene presente que no somos mas que polvo; así nos abrió la puerta del perdon, y nos señaló la senda del arrepentimiento para llegar á ella.

—Hay culpas sin perdon, buena mujer.

—Ninguna, señora, si el arrepentimiento es proporcionado á ella. Cuando el Señor hubo resucitado, se presentó á sus cuatro discípulos San Juan, Santiago, San Diego (1) y San Pedro y enseñándoles su cuerpo destrozado, su cabeza desgarrada por las espinas, y su costado traspasado por la lanza, preguntó á San Juan: ¿Qué merecen los que así me han puesto? —Condenacion eterna, respondió San Juan; y lo pro-

(1) Santiago el Menor.

pio contestaron Santiago y San Diego á quienes hizo el Señor la misma pregunta. Y volviéndose á San Pedro.—¿Qué merecen los que me han puesto en este estado?—Perdon merecen, contestó el Apóstol.—¿Cómo pueden merecerlo, Pedro? le dijo el Señor.—Porque vos lo pedísteis por ellos pendiente de la Cruz, respondió el Santo.—Pedro, dijo entonces Cristo, tú serás la cabeza de mi Iglesia; lo que tú hagas lo confirmaré en la tierra y en el cielo (1).—¿Y por qué lo hizo? añadió la anciana. Porque halló á Pedro el mas misericordioso, y el que mas presente tuvo que de siete palabras que habló el Señor en la Cruz, una fué para perdonar y otra para implorar á su Padre que lo hiciese á sus verdugos; ¿y dudais aun del perdon?

— Dios no puede perdonar á una Madre que causó la muerte de su hijo; y soy una infanticida, condenada y señalada con mas razon que Cain; no hay en la tierra senda buena que puedan pisar mis plantas, Dios me rechazará de su presencia en el otro mundo, y de sus vias en éste.

—Señora, ¿y qué me direis, repuso inalterable la anciana, si os digo que á un Padre que con sus propias manos, inducido á ello por su genio colérico, mató á un hijo suyo, lo he conocido tranquilo, metido en Dios,

(1) Si la Marquesa hubiera estado capáz de hacerlo habria dicho á la Tia María que lo que decia no constaba en la Escritura, y ésta de cierto le habria contestado que se sabia de unos á otros.

viviendo con vida y muriendo con muerte ejemplar.

—¿Católico? preguntó ansiosa la Marquesa.

—Claro es que lo sería, repuso el Doctor, solo nuestra religion hace semejantes prodigios.

—¿Lo conocísteis, decís? preguntó la desesperada Madre á la anciana.

—Si señora, le conocí cuando muchacha, y me parece que lo estoy viendo. Me infundia á un tiempo horror, veneracion y lástima. Cuando alguna vez me repelia, me decia á mí misma: Pues Dios que es el ofendido olvida, ¿te toca á tí, vil pecadora, recordar? —Su vida era una prolongada penitencia. Todos los años el Jueves Santo se hincaba aquel pobre criminal á orar ante el Monumento, y así permanecia sin moverse, sin tomar alimento ni descanso las veinte y cuatro horas que adora la Iglesia al Señor en su sepultura, hasta el Viernes en que las Santas Ceremonias conmemorativas de la Iglesia hacen suceder otras á aquella, la mas tierna y solemne de todas. Entonces, Señora, aquel hombre que arrodillado por espacio de todo un dia habia estado implorando misericordia de aquel que por misericordia murió, se recogia á su vivienda y hallaba descanso (1).

—Doctor, preguntó en inglés la Marquesa, será... ¿podrá ser eso cierto?

—Señora, contestó el Doctor, los hechos son incontrovertibles.

(1 Histórico.

—¿De suerte que lo creeis sin comprenderlo, como lo haceis con los milagros?

—No señora, le creo comprendiéndolo, porque eso no es ningun milagro, sino legítima consecuencia de nuestras santas y consoladoras doctrinas católicas.

—No puedo creer lo que me decís, dijo Lady Virginia á la Tia María.

—Señora, si lo que os he dicho no pudiese ser, perseverarian los hombres impenitentes y no habria conversiones, contestó la anciana.

Habia anochecido y la Marquesa destrozada y rendida, se quedó dormida.

A media noche despertó sobresaltada y en su anterior desatiento.

—¡María! ¡María! exclamó ¿estais ahí?

—Si señora, aquí estoy.

—¿Qué haceis?

—Rezo.

—¡Oh! rezad, por Dios, en voz alta; quiero oiros; vuestra voz y vuestras palabras me sosiegan. ¡Rezad! ¡rezad por mí!

—Eso hacia, contestó la piadosa anciana, que sintió uno de esos santos goces desconocidos á los que no tienen una alma católica, y levantando sus ojos y su corazon al Cielo, entonó esta oracion cuyas palabras repetia la desconsolada Madre, por un impremeditado impulso, á medida que iban saliendo de los devotos labios de la religiosa mujer del pueblo católico.

«Señor mio Jesucristo, Criador, Padre y Redentor

mio, por ser Vos quién sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mi me pesa, pésame Señor, de haberos ofendido. Quisiera, Señor, que el corazon se me partiese de dolor, solo por ser Vos el ofendido. Propongo antes morir que pecar, y huir y apartarme de las ocasiones de ofenderos. Ofrézcoos mi vida, obras y trabajos, en satisfaccion de mis culpas y pecados. Espero en vuestra suma bondad y misericordia infinita que me habeis de perdonar y me dareis gracia para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amen.»

¡Amen! repitió la Marquesa, que en este momento se sintió estrechada entre los brazos de la buena anciana que, hecha un mar de lágrimas, le dijo con tierna y gozosa espansion:

—¡Sois católica, señora! ahora, si habeis pecado Dios os lo perdonará! si sois desgraciada, llevaréis vuestra cruz con paciencia y mansedumbre, porque así lo quiere el Señor. Ahora esperaréis en la misericordia de Dios, porque méritos hareis para alcanzarla; ahora orareis conociendo que la oracion es el bálsamo de todos lo dolores; ahora conoceréis que la soberbia trae consigo la impenitencia, y ésta la desesperacion, y que la humildad trae el arrepentimiento, y éste la conformidad, y con ella la paz, único bien real de la vida.

—Pero, señora, dijo fuertemente conmovida la Marquesa; si yo adoptase vuestras creencias católicas para mi propio consuelo, hallaria tambien en ellas

un desconsuelo sin límites; creeria que mi hijo no se ha salvado.

—Hallaríais el consuelo de poder rogar á Dios por su alma, contestó la buena anciana, la dicha de poder inclinar la balanza de su justicia hácia la misericordia, por medio de sufragios, limosnas y buenas obras, hechas en desagravio de su culpa, si la tuvo, lo que ni vos, ni nadie sino Dios, puede saber y juzgar, porque cosas hace á veces el hombre en momentos en que no está en su juicio, y hay otras en que el arrepentimiento sigue tan de cerca al hecho, y de tal manera, que escapa á los ojos de los hombres, pero no á los de Dios, para quien nada hay oculto, y que derrama su santo perdon con mas amor sobre los desgraciados.

—Doctor, dijo la Marquesa prorumpiendo en un copioso llanto, abrazadme como hermana, pues aunque indigna de serlo, soy católica! ¡Ved, ya quiero vivir! sí, quiero vivir para rezar y encomendar á la clemencia de Dios á mi desgraciado hijo, é implorar su misericordioso perdon para ambos! Quiero hacer penitencia de mis culpas; quiero hacer buenas obras, con el estímulo y el consuelo de que Dios las recibirá como parte de expiacion de las culpas de mi hijo y de las mias; solo esto puede hacerme soportable la vida. Lo siento, sí; solo á la Religion es dado consolar, pero á una Religion viva, precisa, ferviente y práctica.

—¿Veis, querida Lady Virginia, repuso profunda-

mente conmovido el Doctor apretando entre las suyas una de las manos de la Duquesa; veis por qué os deseaba arrepentida? No para más enloqueceros, nó; sino para atraeros á este estado, en el que, cuando la criatura contrita y humillada hinca la rodilla, cruza sus manos y baja la cabeza, Dios levanta su corazon!

EPÍLOGO.

Un año despues decia la Presidenta de una Sociedad Bíblica de Lóndres, en su reunion á las demás Socias: ¿Sabeis la increible noticia que me han dado? Lady Virginia Arnim, que despues de la muerte de su marido partió tan repentinamente á restablecer su salud al Mediodía de España, ha vuelto de allá Católica!

—¿De veras? exclamaron todas; ¡ella! ¿la conocida contraria de los Católicos?

—Sí, señoras, ella, su conocida contraria. Pueden ustedes graduar los medios que para alcanzar este triunfo habrán puesto por obra aquellos *fanáticos*. Se habrán unido al intento todos los Frailes, Curas, Canónigos, Doctores y Obispos. Le habrán pintado su infierno con los pinceles de su Murillo; nos habrán

mostrado á todos condenados, y en una palabra, habrán asustado, aturrullado, confundido, turbado su clara razon, hasta llegar á dominarla con un Crucifijo en las manos, y el anatema en los labios.

—¡Qué escándalo! exclamaron todas las socias á una voz. ¡El maldito proselitismo de los *papistas!*

—Señoras, dijo una jóven echándose á reir:—¿y á qué estais aquí reunidas sino para propagar vuestras ideas por medio de lo que os place llamar *mal lito proselitismo*, cuando se aplica á las que no son vuestras? No seamos tan injustas, pues si lo somos, haremos patente que tenemos una gran dósis de tontería ú otra mayor de mala fé. Aquí hay libertad de cultos, y con medios clandestinos y poco honrosos nos entrometemos á destruir calumniándola su Religion, y á imponerles subversivamente la nuestra por medio de misioneros disfrazados y de libros prohibidos por su Iglesia y por su Gobierno; y si alguno de nosotros vá allí, y abraza sus creencias por considerarlas mejores y más adecuadas á su sentir, gritais que es un escándalo!

—Miss Adelina, dijo encendido el rostro de coraje la Presidenta, me parece que si vuestra Madre os oyese, os mandaria callar.

—¿Por qué?

—Porque chocais con la opinion general.

—Si choco con ella, es porque es chocante, Mistriss Firefly, repuso Miss Adelina, sobre todo cuando veo que recae hostilmente sobre la hermosa Lady Vir-

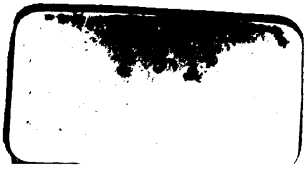
ginia Arnim, que renunciando al mundo y á sus goces y á sus comodidades, y hasta á su caudal, ha empleado éste en fundar un establecimiento de beneficéncia para enfermos desvalidos, á quienes cuida por sí misma, como las Hermanas de Caridad católicas, con admirable abnegacion y celo. Si la viérais como yo la ví cuando para consultar al Doctor fué mi Madre á aquel santo establecimiento! ¡Quién hubiera reconocido á la orgullosa Lady Virginia en aquella humilde enfermera! ¡aquel lujo tan fastuoso en el sencillo vestido de lana negro que la vestia! ¡aquella arrogancia altiva en su humilde modestia!

—Todo eso es muy afectado y chocante, opinó la señora Firefly.

—Pues yo lo hallo muy sincero y edificante, contestó la jóven.

Al dia siguiente se reunieron la Presidenta y principales socias en conciliábulo, y de él resultó la expulsion de Miss Adelina de la Sociedad.

Miss Adelina comunicó al Doctor lo referido, y éste le dijo:—Tened presente, Miss Adelina, cuando oigais semejantes cosas, en boca de enemigos tan encarnizados de nuestra santa Religion, que dice Fitz-Williams que «el tránsito de la Iglesia á una secta se hace generalmente por el camino de los vicios, y el de una secta á la Iglesia *siempre* por el de las virtudes.» En cuanto á esas Señoras, podeis decirles, si volveis á verlas, que no fueron Frailes, Curas, Doctores, ni Obispos en liga y union con el Crucifijo en la mano

y el anatema en los labios, los que convencieron á Lady Virginia confundiéndola y *amedrentándola* como les place suponerlo, sino una sencilla y buena anciana del pueblo, *consolándola*, y abriendo así su corazon á las santas virtudes, Fé, Esperanza y Caridad, que en él tienen su asiento.

FIN.